



Mita Marco

MI LUGAR
CERCA DEL
CIELO

MI LUGAR
CERCA DEL CIELO

MITA MARCO

La sonrisa de Carolina se ensanchó, de forma considerable, al reconocer a la persona que estaba sentada al final de la barra de aquel pequeño bar, situado en pleno centro de Madrid.

Alzó un brazo y la saludó mientras se acercaba hasta donde se encontraba, intentando no golpear a su paso, con la bolsa de unos grandes almacenes, a las demás personas que charlaban relajadamente disfrutando de una jarra de cerveza y refrescándose del insoportable calor que hacía ese mes de junio.

Saludó al camarero, que de inmediato le puso lo que solía tomar, y se sentó junto a Bea, que daba golpecitos a su reloj de muñeca, quejándose de la falta de puntualidad de esta.

—Lo sé, lo sé —resopló a modo de disculpa—. Llego muy tarde.

—Siempre me haces lo mismo, tienes muy poca vergüenza —se quejó Bea, mientras se recogía su cabello castaño, intentando que llegase un poco de aire fresco a su cogote—. Como hagas esperar tanto a tu marido por la noche, el pobre se quedará durmiendo antes de darle alegría a tu cuerpo serrano —se carcajeó.

Carolina puso los ojos en blanco y se encogió de hombros, sonriendo sin poder evitarlo.

—¿Alegría a mi cuerpo serrano? Tía, esa frase ya no la dice ni mi abuela. —Le guiñó un ojo al camarero cuando le puso su café en la barra y volvió a concentrarse en su amiga—. Además, ni alegría ni nada. Tengo a Diego castigado una temporada. No hay sexo.

—¿Y eso? —la interrogó con los ojos abiertos como platos.

—Hace dos días tuvimos una discusión.

—¿Tan grave fue?

—¡Qué va! Solo fue una tontería.

—¿Entonces? —Bea no entendía nada.

Carolina alzó la bolsa del suelo y se la enseñó, con orgullo.

—Hago que se sienta culpable y hasta le parece bien que me gaste un dineral en ropa.

Bea soltó una carcajada y se tapó la boca con las manos.

—Eres muy cabrona.

—Lo sé —asintió—. Cada una tenemos nuestros trucos.

—Ese hombre es un santo por aguantarte.

—Oye, guapa, que yo también tengo que aguantar lo mío, ¿eh? —Dio un sorbo al café y se relamió los labios—. El que diga que la convivencia en pareja es fácil, es que no tiene ni idea.

—Desde luego que no, los hombres son insoportables a veces.

—En momentos como esos, envidio a Sara. Ella no tiene que aguantar a nadie. Hace lo que quiere, compra lo que le apetece, no tiene que escuchar tonterías...

Bea se quedó en silencio varios segundos y se mordió el labio inferior.

—Pues, a mí me da pena. Está muy sola, Carolina.

—¡Nos tiene a nosotras!

—Su vida no tiene nada de interesante. Va a trabajar, vuelve a casa, cuida de Pablo, sigue trabajando en casa... y vuelta a empezar.

—Yo no la veo tan mal —insistió ella.

—Nunca sale, cada vez que quedamos es en su casa, no tiene tiempo ni para ir a la peluquería.

—Es lo que tiene ser tu propia jefa. Los autónomos nunca duermen —sonrió Carolina.

Bea se puso seria y clavó los ojos en su amiga.

—No estoy bromeando. Creo que, como amigas que somos, deberíamos hacer algo.

—Bueno, lo que tú digas —Apuró su café y dejó la taza vacía sobre la barra—. Y según tú, ¿qué tendríamos que hacer?

—Buscarle un novio.

—¿Nosotras? ¿A Sara? —Rompió a reír como si las palabras de su amiga fuesen la cosa más graciosa del mundo—. No me fastidies.

—Le hace falta un soplo de aire. Su vida es un aburrimiento total.

—¡Bea, ya sabes cómo es Sara! ¡Si se nos ocurre hacer algo de eso, nos echa a patadas de su casa!

—Pues habrá que convencerla.

—¿Sí? Pues, ¿sabes una cosa? Voy a divertirme viendo cómo lo intentas.

Bea sonrió de oreja a oreja y negó con la cabeza. Acercó la boca al oído de su amiga y le susurró:

—Lo conseguiré, y tú me vas a ayudar.

Una gota de sudor resbaló por su frente.

Pasó el dorso de su mano para secarla, sin dejar ni por un momento su trabajo.

Debía terminar antes de las dos. Aquel encargo era importante y se jugaba mucho con él. Dio un par de cortes más a un tallo y observó su obra con detenimiento. Había quedado un ramo bastante frondoso, colorido y llamativo. No era su mejor trabajo, sin embargo, había seguido al pie de la letra las instrucciones de su cliente.

Alargó el brazo y cogió una cinta de color blanco. La ató al ramo con maestría, formando un precioso lazo.

Al acabar, se mesó el cabello. Lo notó húmedo.

Chasqueó la lengua.

A pesar de tener encendido el aparato de aire acondicionado, en su almacén hacía un calor de muerte. Debía de llamar al técnico. Sin perder ni un segundo, metió el ramo en la cámara frigorífica, para que se conservase en perfectas condiciones.

Caminó hasta la parte delantera, lugar donde atendía a la clientela, y miró su reloj de muñeca.

Era la una y media del mediodía, hacía un calor de mil demonios, su aire acondicionado estaba roto y estaba deseando llegar a casa para darse una ducha y comer algo.

Al darse cuenta de que todavía llevaba el delantal con el que manipulaba las flores, resopló.

Se colocó tras el mostrador y cogió su botella de agua.

Desde su posición, contempló la tienda.

Apenas llevaba un año abierta, todavía tenía que cambiar algunas cosas para dejarla totalmente a su gusto, sin embargo, no pudo dejar de sonreír por el orgullo, por todo aquello en lo que se había esforzado durante ese tiempo.

En instantes como esos, no podía menos que aceptar que las noches en vela, el trabajar hasta tarde y todos los sacrificios hechos hasta la fecha, habían valido la pena.

Bajó la mirada hacia unos papeles que había sobre el mostrador y, al hacerlo, en el cristal de este apareció su reflejo.

Las ojeras eran bastante visibles incluso en aquella débil imagen. Su cabello castaño, recogido en una coleta alta, despeinado. Se pasó una mano para intentar arreglarlo un poco.

Sus ojos, de un bonito color aceituna, se veían cansados, su piel apenas tenía color y sus labios, estaban agrietados y necesitaban un poco de bálsamo.

Se recolocó la camiseta, pues la tenía un poco girada hacia un lado. Sabía de sobra que necesitaba coger algún que otro kilo. La ropa se le estaba quedando grande y se negaba a gastar ni un céntimo de su sueldo en comprar nueva. Necesitaba el dinero para cosas más importantes.

Su madre siempre le decía que se estaba consumiendo a causa de su trabajo. Le repetía que saliese a divertirse, que pensase un poco más en ella. Sin embargo, no podía hacer eso. Había trabajado muy duro para poder llegar hasta donde estaba. Los beneficios apenas estaban empezando a notarse en su cuenta de ahorro, y sabía que las cosas podían torcerse en cualquier momento. Ya habría tiempo para disfrutar, para salir y para gastar.

La clienta llegó a eso de las dos de la tarde.

Gimena Alborán era una señora pudiente y con muchos contactos en las altas esferas madrileñas, cosa que interesaba a Sara. Según le contó, era una mujer muy devota, la cual se encargaba de la decoración de la iglesia a la que acudía con asiduidad, organizadora habitual de galas benéficas y actos de conmemoración de celebridades y personajes públicos. Y eso significaba que, si se la metía en el bolsillo con su encargo, tenía trabajo asegurado por su parte.

Aparte de quejarse por el calor que hacía en la tienda, cosa por la que se disculpó Sara en varias ocasiones, quedó muy satisfecha con su encargo.

Al quedarse a solas, dio varios saltitos de alegría. Siempre era un chute de energía que apreciase el trabajo bien hecho.

Le encantaban las flores. Desde que tenía uso de razón tuvo claro que se dedicaría a ello. Y si bien era cierto que acababa muerta al final del día, y que muchas veces estuvo a punto de tirar la toalla, su pasión por las plantas y su cabezonería por sacar aquel negocio hacia adelante, valían la pena cada vez que veía la cara de satisfacción de un cliente.

Recogió un poco el almacén, apuntó en un papel que necesitaba llamar al técnico del aire acondicionado e hizo los pedidos a través del ordenador a su proveedor habitual.

Sin embargo, antes de que pudiese acabar, el sonido de su teléfono móvil la interrumpió.

—¿Sí? ¿Hola? Soy Sara.

—Señora Marín, es la quinta vez en este mes que su hijo se queda esperando en la puerta del colegio.

—¡Oh, Dios Santo! ¡No puede ser! —exclamó llevándose una mano a la boca. Cogió su bolso y corrió hacia la puerta—. ¡Dígale a Pablo que no se mueva de allí!

Corrió hasta su coche, aparcado a varias manzanas de su negocio, y condujo a toda velocidad hasta el colegio donde la esperaba su hijo.

Subió los escalones, hasta el despacho del director, y entró sin llamar, casi sin aliento por la carrera.

Nada más alzar la vista, se encontró a su hijo sentado junto al jefe de estudios.

Pablo, miró a su madre con seriedad y cruzó los brazos sobre el pecho. Ella se acercó al niño y le intentó dar un beso en la mejilla, pero Pablo se apartó.

—Lo siento mucho, cariño —se disculpó al oído—. Se me pasó la hora otra vez.

—Señora Marín —El jefe de estudios la interrumpió—. Por el bien de su hijo, déjelo en el comedor escolar. No es seguro que un niño de nueve años se quede solo en la calle, esperando a que llegue.

—Lo sé, lo sé —asintió retorciéndose las manos—. Pero le aseguro que ya no volverá a ocurrir más. Tiene mi palabra. El trabajo...

—También me dio su palabra hace una semana.

—Sí —admitió con tristeza—, se la di. —Se quedó callada unos segundos, mirando a Pablo, que todavía continuaba con los brazos cruzados y el semblante serio, y asintió—. Está bien. A partir de mañana cuente con él en el comedor escolar.

—Va a ser lo mejor —asintió el hombre, satisfecho.

Salieron, madre e hijo, del colegio y montaron en el coche, mal aparcado en una salida de vehículos.

Sara condujo en silencio durante el viaje de vuelta a casa, mirando de reojo a Pablo, que todavía no le había dirigido la palabra desde que lo recogió. Ella suspiró e intentó que aquello cambiase.

—Oye, ¿qué te parece si esta noche, cuando acabe de trabajar, vemos una película de las que tenemos pendientes?

El niño giró un poco la cabeza y se la quedó mirando con seriedad.

—¿Para qué? Si siempre te quedas durmiendo a los diez minutos.

—Te prometo que esta noche no. —Le guiñó un ojo de forma cómplice.

—¿Me lo prometes? También me prometiste hace dos días que íbamos a ir al parque —le recordó con un mohín en los labios.

Sara chasqueó la lengua y cerró los ojos con fuerza. Detuvo el coche en el arcén y se concentró en su hijo.

No pudo evitar recorrerlo con la mirada. Era el niño más guapo del mundo. Su corazón siempre se hinchaba orgulloso cuando lo tenía delante. Pablo era delgado, con una cara preciosa y sonrisa de ángel, cabello negro y naricilla respingona. Era bastante alto para su edad. Casi igualaba su altura. Estaba segura de que alcanzaría el metro noventa cuando creciese, como su padre. Al acordarse de aquel hombre, apretó los labios.

Acarició el cabello de Pablo y le sonrió con amor.

—Mi vida, ya sabes que estoy hasta arriba de trabajo.

—Prefieres el trabajo a estar conmigo.

—¡Eso no es verdad y lo sabes! —exclamó molesta—. ¡No se te ocurra pensar eso jamás!

—Entonces, ¿por qué nunca estás en casa? —La miró con los ojos llenos de lágrimas.

Sara abrazó a su niño y lo besó en la cabeza, con amor. Pablo era su vida, por lo que luchaba día tras día. Sin él, todo el esfuerzo y las horas invertidas, no valdrían para nada. Sin embargo, ese niño era la razón por la que se esforzaba en mejorar. Todo lo hacía por él. Para que tuviese una buena vida, para que no le faltase nada.

—Ojalá pudiese estar más tiempo contigo, cariño. Pero tenemos muchas cosas que pagar.

—Pídele dinero a la abuela, ella te lo daría —sugirió él con inocencia.

Sara se echó a reír y lo volvió a abrazar.

—¿A la abuela? —Negó con la cabeza—. Con lo que cobra de pensión, creo que pronto tendremos que dejarle nosotros dinero a ella. —El niño bajó la vista al suelo, triste. Su madre lo besó con fuerza en la mejilla y le habló al oído—. No te pongas así, cielo, ya verás como esto es solo una mala época. Pronto el negocio me irá de fábula y yo podré estar siempre contigo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Se quedaron abrazados unos segundos—. Confía en mí, Pablo, esto no va a ser para siempre.

El ascensor de su edificio estaba fuera de servicio. No recordaba las veces que había hablado con el presidente de la comunidad de vecinos para ponerle solución. Pero, ya estaba cansada de repetir siempre lo mismo. Su edificio estaba habitado, en su gran mayoría, por familias de clase humilde que no podían permitirse un gasto semejante, pues apenas llegaban a final de mes con algo de dinero en el banco.

Subió los tres pisos por las escaleras, haciendo una mueca con la boca cada vez que apoyaba la pierna derecha en el suelo. Siempre le ocurría cuando pasaba demasiadas horas de pie.

Metió la llave en la cerradura y suspiró al aspirar el aroma de su hogar.

Se miró el reloj de muñeca. Eran más de las diez y media. Pablo ya debía de estar durmiendo. Solo esperaba que, al día siguiente, no estuviese muy enfadado con ella por no haber llegado a tiempo para poder ver la película que le prometió.

Caminó hacia el salón y allí encontró a su madre, sentada en el sofá, con la televisión encendida, pero sin prestarle atención. La mujer miraba su teléfono móvil y sonreía.

—Hola, mamá.

Al verla, apagó el aparato y se levantó.

—¿Qué tal el día?

—Largo. —Alzó una mano y le enseñó el fajo de papeles que portaba—. Y todavía me queda un rato para terminar.

—Tienes que descansar un poco, —le regañó—, te estás quedando en los huesos.

—¿Crees que no me he dado cuenta? —resopló—. Desde hace más de un año, no tengo vida.

—Pues vende la tienda, traspásala y busca otro trabajo más tranquilo.

—No puedo hacer eso, mamá. Sería tirar por la borda todo por lo que me he esforzado y peleado.

La anciana miró su teléfono móvil, sonrió, y volvió a fijar la vista en Sara.

—Yo solo digo que deberías divertirte más.

—No tengo tiempo.

—Es muy triste que digas eso con tan solo treinta y dos años.

Sara resopló y se cruzó de brazos.

—No empieces otra vez con eso. ¿Crees que yo no me siento suficientemente culpable por no poder pasar más tiempo con mi hijo? —Se dejó caer en el sofá y apoyó la cabeza en los brazos—. Me va a odiar. Se va a hacer mayor y yo no habré disfrutado nada de él.

—No te preocupes por eso, los críos se acostumbran a todo.

—¡Pero yo no quiero que se acostumbre a crecer sin madre! —Un nudo en su garganta le impidió seguir hablando.

—¿Y por qué no contratas a alguien para que te ayude en la tienda?

—Sí, la verdad es que me lo estoy planteando muy seriamente. Por Pablo. Él no se merece tener una madre ausente durante toda su vida.

—Por Pablo y también por ti. Necesitas rehacer tu vida, buscarte un novio...

Sara negó con la cabeza reiteradamente y comenzó a mover las manos hacia los lados, como si su madre hubiese dicho algo fuera de toda lógica.

—¡No, no, no! Déjate de novios.

—¿Por qué? —la interrogó su madre, sin llegar a comprender.

—¡Porque no tengo tiempo para eso! Y, cuando lo tenga, será todo para mi hijo.

—Pero, Sara, hija... ¿Es que acaso quieres vivir sola toda la vida? —dijo con miedo en el semblante.

—No me hace falta un hombre para ser feliz.

—Yo no estoy diciendo eso, pero... ¡mírame a mí! —Se señaló con las manos—. Desde que conocí a Dylan mi vida ha dado un cambio brutal.

Sara puso los ojos en blanco y resopló.

—Mamá, con Dylan solo chateas.

—¡Somos novios!

—Bueno, pues tu cibernovio y tú nunca os habéis visto.

—¡Pero nos veremos! Me ha prometido que va a viajar desde Ecuador para conocerme.

Sara se llevó una mano a la cara y asintió, cansada de discutir.

—Vale, mamá, como tú digas.

La anciana tomó asiento junto a su hija. Pasó un brazo por la espalda de ella y la abrazó.

—Sara, cariño, ¡vive! Disfruta y pásatelo bien, porque cuando seas vieja como yo, te vas a arrepentir de no haberlo hecho.

El sonido del timbre las hizo olvidar su conversación.

Sara se levantó del sofá y fue a abrir. Nada más hacerlo, Bea y Carolina comenzaron a gritar y a saltar con un par de botellas de vino en las manos.

—¡Noche de chicas! —exclamó Carolina.

Sara sonrió y las dejó pasar.

—¿Es que vosotras no tenéis nada que hacer?

—Sí, claro —asintió Bea, muy convencida—. Hoy tenemos que emborracharnos con nuestra amiga la ermitaña.

—¿Ermitaña yo? —rio Sara—. Pero si casi no piso mi casa.

—Pues, entonces eras una ermitaña de tu trabajo, ¡que es peor!

Llegaron al comedor y sus amigas se abalanzaron a besar a su madre, que se estaba colocando las zapatillas.

—¡Hola, Paquita! ¿Te unes a nosotras? —la invitó Carolina enseñándole la botella.

Su madre sonrió y negó con la cabeza.

—No, hija, yo me voy a dormir que estoy cansada.

Sara puso los brazos en jarra y negó con la cabeza.

—¿A dormir? No os lo creáis. Se va a su habitación para hablar con su novio.

—¡Oh, no me digas! ¡Paquita! —gritó Bea alucinada—. ¡Estás hecha una rompecorazones!

—A ver si aprendes un poco de tu madre, Sara —la reprendió Carolina dándole un codazo.

Cuando su madre se retiró a su habitación, se sentaron las tres en el sofá, con la televisión encendida y una copa de vino en la mano. A pesar de que todavía tenía trabajo por terminar, Sara agradecía las visitas de sus amigas. Siempre la ayudaban a despejarse y a olvidarse un poco del trabajo, aunque en su fuero interno no pudiese evitar seguir pensando en lo que le quedaba por hacer.

Las visitas de Bea y Carolina conseguían animarla, siempre tenían alguna anécdota divertida que contar.

Era raro la semana que no se juntasen al menos una vez. Aunque siempre eran ellas las que iban a casa a verla, pues la apretada agenda de Sara no le permitía salir casi nunca.

—Y, entonces... —continuó Bea dándole un toque misterioso a su historia—, cogió el camarero y me puso su número de teléfono escrito en la servilleta.

—Anda, reina, que lo que no te pase a ti... —dijo Sara sin parar de reír.

—Pff... Sí, muy fuerte. Y eso que le repetí mil veces que no me interesaban los hombres y que tenía novia.

—¿Y la pobre Eva delante, viendo cómo te tiraba los trastos?

—Sí, mi chica tiene una paciencia infinita —la alabó Bea.

—¿Por qué no ha venido esta noche con nosotras?

—Le tocaba guardia en el hospital, pero os manda recuerdos.

Carolina dio un trago a su copa y acabó el vino que le quedaba. Cogió la botella y la rellenó.

—¿Y tú, Sara? ¿Tienes algo nuevo que contar?

Ella se quedó pensando unos segundos y se encogió de hombros.

—Pues... aparte de que se me ha roto el aire acondicionado en la tienda... no.

Bea miró a Carolina y asintieron en silencio. Habían ido a su casa por un motivo y ya era hora de que dijese lo que se proponían.

—Esto... —comenzó a decir Bea, sin saber cómo comenzar—. El otro día, Carolina y yo estuvimos hablando sobre ti.

Aquello hizo que Sara entrecerrase los ojos.

—¿De mí?

—Sí —asintió la otra—. Hemos pensado que ya va siendo hora de que salgas más.

—Y de que conozcas gente nueva —continuó Carolina.

—¿Gente? ¿Queréis que conozca a gente?

—A hombres.

—Creemos que te vendría bien salir con alguien —comentó Bea, dejando a Sara con la boca abierta.

Se las quedó mirando con seriedad, sin decir ni una palabra, intentando dilucidar si lo que le estaban diciendo era una broma. Al ver que sus amigas no reían, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Vale, decidme ahora mismo qué es lo que os habéis fumado antes de venir a mi casa.

—¡Sara, no seas tonta! ¡Queremos verte feliz!

—¿Y por qué todo el mundo piensa que, por tener a un hombre en mi vida, voy a ser más feliz? —preguntó con desesperación—. Ya tengo a mi hijo, y con él no necesito a nadie más.

—¡No es lo mismo, Sara! Pablo es un niño precioso y bueno, pero no va a compartir tu vida —explicó Carolina para intentar que lo comprendiese—. Él crecerá y se irá. ¿Acaso quieres hacerte vieja y quedarte sola?

—Hablas como mi madre —resopló.

—Tu madre tiene toda la razón del mundo, deberías escucharla de vez en cuando.

Sara se levantó del sofá, cogió la botella de vino y se echó más en la copa.

—Escuchadme bien las dos —comenzó a hablar con seriedad—. ¡No tengo tiempo para estas tonterías! ¡No quiero conocer a nadie!

—¡Pero te divertirías más! ¡Piénsalo!

—Chicas, ya basta —Las cortó en seco y dio otro trago a su copa, nerviosa—.¿Es que no os acordáis lo mal que lo pasé con el padre de Pablo? ¡No quiero volver a tener que pasar por eso!

—¡No tienes por qué hacerlo! ¡Ese tío era un cabrón y tuviste la mala suerte de topar con él! —habló Bea, intentando que entrase en razón—. ¡Pero hay hombres maravillosos en el mundo dispuestos a comprometerse!

—De hecho —continuó Carolina—, conozco a un chico monísimo, una bellísima persona, que seguro que te gusta.

—¿Ya me habéis buscado a un candidato? —bramó Sara, sin poder creer lo que escuchaba—. ¿Vosotras estáis bien de la cabeza?

—Sí, Sara, estamos bien de la cabeza —repitió Bea, cansada de todo aquello—. Nos preocupas. Queremos que estés bien, que seas feliz.

—¿Podemos dejar de hablar del tema, por favor? —dijo ella, agotada.

Carolina y a Bea se miraron, serias.

—Sí, como quieras, vamos a dejar el tema, pero si nos prometes que este fin de semana saldrás un rato con nosotras.

—¡No voy a conocer a nadie! —apuntó alzando la voz.

—¡Vale, vale! —la intentó tranquilizar Carolina—. No conozcas a nadie y quédate sola. Solo te pedimos que salgas con nosotras este sábado, nada más.

—Tampoco es mucho pedir, ¿no? —insistió Bea encogiéndose de hombros.

Sara se quedó callada varios segundos, mirando a las liantas de sus amigas. No entendía el porqué de tanto empeño. Ella estaba bien, no le hacía falta nada más que su familia y su trabajo.

Apuró el contenido de su copa y suspiró, con la mirada fija en la pared.

—Me lo pensaré.

El resto de la semana fue como siempre, aunque con la única diferencia de que los encargos aumentaron y el trabajo de Sara se intensificó.

Llegaba a casa con el tiempo justo de ducharse, cenar, pasar un rato con Pablo y acostarse a dormir.

Desde que Gimena Alborán se llevase el ramo, había llegado a la tienda gente de su círculo de amigos, a los cuáles les había recomendado su trabajo.

Sara, a pesar del trabajo excesivo, estaba pletórica. Trabajaba con tal emoción e ilusión que las horas le parecían minutos, aunque el agobio, a veces, no desapareciese de su cara. Sabía que, si las cosas seguían por aquel camino, debería contratar a alguien que la ayudase con los encargos.

El sábado por la noche, llegó a casa a las once y cuarto.

Dejó el bolso sobre el mueble del recibidor y caminó hasta el salón comedor. Allí, encontró a su madre enfrascada en con teléfono móvil y a su hijo dormido en el sofá.

Zarandeo un poco a su pequeño y le susurró al oído:

—Cariño, vamos a la cama.

Él se frotó los ojos con los puños y obedeció. Caminó junto a Sara hacia su habitación y le dio un beso en la mejilla antes de volver a cerrar los ojos.

Cuando regresó al salón, se dejó caer en el sofá, junto a su madre. La anciana apagó el teléfono móvil y le sonrió.

—¿Qué tal el día?

—Agotador. Me voy a la cama ahora mismo.

—¿No habías quedado con tus amigas para salir un rato esta noche?

—No voy a ir.

—Pero, hija...

—¡Que no voy a ir, mamá!

Su madre asintió, pues no quiso insistir, y cogió el teléfono de nuevo.

Al ver que su progenitora ya no le prestaba atención, Sara fijó la vista en el televisor y cinco minutos después se quedó dormida. No pudo calcular el tiempo que estuvo sumida en el agradable letargo del sueño, sin embargo, desde la inconsciencia pudo escuchar, a lo lejos, el sonido del timbre de la puerta.

Pasos.

Pasos y murmullos.

Pasos, murmullos y risas en su misma habitación.

—Sara. —Una voz muy familiar pronunció su nombre—. Sara, despierta.

Al abrir un ojo, vio a Carolina.

Llevaba un vestido muy bonito en tonos morados, el cabello muy bien peinado hacia atrás y unos labios rojos, perfectamente pintados.

Se removió en el sofá y miró con más interés a su amiga.

—¿Qué haces aquí?

—¿No te acuerdas de que habíamos quedado? —le preguntó alzando las cejas.

—¡No, no, no! Yo dije que me lo iba a pensar —se defendió ella, haciendo memoria.

—No te negaste, y eso para mí es un sí. Así que, vámonos —dijo con voz de mando—. Nos están esperando Bea y su chica.

Sara se llevó las manos a la cara y resopló.

—¡Joder, Carol! ¿No ves que estoy muerta?

—Pero si solo va a ser un ratito, mujer. Nos tomamos algo y nos vamos a dormir.

—¿No puede ser otro día?

—No, tiene que ser hoy. —La cogió por las manos y la obligó a levantarse del sofá—. Vamos, vístete, que yo te ayudo con el maquillaje.

Sara frenó en seco y enfrentó a Carolina.

—¡De eso nada! Nada de maquillaje —declaró con rotundidad.

—Tienes cara de muerto, te hace falta.

—¡Lo que me hace falta es dormir!

—¡Qué va! El cansancio se esfuma con un par de cubatas.

—¡Y un café! —gritó su madre desde la cocina. Segundos después, apareció con una taza humeante de café con leche. Se la puso a su hija en la mano y las volvió a dejar a solas.

Carolina sonrió y le dio un suave codazo a Sara.

—Ay, qué madre más maja que tienes. ¡No te quejarás! Te tenemos mimada y te damos todo lo que necesitas.

—¡Lo que yo necesito es una cama!

—¡Calla y vístete! —Abrió el armario y rebuscó dentro de él—. ¡Oh, qué vestido más mono! Póntelo, vamos.

Sara ojeó la prenda que llevaba entre las manos y suspiró.

Era un liviano vestido de tirantes en color mostaza. De corte princesa y

largo hasta por encima de las rodillas.

—No tengo ganas de ponerme tacones con él —bufó.

—¡Cállate, Sara! Te quejas más que un niño de cinco años.

Mientras Sara se vestía, Carolina le soltó el cabello y se lo peinó con las yemas de los dedos. Sacó su barra de labios y, a pesar de sus quejas, se los pintó.

Al acabar, se despidieron de su madre, que les deseó una buena noche, y bajaron por las escaleras del edificio. Al salir a la calle, Sara miró hacia los lados.

—¿Dónde están Beatriz y Eva?

—Nos esperan en un pub que hay a diez minutos de aquí. Así que, ¡a caminar!

Sara estaba cansada. No le apetecía tener que volver caminando hasta casa. Eran solo diez minutos, pero si ya estaba muerta de sueño, no quería ni imaginarse a la hora de regresar.

—Vamos en mi coche —le dijo a Carolina mientras sacaba las llaves.

El pub al que la guió Carolina estaba a reventar. Desde fuera podía verse a decenas de personas haciendo cola para poder entrar, intentando no chocar con las decenas que luchaban por salir de él.

Aparcaron a dos calles de distancia, pues en las inmediaciones no cabía ni un alma. Así que, tuvieron que caminar un poco hasta el lugar en cuestión.

Entraron después de guardar cinco minutos de cola y descubrieron que dentro del local casi no se podía ni andar a causa del gentío.

Carolina la guió hacia una de las barras, en la que las esperaban sus amigas.

Cuando las vieron, Bea alzó una mano para llamar su atención. Su amiga se encontraba apoyada contra la pared y a su lado estaba Eva, su pareja. Se saludaron con un par de besos y pidieron algo de beber. Un cóctel para Carolina y un refresco para Sara, pues no quería coger el coche con alcohol en el organismo.

—Pensábamos que ya no vendríais —comentó Bea, alzando la voz para que pudiesen escucharla a causa de la fuerte música.

—Cuando llegué a su casa —comenzó a narrar Carolina señalando a Sara—, la encontré durmiendo.

Bea y Eva rieron.

—¿Ya querías darnos plantón?

—Estoy agotada —se defendió Sara encogiéndose de hombros—, llevo toda la semana sin parar.

Carolina miró hacia la puerta de la entrada y movió los brazos.

—¿Qué haces? —preguntó Sara.

—Acaba de llegar mi marido.

Cuando Sara miró hacia donde señalaba su amiga, vio al susodicho. Sin embargo, no iba solo. A su lado caminaba otro hombre. Pelo castaño, cara agradable, alto, atlético...

Frunció el ceño y se volvió hacia sus amigas, que sonreían con complicidad.

Cuando los hombres llegaron, Carolina se adelantó y cogió a Sara por el brazo.

—Quiero presentarte a Felipe, un compañero de trabajo de mi esposo.

Ella fulminó con la mirada a su amiga y le susurró al oído.

—¿Qué estás haciendo? ¡Ya te dije que no quería conocer a ningún hombre!

—Es solo un amigo, no montes un espectáculo.

Las demás comenzaron a reír por lo bajo y le chocaron la mano a Carolina sin que Sara lo viese.

Hicieron las presentaciones y Sara tuvo que contenerse para no vaciarles el contenido de su vaso a esas falsas a las que llamaba amigas.

Como por arte de magia, o más bien como parte de un enorme complot, sus amigas y sus parejas desaparecieron en la pista de baile, dejando a Sara y a Felipe a solas.

Se sentía incómoda. No conocía de nada a ese hombre y ahora tenía que permanecer a su lado hasta que sus amigas “las traidoras” se decidiesen a regresar.

—¿A ti también te la han jugado? —le preguntó Felipe de repente.

—¿También? —No comprendía—. ¿Es que te han hecho lo mismo que a mí?

—Supuestamente, yo venía a hablar un rato con mi amigo sobre mi divorcio.

Sara sonrió y negó con la cabeza.

—No tienen remedio, ahora les ha dado por hacer de celestinas.

—Yo les dije que no estaba preparado para empezar una relación, todavía. Está todo muy reciente.

—Lo mío es parecido. Llevan mucho tiempo dándome la lata con que salga por ahí y encuentre a alguien. —Puso los ojos en blanco—. ¡Y no me interesa encontrar a nadie! Estoy bien así como estoy.

Felipe se echó a reír y alzó su copa, en forma de brindis.

—¡Pues brindemos por ello!

—¿Brindar porque nos han engañado y por no querer nada con nadie? —preguntó Sara arqueando una ceja.

—Exacto.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Pues, brindemos.

Después de ese brindis, estuvieron hablando durante casi una hora. Era extraño para Sara tener tanta complicidad con un hombre nada más conocerlo, pero con Felipe todo fluyó a la perfección.

Según le contó, acababa de divorciarse y salir de una relación de casi once años, tenía una niña de cuatro añitos y un trabajo de abogado que aborrecía, pero que le daba de comer.

La noche pasó rápido y cuando se quiso dar cuenta eran casi las cinco de la madrugada. Se despidió de sus amigas, que la miraron con picardía, creyendo que entre los dos había saltado la chispa y contentas por su trabajo de casamenteras, y salió a la calle para coger su coche y regresar a casa.

Mientras caminaba hacia su auto, no podía dejar de pensar en que, al final, había pasado una buena noche. Claro estaba que tendría que hablar seriamente con sus amigas, porque no podían ir concertándole citas a ciegas cada dos por tres, sin embargo, Felipe había resultado un buen chico, amable, divertido y muy caballero.

Abrió el coche y metió las llaves en el contacto.

Al intentar arrancar, su coche hizo un ruido muy raro. Intentó por segunda vez que el vehículo funcionase, pero no hubo manera de hacerlo arrancar.

Estuvo casi diez minutos intentando que reviviese. Pero, al final, viendo que no iba a hacerlo, se rindió. Sacó de su bolso el teléfono móvil y dio parte a su seguro, para que le enviasen una grúa.

Al colgar, Sara escondió la cabeza en el volante y resopló.

—¡Solo me faltabas tú!

Intentó por última vez que el coche arrancase, sin embargo, no lo

consiguió.

Maldijo en silencio y abrió la puerta para salir a la calle. Cerró de un golpe y se apoyó en el capó con los brazos cruzados.

Pensó en la factura del aparato de aire acondicionado. Si con el coste de aquella, ese mes iba a ir un poco justa de dinero... sumándole el coche... ¡prácticamente no le iban a quedar beneficios!

Dio un taconazo en el suelo y se llevó una mano a la frente.

Cabreada comenzó a darle patadas al neumático delantero y manotazos al capó.

—¿Por qué no arrancas maldito coche del demonio? —se quejó con rabia—. ¡Te voy a tirar al Manzanares para que te coman las tortugas!

—Así es normal que el coche no quiera arrancar —dijo una voz grave a su espalda.

Sara entrecerró los ojos, pues, esa voz... no le era desconocida.

Con el corazón acelerado, se dio la vuelta y encaró al hombre que le estaba hablando.

—¿Tú? —dijo con los ojos muy abiertos y una expresión de incredulidad en el rostro.

—Sí, yo. —Dio un paso en su dirección y le sonrió—. ¿Cómo estás, Sara? Ella tragó saliva y apretó los labios.

Era él.

Miguel. El hombre que una vez la enamoró y la dejó plantada como a una lechuga. Esa persona por la que sintió ese amor verdadero y puro con el que toda la gente soñaba. El que la hizo más feliz de lo que jamás había sido en la vida, para luego arrebatárselo todo de un manotazo. Con el que había compartido tantas cosas buenas y malas. Tantas experiencias.

Era el padre de Pablo.

No pudo evitar recorrerlo con la mirada. Los años lo habían tratado muy bien. Se había convertido en un hombre impresionante.

A sus treinta y cuatro años, Miguel seguía teniendo esa mirada limpia, pícaro y directa que conseguía dejarla fuera de combate.

Su cabello negro, antes perfectamente cortado y peinado, ahora le llegaba por los hombros, enmarcando su rostro fuerte y provocando un efecto arrollador.

Sus ojos verdes, marcados por unas suaves arruguitas alrededor, no dejaban de mirarla con fijeza, consiguiendo ponerla más nerviosa. Su boca, mullida y generosa, sonreía, como siempre. Era raro ver a Miguel serio.

Su cuerpo era el que más cambio había sufrido a lo largo de esos diez años que había estado sin verlo. Si bien, siempre había sido un chico delgado, pero fibroso, en la actualidad se notaba el trabajo realizado en él. Los músculos se le marcaban en la camisa y redondeaban la tela sobre ellos.

Sara tuvo que obligarse a tragar saliva, pues se le había olvidado por completo hacerlo y temía ponerse a babear en cualquier momento.

—¿Quieres que le eche un vistazo al coche? —dijo Miguel, rompiendo el silencio creado entre ellos.

—¡No! —contestó Sara, con la voz más aguda que de costumbre.

A su cabeza no dejaban de llegar recuerdos pasados. Sin embargo, los que más se repetían eran los del final.

Miguel se fue. La dejó y se fue.

Nunca logró perdonarle aquello. Estaba loca por él y pensaba que el sentimiento era mutuo. Sin embargo, pronto le demostró que no era así.

—Quizás, si reviso la batería...

—¡Que no toques mi coche! —le advirtió elevando la voz.

—Solo quiero ayudar.

—¡No necesito tu ayuda, ni quiero nada de ti! ¡Vete!

—Sara...

—¡No, déjame en paz! No te necesito para nada, yo sola puedo arreglar mis problemas. ¡Vete, que es lo que mejor haces, huir!

—¿Todavía sigues enfadada conmigo por aquello? —En la cara de Miguel se podía ver la incredulidad.

—¡No, no! Tú, para mí no existes, no eres nadie. Así que, lárgate, haz como que jamás hemos vuelto a coincidir —dijo con enfado en la voz.

Él miró a su alrededor. La calle estaba vacía, no había ni un alma en ella.

—No es seguro que estés aquí sola.

—¿Ahora te preocupas por mí? —lo interrogó con una sonrisa falsa—. Pues, ¿sabes una cosa? ¡No te necesito! ¡No necesito que actúes como si fueses mi ángel de la guarda!

—No tuve ocasión de disculparme contigo por aquello, pero te pido perdón ahora.

—¡Métete tus disculpas por donde te quepan y déjame en paz!

—Siempre has sido muy orgullosa.

—¡Lo que yo sea, o deje de ser, no es asunto tuyo! ¡Vete de aquí!

Miguel se quedó observándola unos segundos sin decir ni una palabra. Entre los dos solo se escuchaban sendas respiraciones.

Finalmente, él asintió.

—Como quieras.

Dio un par de pasos hacia atrás y empezó a caminar en dirección contraria, dejándola sola por segunda vez.

Cuando lo perdió de vista, se apoyó en el capó del coche, temblorosa. Se llevó una mano al corazón, para intentar calmarse.

Se negó a seguir pensando en él, en lo que vivieron, en lo que pasó.

La grúa llegó cinco minutos más tarde. Se llevó su coche y a ella la llevó hasta su casa. Con el corazón todavía acelerado por el reencuentro con su antiguo amor, se acostó en la cama. Estuvo varias horas dando vueltas de un lado a otro, sin poder dejar de pensar en él. Sin embargo, finalmente se quedó dormida.

El lunes por la mañana, en la floristería, Sara no conseguía concentrarse. Desde hacía dos noches, cuando se encontró a Miguel en la calle, su cabeza no dejaba de dar vueltas y de recordar todo lo ocurrido de nuevo.

Habían pasado ya diez años desde entonces, sin embargo, para ella, era como si hubiese sido reciente.

Siempre recordaba las palabras de sus amigas cuando le dijeron que lo olvidaría, que conseguiría pasar página, que conocería a otra persona. Pero no había sido así. Durante un tiempo se auto convenció de que su vida volvería a la normalidad, de que seguiría como si nada. Sin embargo, cada vez que recordaba a Miguel, el dolor regresaba.

A veces, se decía que era porque había sido su primer amor, y, a veces, se convencía de que se sentía así porque era el padre de Pablo.

Pablo. Su niño.

Cada vez que pensaba en ello, un miedo atroz la recorría.

Miguel no sabía de la existencia de su hijo.

Cuando se enteró de que estaba embarazada, él ya se había ido. Había dejado España y tomado rumbo a Miami, para comenzar a trabajar de reportero para una televisión local.

En otras circunstancias, se hubiese puesto en contacto con él, pero no tuvo fuerzas. Estaba tan deprimida y cabreada a la vez, que los días pasaron y el secreto siguió sin ser revelado. Las únicas personas que sabían que el padre de Pablo era él, eran su madre y sus amigas.

Cuando su hijo tuvo la edad suficiente para hacer preguntas, se limitó a contarle que su padre estaba trabajando en los Estados Unidos y Pablo, como niño pequeño que era, se conformó con aquello. Pero Sara sabía que, pronto, Pablo querría saber muchas cosas más sobre él. Y, eso, le daba pavor.

El pensar que Miguel pudiese enterarse de la existencia del niño y decidiese tomar acciones legales para apartarlo de su lado, la reconcomía por dentro. ¡Ella lo había tenido, lo había criado y había trabajado día y noche para poder darle lo mismo que tenían los demás niños. Era su hijo, suyo y de nadie más.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó en voz alta, sin darse cuenta—. ¿Por qué no te has quedado en Miami, viviendo tu jodida vida lejos de mí?

Dejó el ramo que llevaba entre manos y se sentó en un pequeño taburete, frente a la ventana trasera del local.

Estaba preocupada, nerviosa y, para colmo, su cabeza no podía dejar de recordar los días felices junto a él.

El sonido de su teléfono móvil la sobresaltó. Corrió hacia su bolso y cogió el aparato para ponérselo en el oído.

—¿Diga?

—Hola, ¿Sara?

Ella frunció el ceño y tardó varios segundos en contestar.

—Sí, soy yo.

—¡Hola! ¿Cómo estás? Soy Felipe, ¿te acuerdas de mí? Nos conocimos el sábado, en el pub.

—Sí, claro que me acuerdo —sonrió, algo más relajada—. Oye, ¿cómo has conseguido mi número?

Felipe comenzó a reír a través del teléfono.

—Pues, verás, espero que no te importe, pero se lo pedí a Carolina.

—Ah, vale —asintió algo descolocada. Se quedó callada un segundo y continuó—. ¿Y para qué se lo has pedido? ¿No se suponía que nos habían tendido una trampa y eso?

Él volvió a reír, pues se le notaba que estaba nervioso.

—Sí, sí, en un principio fue así. —Se aclaró la voz y tragó saliva—. Pero, me pareciste una chica muy simpática y divertida y... me preguntaba si... algún día te gustaría... ya sabes, salir a tomar algo conmigo.

Sara se quedó muda, pues no se hubiese esperado nada de eso.

—Em, esto... Felipe, tú a mí también me caíste genial, pero... es que estoy un poco liada con el trabajo y...

—Oh, vale, lo entiendo —dijo, algo desilusionado.

—Lo siento —se disculpó, pues se sentía mal por la negativa.

—No, no te preocupes, te entiendo, de verdad. Ya... ya nos veremos otro día, cuando puedas.

—Sí —asintió Sara, sin estar convencida del todo—. Otra vez será.

Al colgar, pudo respirar tranquila.

Felipe le pareció un tío genial, muy simpático y educado, además de que era bastante guapo, sin embargo, seguía pensando que no quería complicarse la vida más de la cuenta. No necesitaba una pareja, ni a alguien a su lado para ser feliz. Tenía trabajo y tenía a Pablo. Lo demás estaba de más.

Las personas no apreciamos lo que tenemos hasta que lo perdemos. Y, de eso se dio cuenta Miguel el primer día que llegó a Miami.

Nacido en el seno de una familia numerosa y acomodada, la soledad de su apartamento en aquella ciudad, lo sacaba de quicio.

Todavía recordaba el primer día que pisó suelo americano. Llegaba ilusionado, dispuesto a ver mundo y a abrirse camino en el mundo del periodismo, alentado por un hermano de su padre, residente en el estado de Florida, el cual tenía contactos en una televisión estatal de renombre.

Acabó sus estudios en una buena universidad, al tiempo que realizaba trabajos como becario en la cadena de televisión.

Al cabo de muy poco tiempo, se ganó la confianza de sus jefes y le permitieron encargarse de algunos reportajes, aun sin tener terminada la carrera.

En el tema económico y profesional, su vida en América fue un éxito. Tenía el trabajo de sus sueños, ganaba mucho dinero y era reconocido y admirado por la calle. Conocía a montones de mujeres guapas, dispuestas a pasar la noche con él, y hasta se casó con una compañera de profesión, la chica más guapa y deseada del canal.

Sin embargo, no todo era tan bonito como le hubiese gustado imaginar.

Acabó dejando el trabajo, pues llegó a parecerle aburrido y monótono. Él había estudiado para salir a la calle y buscar las noticias, y no para vivir encerrado en un estudio de grabación retransmitiendo informes redactados por otras personas, actuando como un robot, vacío y sin inquietudes, y vestido como exigía el guión.

Unos meses después, se divorció de su mujer. La descubrió engañándolo con su sustituto en el canal. A pesar de todo el escándalo y el interés de la prensa, no le importó demasiado. Su ex esposa había resultado ser una persona fría y con muchas ansias de dinero y fama. Jamás sintió amor por ella. Desde que la conoció le pareció una mujer guapa y excitante, pasaban muy buenos ratos juntos y pensó que, el amor y el cariño, llegarían después. Mas no fue así.

Tras un tiempo sin saber qué hacer con su vida, y empujado por la

repentina muerte de su padre, decidió regresar a España. En Miami no había nada que lo atase y ya estaba cansado de estar solo y tener a toda su familia a siete mil kilómetros de distancia. Su madre lo necesitaba, pues estaba destrozada al haber perdido a su esposo.

A pesar de todo, cada vez que miraba hacia atrás y hacía balance de su vida desde hacía diez años, no podía evitar sonreír. Había conseguido cosas que la mayoría de personas no harían nunca, había vivido en un lugar precioso y conocido a personas geniales.

Sin embargo, tenía decidido no volver a marcharse de su país. No le resultaría difícil encontrar trabajo con su currículum, había conservado su piso en el Paseo de la Castellana y había descubierto que disfrutaba con el barullo de su familia cuando se juntaba para comer.

Sentado en una de las sillas del salón comedor de su madre, sonreía al ver a sus cinco sobrinos, dos de su hermana y tres de su hermano, correr y gritar por toda la estancia, mientras que su madre servía la sopa y sus hermanos y cuñados conversaban acerca de lo cansados que estaban al no poder dormir bien por las noches.

Esa era su familia y la había echado muchísimo de menos.

—Eh, qué callado estás —le dijo su hermana, que ya no estaba enfrascada en la conversación, sobre pañales, de los demás comensales.

Miguel le sonrió y asintió con la cabeza.

—Estoy disfrutando del escándalo que hace mi familia, no necesito hablar.

—¿Tanto has echado de menos esto? —le preguntó ella, interesada.

—No te lo puedes ni imaginar.

—Pero si volvías cada cuatro meses a pasar unos días —se carcajeó.

—No es lo mismo, María.

Ella se mesó el cabello, negro como el de Miguel, y lo miró con detenimiento.

—Pensaba que la vida en Miami te iba bien. Tienes más dinero en el banco que nosotros podríamos tener ahorrando dos vidas seguidas.

—El dinero no lo es todo.

—No decías lo mismo cuando te fuiste, hace diez años —le dio un codazo, recordándole sus palabras.

—Hace diez años era un crío, no tenía las mismas prioridades que ahora.

—Sí, bueno, todos hemos cambiado con el tiempo.

—¿Sabes? Si volviese atrás, cambiaría tantas cosas...

—¿Sí? —Su hermana abrió mucho los ojos e inclinó el cuerpo hacia adelante—. ¿Como cuáles?

Miguel se quedó en silencio unos segundos, miró al suelo y se humedeció los labios. Finalmente suspiró y fijó la mirada en su hermana.

—Hace dos días, por la noche, vi a Sara.

—¿Ah, sí? —María sonrió cuando su hermano nombró a su antigua novia—. La veo de vez en cuando.

—¿Cómo está?

—No sé demasiado sobre ella. Lo último que sé es que montó una floristería.

Miguel asintió con la cabeza.

—¿Y es... feliz? ¿Sigue casada con el padre de su hijo?

Su hermana frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—¿Casada? ¿Por qué supones que está casada?

—¿No lo está? —la interrogó Miguel, con asombro.

—Que yo sepa, no. Ella y el niño siguen viviendo en la casa de su madre.

—Pero, ¿y el padre de su hijo?

María se encogió de hombros y volvió a negar con la cabeza.

—No lo sé. Creo que esa relación no duró demasiado, de hecho, yo no llegué a verlos nunca juntos.

—Entiendo. —Miguel se quedó callado, pensando en las palabras de su hermana.

—¿A qué vienen tantas preguntas sobre Sara? Si puede saberse, claro.

—No, por nada, es simple curiosidad —le quitó importancia.

—¿Curiosidad? —María no llegó a creerle.

Él resopló y se pasó una mano por la cara.

—¡No sé! Es que, cuando la vi... —Dejó de hablar y apretó los labios—. ¡Joder, es que es Sara! Ella es... especial.

—Es especial... pero la dejaste y te largaste a Miami, ¿recuerdas?

—Ya te he dicho que era joven y cometí muchas estupideces.

Su hermana le puso una mano en el hombro, apretó un poco y acabó dándole un par de palmaditas.

—Miguel, deja a Sara en paz. Tú has vivido una vida cómoda y divertida en América, has conocido a gente influyente, has estado en fiestas y vivido al máximo. En cambio, ella se quedó aquí, ha tenido que sacar adelante a su hijo ella sola, con la ayuda de su madre, ha trabajado día y noche para poder tener una buena vida. ¡Yo la vi llorar cuando te fuiste, cuando la dejaste

tirada como a una colilla! Así que no vengas ahora diciendo que ella es especial para ti, porque no lo creo.

—No ha habido día que no me arrepienta de lo que hice.

—Miguel. —Su hermana negó con la cabeza y lo miró con seriedad—. No se merece que jueguen con ella. Déjala tranquila, por favor te lo pido.

Se merecía un respiro.

Esa misma mañana decidió que saldría antes de trabajar. Llevaba toda una semana llegando a casa a las once de la noche, así que, ese día, cerró la tienda a las ocho y dejó la preparación de los encargos para el día siguiente.

Se lo debía a Pablo. Su hijo y ella casi no se veían, y cuando lo hacían, la cara del niño lo decía todo. Se estaba perdiendo su infancia y no pensaba permitirlo. Desde ese mismo momento, se propuso dejar un día a la semana la tienda antes de tiempo y pasar el resto de tarde con su niño.

Como estaban en pleno mes de junio, los días eran más largos y podían aprovechar para pasear durante más tiempo.

Sara, con Pablo cogido de su mano, caminó hasta una heladería y se sentaron en la terraza donde comieron sendos helados, pasaron un rato en unos salones recreativos y, para terminar, fueron al parque que había en su barrio, para que el niño pudiese jugar con sus amigos, y Sara pudiese descansar sentada en uno de los bancos, mientras veía disfrutar a su hijo.

En el banco de al lado, había varias mujeres, madres de los demás niños que jugaban con Pablo. Hubiese sido agradable sentarse con ellas a hablar, pero Sara, como siempre estaba trabajando, apenas conocía a las madres de los amigos de su hijo.

Su teléfono móvil comenzó a sonar. Cuando lo sacó del bolso, en la pantalla apareció el nombre de Beatriz. Sonrió al saber que era su amiga la que llamaba y descolgó.

—Hola, guapa, qué raro que me llames tú —rio Sara al contestar.

Al otro lado de la línea telefónica se escuchó un suspiro.

—Ay, Sara —gimoteó su amiga—. Me han despedido.

—¿Cómo? ¿Qué me estás diciendo?

Bea no pudo aguantar y se echó a llorar. Se notaba que estaba muy afectada, pues jamás había sido de esas personas que mostraban sus sentimientos de forma tan directa. Solía guardarse sus problemas para sí misma, aunque sus amigas le repetían que no era sano.

Sara, por unos instantes, no supo qué decirle para que dejase de llorar, pero, finalmente, continuó hablando con su amiga.

—Shhh... tranquila, deja de llorar y cuéntame lo que ha pasado.

—Es que... esto me ha pillado por sorpresa... —Sorbió por la nariz y suspiró, hecha polvo—. ¿Qué voy a hacer?

—¿Qué ha ocurrido?

—Esta mañana, mi jefe me ha llamado a su despacho y me ha dicho que iban a recortar la plantilla. Me ha dado los papeles del finiquito y me ha hecho recoger mis cosas.

—¿El trabajo en tu empresa iba mal?

—Todos sabíamos que la cosa estaba floja, pero no hasta este extremo. —La voz le tembló al final de la frase y acabó llorando de nuevo—. Ay, Sara, ¿qué voy a hacer yo ahora?

Al acabar de hablar, Beatriz rompió a llorar. Sara intentó calmarla, sin embargo, comprendía la desesperación de su amiga. Estaba en paro y pagando una hipoteca.

—No te pongas así, cariño. Eva tiene trabajo. Podéis ir tirando mientras encuentras algo.

—El trabajo de Eva solo cubre la letra de la casa. Mi sueldo lo usábamos para pagar facturas y comprar comida —sollozó sin consuelo.

Sara se quedó en silencio, pensando. Ella tampoco estaba como para tirar cohetes. El trabajo en su floristería estaba comenzando a despegar, pero no era suficiente como para mantener a dos personas durante todo el mes. De todas formas, no pudo evitar calmar a Beatriz.

—Ya sé que, quizás, no es lo que buscas —comenzó a decir—, pero, en la tienda, últimamente voy bastante agobiada por los pedidos. Necesitaría a una persona que me ayudase un par de días a la semana.

—¿En serio? —Se podía percibir la ilusión en la voz de Bea—. ¿Me lo dices de verdad?

Sara tuvo que reír ante la incredulidad en la voz de su amiga.

—En serio. Pero, no te puedo dar mucho dinero. Quizás no te compense demasiado. —Se quedó pensando unos instantes—. Entre pagar tu seguro y contando que solo van a ser un par de días a la semana...

—¡Lo que sea! ¡El peor sueldo es el que no se gana!

—Mientras encuentras algo de lo tuyo, puedes ir tirando en la floristería —la animó Sara.

—¡Oh, Dios, gracias!

—Pásate mañana por casa. Así me cuentas con más detalles y hablamos sobre cuándo puedes empezar.

—Mañana por la noche me paso por allí, sin falta.

Cuando colgaron, Sara se quedó pensativa. Tendría que hacer algunos recortes si quería ayudar a Bea, debería enseñarle los conceptos básicos y darle unas clases rápidas sobre la manipulación de las flores. Se frotó la frente y cerró los ojos con fuerza. Esperaba que todo saliese bien. Sin embargo, Beatriz era su amiga y, si tenía que hacer algún esfuerzo, lo haría. Para eso estaban las amigas, para ayudarse en los momentos malos.

Mientras se frotaba los ojos, a su lado en el banco, sintió un crujido. Alguien se había sentado junto a ella.

Cuando dobló la cabeza, el corazón casi se le salió por la boca. La persona que acababa de sentarse era Miguel.

Llevaba unos pantalones vaqueros, desgastados por la rodilla, una camiseta de manga corta de color blanco y unas Converse sin cordoneras.

La miraba sonriente. Al hacerlo, las arruguitas del contorno de sus ojos se hicieron visibles y, eso, lo hacía todavía más irresistible.

A Sara le dieron ganas de salir corriendo.

Tragó saliva, con dificultad, y cruzó los brazos sobre el pecho, a modo de barrera.

—¿Es que no hay más bancos en el parque? —lo interrogó con antipatía.

—Me gusta este, tiene buenas vistas —dijo, sin dejar de mirarla a ella y sin perder la sonrisa.

—¿Me estás siguiendo? —dijo con seriedad—. Llevo diez años sin verte y, ahora, en lo que llevamos de semana, me cruzo contigo dos veces seguidas.

—Quizás, será porque hace diez años que no vivo aquí, y ahora sí. —Sonrió con ganas—. He vuelto.

Sara puso los ojos en blanco y dobló la cabeza hacia el parque, para dejar de mirarlo.

—Pues, felicidades —comentó de forma desapasionada.

—No te sigo, Sara, ha sido una casualidad, igual que la otra noche. Llegaba del aeropuerto y caminaba hasta la casa de mis padres.

Ella no contestó, se limitó a asentir. No quería ni mirarlo. Al hacerlo, se le removían tantas cosas por dentro...

Le parecía ilógico que su cuerpo siguiese reaccionando a su proximidad después de todo lo que había pasado. Ese hombre le prometió miles de cosas que luego no cumplió. La dejó y se largó, ni siquiera le pidió que lo acompañase. Porque ella lo hubiese hecho, lo habría dejado todo por irse con él, por estar juntos. Sin embargo, los sentimientos de Miguel no eran ni remotamente parecidos a los suyos. Para él fue un pasatiempo, un juego

divertido que no dudó en dejar cuando le apareció la oportunidad.

—¿Conseguiste arrancar el coche?

Ella negó con la cabeza, no se dignó ni en contestar. Miguel suspiró y se mordió el labio inferior.

—¿Lo has llevado al mecánico?

Sara lo miró de repente, encarándolo con el semblante enfadado.

—¿Por qué cojones te preocupa ahora mi coche?

—Solo quería ser amable —se explicó para intentar tranquilizarla.

—Pues, ¿sabes una cosa? Guárdate tu puñetera amabilidad, porque no la quiero. —Lo señaló con el dedo índice—. No necesito nada de ti. ¡Ni tu amabilidad, ni tu preocupación, ni nada! ¿Te queda claro?

—No te recordaba así, tú no eres de esta forma —comentó algo extrañado por las palabras de ella.

—Tú no sabes cómo soy yo. ¡No me conoces!

—Sí que te conozco, y sé que esta no es la Sara que eras antes.

—¡La Sara de hace diez años murió para ti! ¡No se te ocurra decirme de la forma en la que era, porque no tienes ni idea! Estuvimos juntos, ¿cuánto? ¿Tres años? —preguntó ella, fingiendo, pues se acordaba a la perfección.

—Cuatro —la corrigió Miguel.

—En cuatro años no se conoce a una persona.

—Yo a ti sí que lo hacía —declaró Miguel, con convencimiento.

Sara soltó una carcajada y negó con la cabeza. No podía creer que esta conversación estuviese produciéndose. Acercó un poco la cara a la de Miguel y frunció el ceño antes de hablar:

—A ti también creía conocerte. Pensaba que eras el mejor hombre del mundo. Me creí todas tus palabras, cada una de tus promesas... —Se apartó de su lado y se levantó del banco—. Pero, conseguiste engañarme. Me vendiste algo que no era. ¡Me tragué el cuento! Pensaba que sabía cómo eras, creía que había encontrado al hombre de mi vida, ¡tú me lo hiciste creer! Y a la primera de cambio, te largaste y ya no regresaste.

Miguel fue a contestar, sin embargo, un movimiento a su derecha lo hizo callar.

Hacia ellos corría un niño.

Tendría unos ocho años. Era moreno, alto, delgado y con los ojos aceituna de Sara.

Ella, al ver a Pablo, se puso todavía más tensa. Intentó sonreírle a su hijo, como si instantes atrás no hubiese estado discutiendo con Miguel, intentando

que no se notase el miedo a que padre e hijo se reconociesen.

—Mami, mis amigos ya se van a sus casas.

Sara acarició la cabeza de su hijo.

—Sí, se está haciendo tarde. Es hora de regresar. —Miró a Miguel con mucha seriedad y cogió su bolso.

Por su parte, Miguel no podía dejar de mirar al niño. Era extraño encontrarse de frente con la personita que había nacido del seno de la mujer que había querido casi toda su vida. El hijo de Sara con otro hombre.

Era un niño guapo, tenía que admitirlo.

Sin poder evitarlo, se agachó un poco, y le sonrió.

—¿Tú eres el hijo de Sara?

—Sí —contestó Pablo, algo extrañado, pues no conocía a aquel hombre.

Sara, abrazó a Pablo, a modo de protección.

—No te acerques a mi hijo —le advirtió—. Él no es juguete, no voy a permitir que le hagas daño, al igual que a mí.

—Mami, ¿quién es este?

—Nadie.

Miguel le volvió a sonreír al niño.

—Soy un viejo amigo de tu madre. Estaba viviendo muy lejos, pero he regresado para quedarme.

Cerró la puerta de la entrada, tras de sí, y se quedó apoyado en ella durante unos segundos.

Desde su posición, Miguel recorrió su apartamento con la mirada.

Era un piso antiguo, reformado y redecorado, de planta abierta y un ligero estilo industrial. Le encantaba la combinación de los pilares de hormigón, las paredes de ladrillo y las lámparas de tulipa metálica, con los muebles de madera.

Todavía podía recordar la ilusión que sintió el día que el director del banco le dio las llaves. Había estado dándole vueltas a la idea de comprarlo durante más de cuatro meses. Le encantaba el lugar en el que estaba ubicado, le encantaba la amplitud de la casa y el precio no era tan desorbitado como él había imaginado. Sin embargo, no conseguía decidirse.

Fue Sara quien le animó a hacerlo.

Mirara donde mirase, podía verla.

Habían pasado tantos buenos momentos en aquella casa...

Tenían pensado irse a vivir juntos en cuanto acabasen las carreras, formar una familia en aquel lugar. Pero, la oferta del trabajo en Miami, desmontó todos los planes. Aun podía ver su cara desencajada cuando le dijo que se marchaba.

Caminó unos pasos y cogió una foto enmarcada que había sobre el mueble recibidor. En ella estaban él y Sara. Se les veía tan felices... Fue el día que acabaron la reforma. Ella sacó su cámara de fotos e inmortalizó el momento.

Había sido tan iluso pensando que el vivir en Miami podría suplir su amor...

A los dos días de su traslado a aquella ciudad del estado de Florida, comenzó a echarla de menos. Y aquello solo fue el comienzo. No podía dejar de recordar sus sonrisas, sus caricias, sus palabras de amor.

Dos meses después, llegó el momento en el que creyó ahogarse sin ella, así que, cogió un avión y regresó a España para pedirle que se fuese con él. Sin embargo, nada más pisar el aeropuerto, su hermana le informó de que Sara se había quedado embarazada de otro hombre.

Roto de dolor, permaneció en casa de sus padres cuatro días, fecha en la que tenía programado su vuelta a Miami.

A su regreso, se concentró en estudiar y en el trabajo. Intentaba no pensar en ella. Salía con amistades, conoció a muchas chicas preciosas dispuestas a todo por pasar un rato a su lado. Pero no pudo encontrar a ninguna que le hiciese sentir como Sara.

Cuando conoció a su ex mujer, pensó que sería otro pasatiempo más. Sin embargo, la insistencia de Belinda lo hizo llegar a pensar que, quizás, con ella, las cosas pudiesen ir a más. Pero no fue así.

Cuando se enteró de su traición, incluso se sintió aliviado. Llevaba algún tiempo pensando en dejar América, sin embargo, su matrimonio lo ataba a aquel lugar.

El mismo día que firmó los papeles del divorcio, regresó a Madrid. Su madre lo necesitaba, pues la muerte de su padre la tenía bastante triste.

Todavía se le aceleraba el cuerpo cuando recordaba lo que sintió al reencontrarse con Sara en medio de la calle. El subidón que notó cuando su hermana, María, le dijo que no estaba casada, y la decepción al ver que no quería ni verlo.

La verdad, es que no la culpaba. Diez años atrás, había actuado de forma muy egoísta, perdiendo con sus actos a la mujer de su vida.

Pero, había vuelto. Estaba dispuesto a conseguir que esa mujer lo perdonase. Por Sara, sentía cosas tan fuertes e inexplicables... que, ¡tenía que conseguirlo! Debía de arreglar el error que cometió años atrás y, aunque solo pudiesen ser amigos, merecería la pena.

Sara apretó los dientes, pues Beatriz la estaba abrazando con demasiada fuerza. Desde que Carolina y ella llegasen a su casa, su amiga no había parado de achucharla y darle las gracias por el tema del trabajo en la floristería. Se la veía más animada que cuando hablaron por teléfono, incluso había estado bromeando sobre su antiguo jefe.

Por otro lado, la que estaba más rara era Carolina. Reía con ellas, pero había un brillo raro en su mirada que decía que algo no estaba bien.

Con la habitual copa de vino en la mano, Sara se fijó un poco más en ella, y no pudo evitar hablarle al respecto.

—Carol, ¿estás bien?

Su amiga alzó las cejas, sorprendida por la pregunta y se puso a reír, negando con la cabeza.

—¿Yo? Pues claro —asintió con demasiada rapidez—. ¿Qué me iba a pasar?

Bea y Sara se miraron de soslayo. Incluso la persona más descuidada del mundo se hubiese dado cuenta de la falsedad de sus palabras.

—Entonces, ¿por qué llevas toda la noche tan rara?

—No estoy rara, son imaginaciones tuyas. —Volvió a reír—. Quizás sea porque estoy algo cansada, hoy el día en la guardería ha sido agotador.

—Es que... no sé —continuó Sara, pensativa—. Es como que te falta...

—¡No me falta nada! Deja ya de darle vueltas, estoy perfecta —resopló y se cruzó de brazos—. Y, ahora, ¿podemos hablar de otra cosa que no sea yo?

—Vale, vale —asintió Sara con desgana—. ¿Y de qué quieres que hablemos?

—Pues, por ejemplo, de Felipe —dijo Carolina, dándole un codazo y guiñándole un ojo.

Sara sonrió al ver que los semblantes de sus amigas cambiaban y se volvían más pícaros. Negó con la cabeza y no pudo evitar una carcajada.

—¿Qué pasa con Felipe?

—¡Eso es lo que queremos saber nosotras! —exclamó Beatriz con retintín—. ¡Habla, mala pécora!

—Con Felipe no ha pasado nada que no hayáis visto.

—Pero, me ha dicho que ayer te llamó por teléfono —le confesó Carolina, convencida de lo contrario.

—¿Habéis quedado? —la interrogó Beatriz.

Sara se llevó una mano a la boca, apretándola contra sí para no echarse a reír otra vez. Negó con la cabeza y se aclaró la voz.

—No, no hemos quedado.

—¿Pero él te lo pidió? —insistió Carolina.

—Sí, me lo pidió.

—¿Y entonces? ¿Por qué no vais a salir?

—Porque le dije que no. No tengo tiempo para esas cosas.

—¡Tú estás mal! —soltó Carolina contrariada—. Felipe es un partidazo. Es guapo, simpático, con un trabajo fijo y un coche impresionante.

—¡Es verdad! —la apoyó Bea—. Fíjate que a mí no me gustan los tíos, pero, si lo hiciesen, me lo tiraba, fijo.

—Chicas, me da igual lo que tenga. Como si quiere tener una casa en las Bahamas. Ahora mismo, en mi vida, no cabe nadie más.

Sus amigas se miraron con aburrimiento. Estaban hartas de que Sara siempre saliese con la misma respuesta. Estaban seguras de que lo que su vida necesitaba era una ilusión. Y el amor era la ilusión más bonita que podría experimentar.

—De verdad —siguió Carolina, cansada de repetirle siempre lo mismo—. No te entiendo. ¿A qué esperas? ¿A que te salgan arrugas por todo el cuerpo? ¿A ser vieja y llenar la casa de gatos? ¡Ya te hemos dicho miles de veces que, por culpa de una decepción amorosa, no puedes dejar pasar los demás trenes! El amor de tu vida está ahí fuera. ¡No todos los hombres son malos!

Sara bajó la vista al suelo y se retorció las manos, nerviosa. Odiaba hablar sobre eso pero sus amigas no dejaban pasar la oportunidad para sacar el dichoso tema.

—Vosotras no me vais a comprender nunca. De hecho, a veces, ni yo misma me entiendo. Solo sé, que no quiero conocer a nadie.

—¡Espabila, Sara! —exclamó Beatriz—. Tuviste mala suerte una vez en tu vida, pero no quiere decir que eso se vaya a repetir siempre.

Sara suspiró. Sabía que tenían razón, sus amigas querían lo mejor para ella, le aconsejaban lo mejor que sabían, ¡y lo agradecía, de verdad! Sin embargo, había algo que la retenía, siempre lo habría.

Las miró con seriedad y tragó saliva.

—Hace una semana, me encontré a Miguel en la calle.

—¿A ese? —escupió Carolina con desprecio—. ¿Y qué hacía por aquí? ¿Es que lo han echado de Miami?

—Seguro que su esposa, la presentadora, le ha dado una patada en el culo y lo ha vuelto a mandar con su madre a España —opinó Beatriz, consiguiendo que sus otras dos amigas riesen.

Carolina miró a Sara con detenimiento y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y cómo está? ¿Le han salido cuernos? ¿Se ha cambiado ya su nombre por el de Judas?

—Vaya un tío más falso y mala persona. —Beatriz frunció los labios—. De verdad, Sara, no sé cómo pudiste caer con semejante personaje.

Sara sonrió, pero se podía apreciar que lo hacía con tristeza. Miró a sus amigas con cariño. Podrían ser unas locas, mal habladas y escandalosas, podrían no ser la personificación de la bondad, ni unas santas, pero sabía que la apoyaban a muerte y que criticarían a todo aquel que se atreviese a hacerle daño. Con Miguel no había sido diferente. Desde el momento en el que se enteraron de lo que le hizo, paso a ser el enemigo para ellas.

—Miguel... —empezó a decir Sara—... está como siempre. Bueno, más guapo, si cabe. —Sonrió con tristeza—. Lo encontré cuando mi coche no arrancaba. No fui amable con él, de hecho, acabé gritándole.

—¡Eso es lo que se merece el sinvergüenza ese!

—Y ayer cuando se sentó conmigo en el parque...

—¿También lo viste ayer? —gritó Carolina, con las cejas enarcadas.

—Sí. Me pilló de sorpresa. Se sentó a mi lado, en un banco del parque que hay debajo de casa, mientras que Pablo jugaba con sus amigos.

Sus amigas abrieron la boca por el asombro.

—Pero... ¿Vio al niño? —la interrogó Beatriz, sin poder cerrar los ojos de la impresión.

—Lo vio.

—¿Y?

Sara sonrió.

—Y nada. ¡No sabe que es su hijo! ¿Por qué piensas que iba a pasar algo? Además, apenas lo dejé hablar con él. Le dije que no se acercase a nosotros.

—¡Hiciste muy bien! Ese cabrón no se merece a Pablo. El niño es tuyo y de nadie más.

Sara se llevó una mano a la frente y suspiró.

—Pero sí que lo es, Bea. Es su padre —Apretó los labios y tragó saliva—. Desde que vi a Miguel, la otra noche, no dejo de pensar en que debí de

haberle hablado del niño.

—¡Un padre es aquel que te cría, no el que te engendra y se olvida! ¡Sara, él te abandonó y se fue a Miami! ¡Le dio igual que le suplicas que se quedara contigo! ¿Crees, de verdad, que hubiese querido al niño? Si se hubiese enterado de que estabas embarazada, sus planes se hubieran ido por el retrete. Estoy segura de que te hubiese pedido que abortases, hazme caso.

—No lo sé —contestó con un hilo de voz—. Ni siquiera le di la opción de opinar al respecto.

Carolina la cogió por los hombros y la zarandó.

—Es tu cuerpo. Tú decides en él, nadie más. Si decidiste criar al niño tú sola, nadie puede culparte. Además, ¡no entiendo por qué ahora te pones así! Nunca te importó que Miguel no lo supiese.

—Él no estaba, Carolina. Él no estaba aquí cuando me enteré de que estaba en cinta. No pude pedirle opinión, así que hice lo que creí correcto. Actué bajo mi criterio.

—Se fue y se olvidó de que existías. Hiciste lo que cualquiera de nosotras hubiese hecho. —Bea asintió ante las palabras de su amiga—. Además, piensa que en unos días, Miguel se volverá a marchar, y seguirá viviendo su vida soñada en América. Olvídate y sigue tú con la tuya.

—No se va a ir. Ha vuelto para quedarse —aclaró Sara, con un deje triste en la voz.

—¡Pues que le jodan, aquí, en Miami, en la Patagonia o en China! ¡Que se vaya o que se quede, a ti te tiene que dar igual! Porque a él se la dio cuando se fue.

Beatriz, tras unos minutos callada, observando a sus amigas discutir, rodeó los hombros de Sara y la besó en la frente.

—Todavía sientes algo por él, ¿verdad?

Sara se mordió el labio inferior y cerró los ojos con fuerza.

—No lo sé. He intentado seguir con mi vida, he trabajado día y noche, he volcado todo mi amor en mi hijo. Sin embargo, ha sido volver a verlo, y ha conseguido remover algo que tenía dormido. No puedo evitar pensar en él.

—No permitas que se acerque más a ti, por tu bien.

—No pienso hacerlo. De hecho, no creo que lo vuelva a ver. Le dejé claro que no quería ni que me hablase.

—Has hecho bien —la alabó Carolina—. Él no te merece.

—Tú te mereces a un hombre de verdad.

—Como Felipe —insistió ella.

Sara puso los ojos en blanco y resopló.

—¡Ya estás otra vez!

—¡Escúchame! Sal con él, diviértete, ¡es simple! Nadie te está pidiendo que te cases, ni que formalices la relación. Solo es diversión.

—Es que...

—¡No, Sara! Se acabaron los peros. Debes divertirte, rehacer tu vida, salir de casa. Y si no es con Felipe, pues ya será con otro. Pero, tienes que empezar a moverte. —Carolina le dio un beso en la mejilla y la abrazó, junto con Beatriz—. Mira, vamos a hacer una cosa. Voy a hablar con Felipe, le voy a decir que vuelva a llamarte y quedáis para cenar un día de estos. Es simple. Sales, lo pasas bien y luego tú ya decides si quieres seguir viéndolo.

—No pierdes nada, Sara —la animó Bea.

Sara se quedó unos segundos callada, sopesando las palabras de su amiga.

Quizás tuviesen razón. Quizás lo que necesitaba, para que se le quitase toda esa tontería, fuese pasárselo bien y conocer gente. Era posible que, de esa manera, su vida pudiese ser plena.

Miró a sus dos amigas, que esperaban su respuesta en silencio, y asintió.

—Está bien, lo haré. Dile a Felipe que me llame.

La sonrisa de Carolina desapareció al quedarse a solas, cuando dejó a Beatriz en su casa. Condujo pensativa los escasos diez minutos que la separaban de su domicilio y aparcó, después de dar varias vueltas, a unas cuantas manzanas de su casa.

Había algo que no estaba del todo bien.

Todavía no sabía con certeza qué era, sin embargo, la relación con su marido había dejado de ser la de siempre.

Apenas pasaban tiempo juntos y, cuando lo hacían, era por insistencia. Incluso, la otra noche, cuando quedaron con sus amigas en la discoteca, tuvo que ponerse seria con él para que la acompañase.

Ante sus amigas, intentaba disimular. No quería alarmarlas, pues ni siquiera ella estaba segura de que no fuesen imaginaciones propias, como decía Diego casi siempre que discutían.

Pero, no, estaba segura de que lo que pasaba era real, su marido nunca

estuvo tan distante. Lo conocía muy bien. Había sido su primer amor, estaba con él desde la adolescencia y notaba sus cambios de humor al instante.

Estaba preocupada, lo reconocía. Quería a Diego más que a nadie en el mundo y no se podía imaginar una vida sin él.

Abrió la puerta de casa y cerró tras de sí.

En el interior, solo oscuridad.

Pulsó el interruptor de la luz y caminó hacia la cocina.

Sacó una sartén, un par de huevos y verdura, y se propuso hacer algo de cenar para cuando él llegase a casa del trabajo.

Cuando escuchó el sonido de la puerta al abrirse, se humedeció los labios. Esperó en la cocina hasta que su esposo fuese a verla, sin embargo, lo escuchó moverse por la vivienda y entrar al cuarto de baño.

Carolina frunció el ceño al escuchar el sonido del agua. Estaba dándose una ducha y ni siquiera había dicho hola.

Quince minutos después, escuchó pasos y Diego entró en la cocina. Se sentó en una silla, junto a la mesa y encendió la televisión.

—¿Qué hay para cenar?

Ella se puso a su lado y lo miró con atención.

—¿Ya no me dices ni hola?

Diego alzó las cejas y se encogió de hombros.

—Hola.

—¿Se puede saber lo que te pasa, Diego?

—¡No empieces otra vez con la cantinela! ¡No me pasa nada!

—¿Es mucho pedir un puto saludo, después de estar todo el día sin vernos?

—Te he saludado, ¿o no? —dijo, poniéndose a la defensiva.

—¡No ha salido de ti! Has llegado, has pasado de mí como si no estuviese en casa y, cuando sales de la ducha, enciendes la tele y me ignoras.

—Quizás estoy cansado, ¿no te has parado a pensarlo, Carolina? —resopló con aburrimiento.

—¡Antes, jamás hacías eso! Cuando llegabas, venías corriendo a darme un beso.

—Antes, mi mujer no me daba la tabarra con tonterías, como lo haces ahora.

—¿Entonces la culpa es mía?—lo interrogó levantando la voz.

—¡Joder! —Se levantó de la silla y apoyó las manos en la mesa—. Haces que se me quiten las ganas de estar en mi propia casa. ¿Es eso lo que quieres,

que me largue?

Carolina observó unos segundos a Diego. A pesar de sus treinta y ocho años, seguía conservando la frescura adolescente en el rostro. Diego era de esos hombres por los que el tiempo parecía no correr.

Su cuerpo, seguía siendo fuerte y atlético, como lo era cuando se conocieron, su cara, varonil y hermosa, con unas pequeñas arrugas en el contorno de los ojos, que lo hacían todavía más apuesto.

Carolina, a pesar de los años de convivencia y de noviazgo, seguía perdidamente enamorada de él. Era su hombre, con el que se había casado y con el que había jurado pasar el resto de su vida.

No quería perderlo, no, ¡no quería!

Fijó los ojos en los de él, que la miraban con enfado y cansancio.

Se mordió el labio inferior y suspiró.

—Está bien, lo siento —se disculpó ella—. Quizás estoy sacando las cosas de quicio.

—Lo haces.

Carolina se acercó a él y le dio un beso en los labios, a modo de disculpa. Se sentó encima de sus muslos y le sonrió.

—¿Quieres cenar ya?

—Sí, por favor.

Ella puso la mesa y los platos en ella.

Comieron sin apenas hablar. Solo intercambiaron algún que otro comentario sobre el trabajo, pues Carolina odiaba que estuviesen en silencio.

Al acabar, recogieron la mesa, metieron los platos al lavavajillas y apagaron la televisión. Caminaron hasta el salón y se sentaron en el sofá con el hilo musical encendido.

Carolina se relajó un poco. Le encantaba la intimidad de esos momentos. Ellos dos solos, la luz tenue y la música de fondo.

Sin embargo, duró poco. Diego se levantó, se miró el reloj y cogió las llaves de casa. Ella frunció el ceño y se incorporó un poco de su asiento.

—¿Adónde vas?

—Les dije a los chicos de la oficina que nos veríamos para tomarnos unas cervezas.

—¿Ahora? —Abrió los ojos por la incredulidad y se cruzó de brazos.

Diego resopló y desvió su mirada hacia la pared.

—¡Sí, ahora, Carolina! —respondió con hastío—. ¿También te parece mal eso?

Ella tragó saliva y apretó los labios, intentando aguantar la desesperación y las ganas de llorar que la recorrían. Negó con la cabeza e intentó sonreírle.

—No, claro que no. Pásalo bien.

Al escuchar la puerta cerrarse, no pudo menos que hacerse un ovillo en el sofá y apoyar la cabeza sobre sus rodillas. Se sentía sola. Desde hacía casi dos meses aquello no hacía más que empeorar.

Ya no sabía si realmente era ella la que se estaba obsesionando con el tema o todo estaba ocurriendo de verdad.

Cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

No sabía qué estaba pasando, pero algo iba mal, muy mal.

Sara metió en la cámara frigorífica dos preciosos ramos de rosas. Eran los últimos encargos que le quedaban por hacer y todavía eran las ocho y media de la tarde.

Sonrió complacida. Beatriz, a pesar de estar en periodo de formación, le había adelantado muchísimo trabajo. Estaba contenta con su amiga. Bea era una persona muy exigente consigo misma y eso se reflejaba en su trabajo.

Hacía casi media hora que se había quedado sola en la tienda y no podía dejar de sonreír. Había sido una decisión acertada contratar a su amiga un par de días a la semana, ella iba más desahogada y Beatriz contaba con una pequeña fuente de ingresos.

Apagó el ordenador y bajó las persianas un poco. Todavía faltaba media hora para el cierre de la tienda, pero el saber que iba a llegar a casa tan temprano, la animaba.

Podría estar con Pablo antes de que se quedase dormido, podría hablar un rato con su madre, mientras veían la tele y podría cenar tranquila al saber que llevaba el trabajo al día.

Cuando el reloj marcó las nueve en punto, salió de la tienda, cerró la puerta con llave y bajó la persiana, asegurándola con un candado.

Se metió las llaves al bolsillo y dio la vuelta para comenzar a caminar hacia el coche. Sin embargo, al hacerlo, chocó con alguien.

Cuando su mirada enfocó a la persona en cuestión, su corazón casi se le salió del pecho. Ante ella estaba Miguel, que sonreía con amabilidad.

Casi sin quererlo, tuvo que admirar lo guapo que estaba. Siempre, desde que lo conoció, le ocurría al verlo. Miguel era un hombre tan impresionante que tardaba unos segundos en poder pensar con claridad.

Él la miraba con atención. Con tanta, que Sara tuvo que reprimir un suspiro y un estremecimiento en el bajo vientre.

Ese hombre exudaba tal sensualidad que, a pesar de todos los sentimientos encontrados que tenía hacia él, no pudo evitar que se le secase la boca. Si hubiese estado en otra situación, le habría encantado acariciar su cabello negro, sentir la textura de este. Si era sincera consigo misma, tenía que admitir que así, largo hasta los hombros, le quedaba mejor. Lo hacía parecer

peligroso, sexy... Le habría encantado acariciar su cara, tocar sus mejillas rasposas por aquella barba de tres días sin afeitarse. Le hubiese gustado recorrer su cuerpo y apretarlo contra el suyo. Le hubiera encantado recordar qué era lo que se sentía al estar entre sus brazos.

El ruido de una ambulancia la hizo reaccionar. Al darse cuenta de sus pensamientos, apretó los labios. ¡Miguel no se merecía nada de todo aquello! Ese hombre la había abandonado, había roto sus promesas, ¡no valía nada! ¡Jamás sería tan tonta como para caer en sus redes de aquella forma! El hombre que creyó conocer, no existía.

Sara cruzó los brazos sobre el pecho y alzó la cabeza de forma orgullosa.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí?

Él la miró una última vez antes de contestar.

—Tenía curiosidad por ver tu tienda —admitió con calma—. Me dijo mi hermana que has hecho un gran trabajo con ella.

—Pues ya la has visto, ¿no? —lo interrogó fingiendo aburrimiento—. Así que, no quiero que vuelvas por aquí. Haz como que no existe, ni mi tienda, ni yo.

Sara comenzó a caminar y dejó a Miguel sin decirle nada más al respecto. Para ella, no se merecía nada más.

Sin embargo, él la alcanzó, se puso a caminar a su altura y la cogió de la muñeca para que frenase.

—Sara...

—¡No me toques! —exclamó soltándose de su agarre, con el semblante muy serio—. ¡No sé quién cojones te has creído que eres!

—No hace falta que te pongas así. —Suspiró, cansado de pelear con ella. Se mesó el cabello y se humedeció los labios—. No quiero discutir más contigo.

—¡Oh, vaya! El señor ha decidido que no quiere peleas —se burló ella, con una mueca despectiva en los labios—, y, claro, todo lo que el señor quiere, lo tiene, ¿verdad? ¿Lo consigues todo así, Miguel? ¿Poniendo carita de pena y pareciendo un santo?

—No seas injusta, Sara, solo quiero que hablemos.

—¿Hablar? —chilló ella. Dio un paso hacia él y alzó la cabeza para mirarlo a los ojos, con los puños apretados—. ¡A ver si que queda claro, idiota, que yo no tengo nada de lo que hablar contigo!

Miguel resopló y negó con la cabeza, intentando seguir tranquilo y no alterarse. Pero, es que Sara se lo ponía tan difícil... Él solo quería arreglar sus

diferencias.

—Quiero que seamos amigos, no me gusta que estés a la defensiva cada vez que te veo.

Sara comenzó a reír y se llevó una mano a la mejilla. Miró a Miguel de arriba abajo y continuó riendo.

—Ay, Miguel, eres tan ingenuo... —Alzó la mano y le dio un par de golpecitos en la nariz—. Antes de ser tu amiga, prefiero comerme una rata viva.

—¿Por qué eres tan orgullosa? —preguntó, notando que la paciencia se le escapaba por las yemas de los dedos.

—¡Solo soy orgullosa con la gente que se lo merece!

—¡Yo no merezco todo esto!

—¿Ah, no? —Lo señaló con el dedo índice y se acercó un poco más a él, en actitud retadora—. ¡Tú eres el peor ser humano que he conocido, eres basura, eres la clase de persona que no quiero cerca de mí, eres despreciable y... —Antes de que Sara pudiese acabar, Miguel le tapó la boca.

Sin que le diese tiempo a reaccionar, la cogió por la cintura y la alzó, pegada a su cuerpo. Aprisionó a Sara contra la pared de una casa y acercó su cara a la de ella, dejando entre los dos, tan solo, unos milímetros de distancia.

—Escúchame, Sara —le susurró.

Ella intentó retorcerse para que la dejase en el suelo. Intentó darle patadas para lastimarlo, quiso gritar para que alguien la ayudase.

Logró apartarle la mano tras darle un mordisco.

—¡Suéltame, mal nacido! ¡Suéltame o te juro que, cuando lo logre hacer yo, te castro!

Miguel la miró a los ojos y suspiró.

—Lo único que quiero es que me perdones.

—¿Perdonarte? —escupió con desprecio.

—Lo siento —se disculpó con sinceridad—. Siento mucho lo que pasó, Sara. Destrocé lo que teníamos.

—¡Métete tus disculpas por donde te quepan! Por mí, como si quieres volver a irte y no regresar, puedes irte a la mier...

Sin darle tiempo a terminar el insulto, Miguel la besó.

Fue algo tan imprevisto, que pilló a Sara totalmente por sorpresa.

Ella comenzó a sacudirse, para que se apartase, pero Miguel profundizó el beso y algo en su estómago se sacudió de forma brutal.

Su corazón comenzó a latir a un ritmo desenfrenado. ¡Aquello no estaba

bien, no estaba bien! No era posible que, después de todo lo ocurrido, su cuerpo comenzase a reaccionar como lo estaba haciendo. Sentía un agradable calor en el pecho, que bajaba por su vientre y se internaba entre sus muslos.

Casi sin quererlo, Sara se vio respondiendo al beso con ansias, abrazándose a Miguel.

Él la apretó todavía más contra sí. Su lengua jugueteaba con la de ella, incendiándolos de forma insospechada y provocando un intenso placer que los hizo jadear. Los brazos de ella, rodearon su cuello y lo apretaron para acercarse todavía más su cara.

Los besos de Miguel eran como siempre fueron. Provocadores, sensuales y muy eróticos. A pesar de los años lo recordaba con claridad. Le fue imposible olvidar lo bien que se complementaban, lo bien que funcionaban juntos, lo bueno que era cuando la tocaba.

Las manos de él, apretaron sus nalgas. Las amasaron y empujaron hacia su erección, grande y prominente por la excitación del momento.

Sara no podía pensar. Estaba envuelta en aquella ardiente bruma de deseo que Miguel le provocaba con su boca.

De repente, él apartó sus labios y los acercó a su oído.

—Perdóname, Sara —le susurró—. Perdona a este estúpido.

Ella no podía contestar. Su cuerpo temblaba, su corazón estaba a punto de salirse del pecho y sus piernas apenas la conseguían sostener. Negó con la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

—No vuelvas a hacerlo —dijo con un hilo de voz.

—¿Qué? —preguntó Miguel, confundido.

—No vuelvas a besarme.

Él agarró su barbilla y la alzó para que lo mirase a los ojos. Descubrió que los tenía llenos de lágrimas. Con los pulgares, se las limpió y acarició sus mejillas.

—Solo te lo voy a prometer, si me perdonas —dijo con voz baja, pero con intensidad—. Quiero ser tu amigo. Quiero que me lo permitas.

Ella tragó saliva, pues no podía hacer otra cosa. Su cuerpo se recuperaba con lentitud de aquel beso. Bajó de nuevo la cabeza y se quedó mirando al suelo, con fijeza.

—Sara —insistió Miguel—, por favor.

Ella empujó un poco su pecho, para que la dejase.

—Suéltame.

Miguel obedeció. Se apartó de su lado y dio un par de pasos hacia atrás.

Se quedaron en silencio varios segundos, él la miraba a ella, y ella intentaba volver a pensar con claridad.

—Dime que me perdonas —dijo en un último intento.

Ella se llevó las manos a la cabeza.

—Sí, sí, vale... lo que tú quieras —comentó sin apenas darse cuenta. Necesitaba irse de allí, tenía que poner distancia a toda esa locura. Alzó la cabeza y lo miró, notando la boca muy seca. Frunció el ceño, negó con la cabeza y dio un par de pasos hacia atrás.

Dio media vuelta y caminó en busca de su coche. Se notaba la confusión en su mirada, la congoja en su cara. Tanto era así, que Miguel decidió dejarla marchar.

Jamás se le ocurrió que aquello acabase así. Ni en sus más profundos sueños hubiese fantaseado con darle un beso a Sara. Sin embargo, no pudo aguantar las ganas. Estaba tan bonita enfadada... Era tan orgullosa y sus labios estaban tan irresistibles con esa mueca de hastío... que se lanzó a ellos. Y lo que más lo descolocó, fue que Sara respondió a él, continuó con el beso.

Miguel se apoyó en la pared en que, minutos antes, había estado Sara, pensativo. Si bien, no había sido su intención, ese beso había abierto preguntas que tendría que responderse él mismo. Había sido un beso impresionante, caliente, rabioso, con ganas...

No había ido a verla con ese propósito, pero, ahora, después de él, tenía muchas cosas en las que pensar.

Con un vestido amarillo, ajustado por la cintura y de manga corta, Sara se miró al espejo del cuarto de baño, pensativa.

Habían pasado dos días desde el encuentro con Miguel en la puerta de su tienda. Sin embargo, los nervios y la ansiedad por todo lo ocurrido, todavía la mantenían en tensión.

Apoyó las manos sobre el lavabo y se quedó mirando fijamente su reflejo.

Aquel beso la había tenido en vilo esas dos noches. Había sido demasiado para ella. Se despertaron tantos recuerdos, recordó tan buenos momentos junto a él... que parecía que el tiempo nunca hubiese pasado.

No entendía por qué su cuerpo la había traicionado de esa manera. El muy cabrón se rindió a Miguel, a su contacto. Había pasado muchos años odiándolo, pensando que estaba muerto para ella, echando por tierra todos sus recuerdos juntos. Y, sin embargo, todavía podía sentir sus labios sobre los de ella. Sus brazos fuertes alrededor de su cintura, sobre su trasero.

Sara tuvo que resoplar, pues recordar lo ocurrido, la ponía nerviosa.

Pero, el sentimiento que prevalecía era el de rabia.

¿Cómo se había atrevido a hacerlo? ¿Por qué ahora, después de tantos años?

Según Miguel, quería su perdón, pero, ¿para qué? ¡No comprendía qué iban a ganar ellos con eso! Su historia se terminó de la peor forma y Sara no quería volver a tenerlo a su lado. Jamás podría verlo como un amigo, a Miguel, no. Por mucho que quisiese convencerse de ello, nunca pudo superar su separación. Todavía lo veía y le temblaba hasta el alma.

Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos con fuerza. ¡Era una completa estúpida por sentir todo aquello! Él no se merecía que estuviese así.

Si la pasada noche le dijo que sí serían amigos, fue por culpa del estado en el que se encontraba, por nada más. Solo quería largarse de allí y perderlo de vista para poder pensar con claridad. Pero, ahora que lo hacía, sabía que cualquier contacto con él padre de Pablo, sería un error. Las cosas debían de seguir como hasta ahora. Había conseguido sobrevivir diez años sin él, y podría seguir haciéndolo lo que le quedaba de vida.

Unos débiles golpes en la puerta de su habitación, la hicieron olvidar sus pensamientos. Abrió y encontró a su madre y a Pablo, que le sonreían tras el marco.

—¡Mamá, qué guapa! —exclamó el niño, sonriente.

—¿Has visto, Pablo? Tu madre sigue siendo una persona y no un zombie del trabajo —se carcajeó la mujer.

—Eres tan graciosa, mamá... —resopló Sara. Se miró en el espejo y suspiró—. Entonces, ¿voy bien?

—Sí, estás guapa —asintió Pablo.

—Preciosa, cariño.

Sara miró a su madre y cruzó los brazos sobre el pecho. Se apoyó en la pared y se humedeció los labios.

—Todavía estoy dudando de si debo ir a la cita.

—¡Claro que tienes que ir! Eres joven y tienes que salir y conocer gente nueva.

Sara rio y negó con la cabeza.

—Hablas como mis amigas.

—Una madre también puede ser una amiga —Sonrió la anciana—. Yo quiero lo mejor para ti, Sara, y quedarte en casa pensando en el trabajo, no lo es. Ya verás lo bien que te sienta despejarte.

El teléfono móvil de su madre sonó y saltó por la alegría y leyó el mensaje.

—Es Dylan, me desea buenas noches.

Sara hizo una mueca con los labios pensando en el cibernovio de su madre. No sabía por qué, pero no le daba buena espina.

—¿Y tú, mamá? ¿Qué pasa contigo?

—¿Conmigo, qué va a pasar?

—Pues que te pasas el día pegada al teléfono esperando que, un hombre del otro lado del mundo, te escriba.

—¿Y eso es malo?

—No lo veo sano.

—¿Por qué? Dylan me quiere, y yo a él —se defendió.

—Vuestra historia no va a llegar a nada, y no quiero que te hagas falsas ilusiones con ese hombre.

Su madre se puso las manos sobre las caderas y negó con la cabeza.

—¡Nos queremos! Y está ahorrando dinero para coger un avión y venirse aquí conmigo.

—No va a venir, mamá —dijo Sara, poniendo los ojos en blanco.

Su madre, la señaló con el dedo índice y las cejas fruncidas

—Sí tú no crees en el amor, es cosa tuya, pero deja a las demás personas que sean felices.

—¡Bueno, vale, lo que tú quieras! Luego no digas que no te lo avisé.

—¡No va a hacer falta, Dylan vendrá! —comentó con seguridad.

Sara dejó a su madre y a Pablo viendo la tele y caminó hacia un pequeño restaurante que había en el centro. Cuando habló con Felipe para que le dijese la ubicación, le hizo gracia el nombre del lugar, “La chulapa de Alcalá”. No lo conocía, a pesar de que estaba cerca de casa.

Cuando entró, se quedó con la boca abierta. Aquel restaurante era precioso.

De ladrillos vistos y fotos antiguas de Madrid. Un local cálido, neocastizo y de una moderna gastronomía mediterránea.

Al mirar hacia el ventanal, descubrió a Felipe, que la llamaba con una mano para que se acercase.

Cuando llegó a su lado, se saludaron con un par de besos.

Felipe estaba muy guapo esa noche. Vestía una camisa burdeos y unos chinos en color tierra, complementados con unos elegantes zapatos de cordones con costura inglesa.

Sara tomó asiento frente a él y le volvió a sonreír.

—Estás preciosa —la alabó, observando su vestido.

—Sí, bueno, es fresquito y cómodo.

—Y te queda como un guante.

Sara rio, algo nerviosa por sus cumplidos y bajó la mirada a los cubiertos.

—Bueno, tú tampoco estás nada mal, hay que reconocerlo.

Felipe sonrió de oreja a oreja y apoyó la espalda en su silla.

—Para una vez que salgo con una chica tan guapa como tú, tengo que intentar impresionar con mi ropa —bromeó. Miró a Sara con detenimiento, sin dejar de sonreír ni un segundo y se humedeció los labios—. Y, ¿cómo fue eso de que cambiases de opinión?

—¿Sobre qué? —preguntó Sara, sin llegar a entender.

—Nuestra cita. Al principio me dijiste que no.

Ella se encogió de hombros y sonrió a su vez.

—No pienses que la rechacé por ti, Felipe —se apresuró en aclarar—. Me pareces un hombre muy interesante y guapo...

—Bueno, gracias —rio muy contento por sus palabras.

—Sin embargo, estoy muy liada con el trabajo y no me apetece demasiado dar tumbos por la noche.

—¿Entonces, cómo te decidiste?

Sara sonrió.

—Tengo la suerte, o la desgracia, de tener unas amigas y una madre muy insistentes.

—¿Quieres decir que estás aquí solo por ellas? —Felipe arqueó las cejas, algo desilusionado por la contestación de Sara.

Ella sonrió y negó. Le rozó la mano y la apretó, para hacerlo reír también.

—Al principio fue así, pero, ahora, que estoy en este lugar tan bonito y en tan buena compañía, me alegro de haberles hecho caso.

La sonrisa de Felipe se ensanchó sobremanera y asintió con la cabeza.

—¿Quiere decir eso que, si logro convencerte esta noche de que soy un buen compañero de cena, saldrás más veces conmigo?

Sara bajó la vista a su plato, todavía vacío, y sonrió con diversión.

—Puede ser.

—Entonces, señorita —comentó Felipe con ilusión y ganas—. ¡Prepárese para pasar la mejor velada de su vida!

El mismo día que Miguel regresó a España, se celebró el funeral de su padre. No le dio tiempo a presenciar el sepelio, pues pisó suelo español de madrugada y ya hacía varias horas que todo había terminado.

Lo único que pudo hacer fue ir a casa de su madre e intentar hacerle compañía esa noche, junto con sus hermanos. Por su cara, se notaba que estaba destrozada. Su padre había sido su gran amor y jamás pasaron un día separados desde que se conociesen hacía ya cuarenta y dos años.

Isidro Martínez, su padre, fue un hombre serio, con poco sentido del humor y poca paciencia. A sus hijos, apenas les dedicó palabras de afecto, sin embargo, ellos lo querían de igual manera. Sabían que era de ese modo y se acostumbraron a su forma de ser. Sin embargo, Miguel era el que más chocaba con él. Su padre no comprendía su afán por estudiar. Su mentalidad era la de los hombres de la postguerra y quería que sus hijos comenzasen a trabajar a edades muy tempranas. Según él, las personas que estudiaban e iban a la universidad eran unos aprovechados que no tenían ganas de mover ni un dedo.

Sus hermanos, María y Antonio, no continuaron sus estudios y comenzaron en el mundo laboral con tan solo dieciséis años, sin embargo, Miguel tenía sueños, ambiciones mayores, y para ello, los estudios eran primordiales.

Si se ponía a pensar, era incapaz de recordar las veces que su padre y él pelearon por ello. Le solía echar en cara que era un mantenido, que no siguiese el ejemplo de sus hermanos...

Aparte de eso, la relación afectiva que tuvieron desde siempre no fue la mejor. Miguel veía que para él solo había malas caras y desprecios, mientras

que con sus dos hermanos, la cosa cambiaba.

Jamás preguntó el por qué. Su orgullo se lo impedía. Si quería sentirse querido, se acercaba a su madre, que era el polo opuesto de aquel hombre gruñón y serio. Según ella le decía a menudo, entre risas, su padre había gastado el poco cariño que poseía en el cuerpo con sus hermanos mayores, y para él ya no quedó nada.

Aun así, Miguel lo quiso. ¡Era su padre! Y, aunque siempre hubiesen tenido diferencias, jamás le faltó de nada, siempre tuvo ropa para ponerse y un plato de comida caliente en la mesa.

Sin dejar de pensar en ello, salió de su casa y se dirigió a recoger a su madre.

Esa mañana, tenían que visitar al abogado familiar para hablar sobre la herencia.

Isidro Martínez nació en una familia adinerada de Madrid, la cual poseía tierras y alguna que otra propiedad en Toledo, lugar en el que forjaron su fortuna a base de trabajos en el campo. Al ser hijo único, todo había pasado a sus manos, y, ahora, esas propiedades serían para sus tres hijos.

Cuando su madre y él llegaron al despacho del abogado, María y Antonio, sus hermanos, los esperaban allí. Se sonrieron con cariño y pasaron para hablar con el letrado.

El despacho del abogado era amplio, elegante y con varias estanterías repletas de libros sobre leyes.

El hombre los invitó a sentarse y sacó de una carpeta unos papeles.

—Este es el testamento que dejó su marido, señora Ruíz —dijo, señalando lo que portaba en las manos.

Su madre se secó las lágrimas con un pañuelo que llevaba metido en el bolsillo de su chaquetilla y asintió.

—Léalo, por favor, acabemos con esto de una vez.

El hombre asintió y se colocó unas gafas para leer de cerca. Carraspeó, para aclararse la voz y comenzó:

—Yo, don Isidro Martínez Navarrete, español, nacido el día dieciséis de marzo de mil novecientos cuarenta y nueve, en Toledo, dejo constancia de mi deseo de legar a mis hijos Antonio y María, mis propiedades en el centro de Toledo y mis fincas en Cabanillas de la Sierra, a partes iguales, asimismo, a mi esposa, Virtudes Ruíz Amorós, la finca de treinta mil hectáreas en el municipio de Almendral de la Cañada y el piso en Madrid .

Cuando el abogado acabó de leer, todos se quedaron en silencio. No

podían creerlo que acababan de escuchar.

La primera en reaccionar fue María.

—Espere, espere... ¿Y a mi hermano Miguel? No ha dicho nada de él.

El abogado repasó el documento y negó con la cabeza. Le dio el testamento a ella para que lo leyese.

—Aquí no pone nada más, señorita.

—Pero, ¿cómo iba a dejar mi padre a Miguel sin nada? ¡También es su hijo! —preguntó Antonio, mirando a su madre.

La mujer se llevó el pañuelo a los ojos y comenzó a llorar de nuevo, pero con desconsuelo.

Miguel se quedó callado, pensando. No entendía nada. Si bien era cierto que la relación con su padre nunca fue la mejor, no comprendía el porqué de todo aquello. ¿Qué había hecho él para merecer ese desprecio? ¿Qué mal le había podido hacer a ese hombre? Ni siquiera lo había nombrado en el testamento. Ni una mención, ni una explicación, nada.

Se levantó de la silla para marcharse, pero su hermana lo agarró del brazo.

—No te vayas, Miguel, ¡esto no es justo! Voy a darte una parte de mi herencia.

—Y yo otra —asintió Antonio.

—No —sentenció Miguel con decisión—. Quedaos con lo que él os ha dejado. Yo no lo quiero. No quiero nada de un hombre que desprecia de esa forma a su propio hijo sin ningún motivo.

Comenzó a caminar hacia la puerta y agarró el pomo.

—Ay, hijo mío, no te vayas así —lloró su madre, destrozada.

Él observó a la mujer unos segundos, pues le dolía verla llorar de ese modo, porque tampoco tenía culpa de todo lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, estaba tan enfadado con su padre y tan dolido por ese desprecio, que abrió la puerta y se marchó.

Pablo jugaba con sus amigos en el parque mientras que Sara lo observaba con una sonrisa en los labios. Le encantaba observar al pequeño mientras reía y conversaba con los otros niños. Apenas tenía tiempo para salir con él, así que, cuando lo hacía, atesoraba esos momentos al igual que si de oro se tratasen. Sabía que, en unos cuantos años, su hijo pasaría a la adolescencia y quería disfrutar de su niñez, tal y como hacían los demás padres.

Una mueca triste cruzó su cara cuando a su recuerdo llegó la imagen de Miguel. Él jamás podría disfrutar de la infancia de Pablo. No tenía ni idea de que el niño era su hijo y sabía que estaba perdiendo una parte de su vida que era irremplazable.

Un sentimiento de culpa la golpeó. Ella era la responsable de que el padre de Pablo no supiese nada.

Inmediatamente, expulsó esa idea de la cabeza. ¡No se merecía al niño! ¡Ella lo había criado, ella había trabajado toda su vida para que no le faltase de nada! Era su hijo y de nadie más.

Su cabeza, sin apenas darse cuenta, rememoró aquel beso en la puerta de su tienda, aquel placer, aquella nostalgia por los años pasados a su lado. Las sonrisas de Miguel, su ternura, sus palabras de amor...

Furiosa, se obligó a sacárselo de la cabeza.

¡No debía pensar en él! Era una persona horrible, de las que no cumplían sus promesas y con la que no valía la pena perder el tiempo.

Ella merecía a alguien mejor. Alguien como Felipe.

Sonrió al pensar en él.

No podía evitar recordar la cena que compartieron. Fue muy caballeroso, divertido y atento. Le gustó mucho salir con él. Sentía que la escuchaba cuando hablaba, que se interesaba en lo que decía. Felipe era un buen hombre y no descartaba volver a salir a cenar y a pasárselo bien con él. Sus amigas tenían razón. Le convenía un hombre así en su vida.

Cuando se miró el reloj de muñeca, y al comprobar que eran casi las diez de la noche, llamó a Pablo y comenzaron a caminar hacia casa.

Al llegar cenaron con su madre y acostó al niño, pues al día siguiente

había escuela de verano. Se dio una ducha, se puso el pijama, de algodón y muy fresquito, y se hizo un moño sin peinar en el cabello.

Estuvo viendo la televisión con su madre, aunque esta estaba más pendiente de su teléfono móvil y de Dylan que de la programación. Cuando su madre sucumbió al sueño, se quedó sola en el salón. A ella también se le comenzaban a cerrar los ojos. Se levantó para irse a la cama, sin embargo, el telefonillo de la puerta, interrumpió su camino.

—¿Quién es?

—Soy Miguel, ¿puedo subir?

Sara se llevó la mano al pecho, pues notó un gran estruendo en su interior. ¿Miguel? ¿Qué estaba haciendo allí, en su casa, a esas horas? Se intentó serenar y no parecer una loca recién salida de un manicomio. Suspiró y le habló por el telefonillo:

—No, vete de aquí.

—Si no quieres que suba, baja tú —insistió.

—¡He dicho que no!

—Por favor. —La voz de Miguel se tornó suplicante.

—¿Estás sordo? ¡Lárgate de mi casa!

Se hizo el silencio entre los dos. Sara pensó en colgar y olvidarse de que estaba en la portería del piso en el que vivía, pero había algo que le impedía hacerlo.

—Muy bien, no bajas, pero me voy a quedar aquí esperando.

—¡Haz lo que quieras! Pero te recomiendo que te hagas con un almohadón, porque vas a pasar toda la noche a la intemperie.

Colgó el telefonillo y caminó hacia su habitación.

¿Quién cojones se había pensado que era ese tío? Ni loca iba a bajar. ¡Que se pusiese cómodo, porque le quedaban muchas horas de espera!

Se tumbó en la cama y cerró los ojos, dispuesta a dormir. Se obligó a no pensar en ello. ¡Que se largase por donde había venido y la dejase paz!

Estuvo dando vueltas en la cama casi diez minutos.

A pesar de todo, no podía evitar recordar que él estaba allí. Había venido a verla y estaba esperándola en la portería.

Frustrada por no poder dormir, se incorporó de la cama, quedando sentada en ella. Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos con fuerza. ¿Por qué le pasaba todo eso a ella? ¿Por qué la vida se empeñaba en atormentarla con él?

Enfadada, se levantó de la cama, cogió las llaves de la casa y bajó por las escaleras. Lo enfrentaría. Ese hombre del demonio se iba a enterar de lo que

valía un peine. Se le iban a quitar las ganas de molestarla.

Llegó abajo y abrió la puerta, con el rostro serio.

Lo vio en cuanto salió a la calle. Estaba apoyado en un coche, frente a su edificio. Caminó hacia él con decisión, dispuesta a decirle las cuatro verdades a la cara.

Miguel, al verla, sonrió y se incorporó.

—Ya pensaba que ibas en serio con eso de que no ibas a bajar.

—¿Qué coño quieres? —preguntó con la voz cargada de odio.

—Hablar contigo.

—Te he dicho millones de veces que nosotros no tenemos nada de lo que hablar —contestó hastiada y con los puños apretados.

Miguel suspiró y se cruzó de brazos.

—Pensaba que, el otro día, habíamos quedado como amigos.

—¡El otro día no sabía ni lo que decía! Lo que hice fue para que me dejases en paz.

—¿Por qué quieres estar viviendo con rencor?

—¡Porque no quiero saber nada de ti, joder! ¡Ya no sé cómo decírtelo! —gritó, al no poder aguantar más.

Él se humedeció los labios y la miró a los ojos.

—Nos besamos.

—¡No! Tú me besaste a mí. ¡Me aplastaste contra la pared y yo no pude hacer nada para que me soltases! —dijo, echándose en cara.

Miguel sonrió.

—Creo que hiciste algo más que quejarte. Creo recordar que respondiste a mi beso.

Sara abrió la boca, alucinada por su poca vergüenza. Negó con la cabeza y lo señaló con el dedo índice.

—¡No sé qué quieres, pero te advierto que ya no voy a permitir que juegues más conmigo!

—Yo no quiero jugar contigo, Sara —aclaró con seriedad—. He venido para invitarte a salir... algún día de estos.

Ella soltó una carcajada y lo observó con asco.

—Prefiero la guillotina, gracias —escupió.

Las constantes negativas de Sara, molestaban a Miguel. Pensaba que las cosas con ella, después del anterior día que se vieron, cambiarían. Sin embargo, le estaba demostrando que no.

—Me dijiste que podíamos ser amigos.

—¡Olvida lo que dije, porque lo hice para apartarte de mi camino!

—¡Te pedí perdón, joder! —argumentó él, poniéndose nervioso—. ¡Todo el mundo comete errores! ¡Yo lo cometí hace diez años y tampoco fue tan grave, Sara!

—¿Para ti no es grave dejar a una persona a la que jurabas querer más que a tu vida, tirada de la noche a la mañana, casi sin explicaciones?

—¡Y te quería, lo eras todo para mí! ¡Claro que te quería! —gritó él a su vez.

—¡Pues esa clase de amor, es una mierda!

—No se te ocurra decir eso, Sara, porque tú no sabes lo mal que lo pasé por todo aquello —dijo con mucho enfado en la voz.

Sara soltó una carcajada desapasionada y lo miró de arriba abajo.

—Por eso te casaste con otra en cuanto tuviste ocasión, ¿verdad? ¡Estúpido embustero!

Miguel cerró los ojos con fuerza y apretó los dientes. Se acercó mucho a Sara y jadeó por la furia que lo recorría.

—¡Me casé con otra porque cuando volví a por ti, tú ya estabas embarazada de otro hombre!

Aquellas palabras fueron como un jarro de agua fría para ella. Con el corazón latiendo a tres mil por hora y la boca repentinamente seca, miró a Miguel a los ojos.

—¿Volviste?

—¡Sí, joder! ¡Regresé a por ti dos meses después de haberme ido! —chilló, fuera de sí—. ¡Cometí un error! ¡Lo cometí y pasé en Miami los dos peores meses de mi vida!

—¿Estás hablando en serio? —La voz de Sara sonó muy débil.

Miguel asintió con ahínco.

—¡Te necesitaba! ¡Mi vida no valía nada sin ti y regresé a España para que te vinieses conmigo! ¡Estaba decidido a pedirte perdón hasta la saciedad, a ponerme de rodillas si hacía falta para que perdonases aquel gran error! —La miró con dolor y negó con la cabeza—. ¡Pero, cuando vine, te habías quedado embarazada de otro! ¡No tardaste ni dos meses en olvidarme!

Se quedaron mirándose en silencio. Un silencio lleno de tensión y miles de cosas por aclarar.

Sara observó con detenimiento a Miguel. Se lo veía afectado, sus palabras estaban cargadas de resentimiento y culpa al mismo tiempo, sin embargo, algo había cambiado en ella.

¡Miguel había vuelto de Miami por ella! Esto... era... ¡Dios, era tan complicado! Sentía un enorme hormigueo en el vientre, su corazón latía loco y... necesitaba...

Sin poder evitarlo, lo rodeó por el cuello y se acercó para abrazarlo. Miguel respondió al abrazo con fuerza. Apoyó su frente contra la de Sara y cerró los ojos, sintiéndola más cerca de lo que nunca estuvo durante esos diez años que pasaron separados. Necesitaba tenerla entre sus brazos. Sara siempre fue como un bálsamo para él, después de todas las peleas y con el asunto del testamento de su padre, precisaba de su cercanía.

—¿Volviste por mí? —preguntó ella, como si le costase asimilar aquello.

—Sí, para salvar lo que teníamos —dijo Miguel, sin apartar la mirada de sus ojos.

Casi sin darse cuenta, juntaron sus labios. Al principio, fue un beso suave, delicado...

Sus bocas saboreaban la del otro disfrutando de su contacto. Se sintieron en paz, notaron tranquilidad, como si aquel contacto fuese lo que llevaban buscando todos esos años.

Sara se agarró a la camiseta de Miguel. Necesitaba algo firme a lo que amarrarse para no caer al suelo. Su pecho estaba hinchado por la emoción, no recordaba nada que le hubiese producido la misma satisfacción y seguridad que los labios de él.

Poco a poco, el beso fue a más. Sus lenguas exploraban la del otro, rememorando aquellos años pasados en los que fueron tan felices.

Miguel la apretó contra su cuerpo, pues no quería perderse ni un ápice de ella. Esa mujer siempre fue su debilidad, su talón de Aquiles, y todavía sentía lo mismo. Era Sara, su Sara, la única que lograba producirle aquella sensación de plenitud en el alma.

Se separaron jadeantes, con sus cuerpos a punto de entrar en erupción. Miguel la besó en la frente y apoyó el mentón sobre su cabeza.

No sabían lo que decir. Estaban sumidos en un silencio tan agradable e íntimo, que ninguno de los dos quiso romper el momento.

Finalmente, Sara se separó de él.

Su cabeza daba vueltas, sin dejar de pensar en todo lo sucedido y comprendiendo que debía de pensar bien en todo lo que acababa de ocurrir.

—Ya... es hora de que suba a casa. —Lo miró con indecisión, contemplando a Miguel casi con miedo. Sí, tenía miedo. Miedo a que la historia se repitiese, miedo a volver a sufrir por amor, miedo a sentirse

nuevamente rechazada.

Él asintió con la cabeza y le acarició la mejilla, con cariño.

—¿Te parece bien si, un día de esta semana te invito a salir? —preguntó con una leve sonrisa en los labios.

Ella dudó. No sabía cómo proceder al respecto, la situación la sobrepasaba.

—Lo mejor es que no. —Se retorció las manos, nerviosa—. He empezado a salir con un hombre.

Miguel sintió que se le retorció el estómago. La sonrisa desapareció de su cara.

—¿Es serio?

Sara se encogió de hombros.

—Todavía no —dijo con sinceridad—. Pero, Miguel, no creo que debamos volver a repetir la historia. Lo mejor es que dejemos las cosas así.

Miguel acortó la distancia que los separaba y volvió a besarla, pero esta vez con fuerza y ardor, consiguiendo que Sara temblase en sus brazos. Al acabar, la miró con fijeza y asintió.

—En unos días volveré a verte y si, entonces, decides que no quieres seguir viéndome, lo entenderé.

Tras decir aquello, y sin apenas una despedida, comenzó a caminar hacia su vehículo, dejando a Sara plantada en el mismo sitio y con un lío enorme en la cabeza.

La cafetería en la que había quedado con las chicas, era un lugar bastante tranquilo, donde se podía conversar sin dificultad y beber un café colombiano riquísimo.

Sara llegó a la hora indicada, con Pablo cogido de su mano, y divisó a sus amigas al fondo del local, su lugar favorito pues estaba cerca de un patio trasero en el que la vegetación era abundante y preciosa, en el que jugaban y corrían varios niños.

Se colocó un mechón de su pelo castaño detrás de la oreja e intentó darse

un poco de color en las mejillas con pequeños pellizcos. Esa noche, después de lo ocurrido con Miguel, apenas había podido conciliar el sueño. Para ella, había sido todo tan fuerte e imprevisible que había pasado casi toda la noche en vela. Su cabeza no podía dejar de darle vueltas a sus palabras. ¡Él volvió a por ella pero se marchó al creer que estaba embarazada de otro!

Todavía le parecía increíble, pues siempre pensó que se marchó y se olvidó de la historia que tuvieron.

—¡Eh, Sara! —gritó Beatriz, que agitaba el brazo para llamar su atención.

Cuando llegó a su lado, les sonrió y tomó asiento junto a Carolina, que estaba igual de ojerosa que ella. Pidió su café con leche al camarero y se concentró en ellas.

—¿Cómo ha ido la semana?

—A mí, como siempre —comentó Carolina, sin demasiada alegría. Miró al hijo de Sara y le sacó la lengua—. Hola, guapo.

Pablo le sonrió.

—Hola. —Inmediatamente miró a su madre y le habló al oído—. Mamá, ¿puedo salir al patio a jugar con los demás niños?

—Claro, ve —asintió, dándole un beso en la mejilla, la cual se limpió él enseguida y logrando que sus amigas riesen.

Observaron a Pablo caminar hasta el patio y unirse al juego de los demás críos. Beatriz le dio un codazo a Carolina y le sonrió con picardía.

—Y, bueno, Sara, cuéntanos qué tal fue la cena con Felipe.

—¿Lo pasaste bien? —siguió Carol.

Sara rio y asintió con la cabeza.

—La verdad es que lo pasé mejor de lo que creía. Felipe es un hombre muy amable.

—Amable, ¿y ya está?

—De momento, sí. Apenas lo conozco.

Beatriz resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Ni siquiera hubo beso?

—No.

—¿Ni la puntita de la lengua? —bromeó consiguiendo que las otras dos riesen con ella.

—No seas tonta, es la primera vez que salimos.

—Uf, yo recuerdo que la primera vez que salí con Eva, acabamos morreándonos como locas —comentó Bea entre risas.

Sara sonrió. Se sabía esa historia de memoria, su amiga se la repetía muy

a menudo. Bueno, se la repetía a ella y todo el mundo. Beatriz estaba loca por su chica y cuando se conocieron fue como una explosión.

—Pues con Felipe no hubo de eso.

Carolina se encogió de hombros y le tocó el brazo.

—Bueno, quizás llegue con el tiempo. Todas las relaciones no comienzan igual.

Sara se miró las manos y humedeció sus labios.

—Con Felipe, no... pero con Miguel, sí. —Alzó la cabeza tras decir aquello y vio los rostros de sus amigas petrificados. Comprendía sus reacciones, pero no pudo evitar sonreír.

La primera en reaccionar fue Beatriz. Parpadeó varias veces y negó con la cabeza.

—Perdona, ¿qué acabas de decir?

—¿Con Miguel? —la interrogó Carolina sin dar crédito a sus palabras.

—Besé a Miguel ayer por la noche.

—¡Un momento, un momento! —pidió Beatriz tranquilidad—. ¿Quedaste ayer por la noche con tu ex?

—No, no quedamos. Se presentó en casa de improvisado.

—¿Y lo besaste? —chilló Beatriz anonadada—. Pero, ¿tú estás mal de la cabeza, Sara? ¡Ese tío es un cabrón, pasó de ti!

—Me pidió disculpas y me dijo que regresó por mí —comentó ella, defendiéndolo sin apenas darse cuenta.

—¡Te dejó sola y embarazada!

—Miguel no sabía de la existencia de Pablo, ¡y sigue sin saberlo! Ya conocéis la historia.

Carolina echó el cuerpo un poco hacia adelante y negó con la cabeza.

—No confíes en él. Si te traicionó una vez, volverá a hacerlo. —Tragó saliva y se obligó a no ponerse a llorar, pues hablaba pensando en su marido y en lo mal que iba su relación—. Los hombres no son de fiar, ¡ninguno!

Sara y Beatriz se la quedaron mirando con la boca abierta. Jamás habían escuchado a Carolina hablar así sobre el sexo opuesto, y mucho menos cuando a ella le había ido tan bien en el amor.

—¿Y a ti qué te pasa? —la interrogó Bea con la boca abierta.

—Nada —disimuló e intentó sonreír como siempre, aunque le salió una mueca extraña—. ¿A mí qué me iba a pasar?

Beatriz frunció el ceño y resopló.

—Qué rara estás últimamente, a ver si vas a estar preñada, hija.

—No, seguro que no —comentó con convencimiento, pues llevaba más de un mes y medio sin tener relaciones con Diego.

Bea no le dio más importancia y volvió al tema de Sara.

—Bueno, a lo que importa, tú lo que tienes que hacer es salir con Felipe y olvidarte del cabrón de Miguel. No me gusta para ti y no confío en él. Si quiere engañar a alguien, que se busque a otra tonta. Tú ya lo pasaste mal por él demasiado tiempo, ahora te toca conocer a otro que merezca la pena de verdad.

Miguel no pasó por casa de su madre desde que ocurrió aquel asunto con el testamento. Y no es que la culpase a ella y a sus hermanos, pues no era así. Sino que, entrar en aquel lugar le traían recuerdos de su progenitor. ¡Y estaba enfadado con él! Se había ido, había muerto y jamás podría saber qué pasó para que lo obviase de aquel modo.

Se sentó en el sofá de su salón y resopló. Para él, el dinero y las fincas eran lo de menos. Tenía dinero propio, había trabajado duro para ganarlo y económicamente su situación era buena, sin embargo, no conseguía ver el motivo por el que un padre le hiciese eso a su propio hijo.

Estuvo divagando y dándole vueltas al asunto tanto tiempo, que cuando se fue a dar cuenta, era de noche. Agotado mentalmente, se preparó algo para cenar y encendió la televisión. A punto de acabar, el sonido de su puerta, lo sobresaltó. No esperaba a nadie, de hecho, casi ninguna de sus amistades sabía todavía que había vuelto de Miami. Quiso esperar una temporada para poder disfrutar de su familia. Las únicas personas que sabían de su regreso eran ellos y Sara.

Una débil luz se encendió en su rostro al pensar que podía ser ella la que estuviese tras la puerta de su domicilio. Corrió a abrir, con unas ganas locas de verla. Desde que llegase a España y la volviese a ver, los sentimientos que creyó muertos habían vuelto. Por ella, seguía poniéndose nervioso, continuaba notando ese salto en el corazón cuando la veía y las ganas de besarla y tocarla se habían hecho casi insoportables. No sabía lo que le pasaba con Sara, lo único que tenía claro es que, para él, era como una droga dura. Cada vez precisaba de un poco más.

Agarró el pomo de la puerta y se humedeció los labios.

Al abrir, no fue a ella a la que vio, sino a su madre.

Virtudes Ruíz, todavía conservaba esa delicada belleza que siempre la caracterizó. A pesar de sus sesenta y siete años, contaba con esa mirada capaz de embelesarte y esa sonrisa que te derretía el corazón. A veces, Miguel, no entendía qué vio su madre en su padre, pues él jamás fue un hombre guapo, y su personalidad no es que compensase aquello.

—Mamá, ¿pasa algo?

—No, no, tranquilo, solo venía para verte.

Miguel se hizo a un lado y ella entró en la vivienda. La condujo hasta el sofá y le ofreció algo de beber, cosa que ella rechazó.

Tomó asiento a su lado y le sonrió.

—¿Seguro que no te pasa nada?

—Solo quería saber el por qué no viniste ayer a casa a comer. Estuvieron tus hermanos y tus sobrinos, y preguntaron por ti.

—Como comprenderás, no estoy de humor para reuniones familiares.

Su madre lo cogió de la mano y la apretó, con los ojos mojados por las lágrimas.

—Hijo, no quiero que esto que ha pasado te separe de nosotros.

—¡Es que no lo entiendo, joder! —chilló Miguel sin poder aguantar ni un minuto más. Se había jurado no alterarse por ese hombre, no merecía la pena hacerlo, pues había demostrado que, para él, no significó nada. Sin embargo, la frustración y el dolor por el rechazo, pudieron con su autocontrol—. ¿Qué cojones le he hecho yo, mamá? ¿Qué daño le he podido hacer para que haya hecho esto?

—Miguel, no tomes en cuenta lo que ha pasado —intentó calmarlo.

Él negó con la cabeza y apretó los labios.

—¿Que no lo tome en cuenta? ¡Eso es imposible! ¡Me he pasado toda mi puñetera vida intentando complacerle y lo único que obtenía a cambio, han sido malas caras y bufidos por su parte!

—Tú ya sabes que él era así.

—¡Era así conmigo! ¡Mis hermanos siempre fueron más para él! ¡Yo era la última mierda, el último mono! ¡Parece mentira que fuese mi padre!

Virtudes bajó la vista al suelo y negó con la cabeza, cuando miró de nuevo a su hijo, le acarició la mejilla.

—Miguel, él no era tu padre biológico.

Al escuchar aquella confesión, el suelo pareció abrirse a sus pies. El corazón comenzó a latirle en el pecho a una velocidad imposible, la vista se le nubló unos segundos y la boca se le secó. ¡No! ¡No podía ser!

—¿Qué estás diciendo?

—Isidro Martínez, solo tuvo dos hijos, María y Antonio.

La boca de Miguel se abrió por el asombro. ¿No era su padre? ¡No podía ser!

—Si es una broma, no tiene ni puta gracia —dijo con tirantez.

—No estoy mintiendo.

—¿Y me lo dices ahora? —chilló perdiendo el control—. ¡Me has tenido toda la vida engañado, pensando que era su hijo!

—Quería que te criases en una familia unida, que no vivieses con la pena de tener lejos a tu verdadero padre. Lo hice por ti, cariño —argumentó, intentando acariciarle de nuevo la mejilla, aunque Miguel no se lo permitió.

Se levantó del sofá y comenzó a caminar por el salón, nervioso y con los sentimientos a flor de piel. ¡Su vida había sido una mentira! ¡Su propia madre lo había engañado!

Sin pensarlo dos veces, se acercó a ella y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Quién es? —la interrogó con decisión.

—¿Cómo? —dijo su madre, sin comprender.

—¿Quién es mi padre? ¿Lo conozco?

Ella asintió con fingida serenidad.

—Lo conoces.

—¿Quién cojones es, mamá? —gritó sin poder contener la rabia.

—Tu padre es Carlos.

—¿Qué Carlos?

—Tu tío.

Al escuchar aquello, Miguel se quedó en shock. Su tío Carlos, el hermano de su padre. El hombre que lo invitó a ir a Miami, el que le pagó los estudios en aquella carísima universidad, el que habló maravillas de él en la cadena de televisión para que lo contratasen, el que lo trató con cariño y respeto, a pesar haberse visto un par de veces en su vida, el que murió hacía ya tres años.

La cabeza le daba vueltas a Miguel. Aquello había sido demasiado para un mismo día. Su padre no lo era, pero su tío, sí.

¿De qué forma podía una persona digerir todo aquello en tan poco tiempo? Sentía rabia, desesperación, furia...

Miró a su madre, que lloraba al verla reacción de Miguel.

¿Y cómo quería que estuviese? ¿Saltando y pegando gritos de alegría, cuando acababa de enterarse de que había vivido una mentira?

Sin poder aguantar más, alzó la mano y señaló hacia la puerta.

—Vete de mi casa.

—Pero, hijo...

—¡Fuera de mi casa!

Su madre, se levantó del sofá e intentó acercarse a él, para tranquilizarlo, sin embargo, Miguel no se lo permitió. Se apartó de su lado y cruzó los

brazos sobre el pecho, sin saber si podría aguantar mucho más en su presencia sin estallar de verdad.

—¡Miguel, hijo, lo hicimos por tu bien!

—¡Que te largues! ¿Estás sorda? ¡No quiero tenerte a menos de veinte metros de mí! ¡Fuera de aquí!

Virtudes, se echó a llorar con desconsuelo, sacó un pañuelo del bolsillo de su rebeca y se lo llevó a los ojos.

Comenzó a caminar hacia la puerta, cogió el picaporte, abrió y se volvió para mirar por última vez a su hijo pequeño.

—Lo siento, Miguel, mi intención nunca fue hacerte daño.

—¡Fuera!

Ella asintió con la cabeza y se marchó.

Al quedarse a solas, se sintió vacío. Su vida había sido un engaño, todo en lo que creyó era mentira.

Caminó hacia su habitación, se acostó en la cama y se quedó toda la noche sin poder dormir, mirando al vacío.

Carolina pasó una semana bastante decaída. El asunto con su esposo no mejoraba, de hecho, parecía ir a peor por momentos. Lo más triste era que, cada vez que ella sacaba el tema, Diego se ponía a la defensiva y la culpaba sobre ello. Cada vez que eso ocurría, él se marchaba de casa y no llegaba hasta las tantas.

No sabía qué hacer. Estaba desesperada porque todo volviese a la normalidad. Quería que su matrimonio fuese como siempre lo había sido. Necesitaba el cariño de Diego, sus tardes tumbados en el sofá escuchando algún vinilo en el tocadiscos, echaba de menos esas noches en las que apenas dormían, en las que los besos y las conversaciones se alargaban hasta el alba. En definitiva, necesitaba el amor de su esposo.

Después de mucho pensar y darle vueltas al asunto, se convenció de que era ella la que tenía el problema. Quizás, se estaba obsesionando demasiado y lo que ocurría era que estaban pasando por una fase diferente y pasajera. Se dijo que, con un poco de ayuda, Diego volvería a ser el de siempre y ella volvería a ser plenamente feliz.

Con ese pensamiento más positivo, planeó una cena romántica para esa misma noche.

Se encargó de ir al supermercado, de comprar todo lo necesario para preparar una comida especial, compró velas, servilletas rojas, un mantel precioso con el que completar la decoración y un disco de canciones románticas que poner como música de fondo.

Pasó por una tienda y compró un vestido muy sexy, ajustado, de color negro, y lencería nueva, de la que le encantaba a Diego.

Al llegar a casa, estuvo toda la tarde en la cocina, intentando elaborar un menú para la cena digno de un rey. Preparó como entrante un aguachile de carabineros, de plato principal una suprema de ternera a las pimientos rosa y verde y, como postre, un clásico, fresas con chocolate.

Se miró el reloj de muñeca y comprobó que eran casi las nueve de la noche. Diego debía de estar a punto de llegar y ella todavía no se había vestido para la ocasión.

Se colocó la ropa interior y el vestido, se peinó lo mejor que supo y se puso unos taconazos de aguja para completar el vestuario.

Corrió, como buenamente pudo, y comenzó a colocar la mesa.

Al acabar, sonrió contenta.

Había quedado preciosa. Las velas le daban un toque súper romántico e íntimo.

Nerviosa, se sentó en el sofá a esperar a que Diego llegase a casa.

Sin embargo, pasó más de una hora y su marido todavía no aparecía.

Se quitó los tacones y se acomodó en el sofá. Quizás, había tenido que acabar con papeleo de la oficina.

Puso la televisión y se quedó dormida viéndola.

Despertó desorientada. No sabía el tiempo que había pasado durmiendo. Miró su reloj y comprobó que eran las dos de la madrugada. Tragó saliva y caminó, descalza, por la casa. No sabía si Diego estaría durmiendo ya.

Su vivienda estaba en silencio y a oscuras. Se dirigió a su habitación y cuando llegó, la cama estaba vacía.

Con un gran nudo en la garganta, se quitó la ropa y se puso el pijama. Cogió su teléfono móvil y se dispuso a llamar a Diego. No era normal que todavía no hubiese llegado a casa.

Cuando se puso el aparato en la oreja, el sonido de la puerta la distrajo.

Corrió hacia allí y se encontró con su esposo. Llevaba la corbata deshecha, la camisa por fuera y una sonrisa tonta en los labios.

Carolina sintió que la furia la recorría.

—¿Se puede saber dónde estabas?

—Tomando algo con unos amigos —respondió como si nada. Caminó por el pasillo hasta el dormitorio y se sentó en la cama para quitarse los zapatos.

—¡Me parece muy fuerte, Diego! ¡Yo aquí esperándote para cenar y tú de juerga!

—¿Es que no puedo salir, o qué?

—¡Había preparado una cena romántica, para darte una sorpresa! Y ahora, voy a tener que tirarlo todo.

—Guárdalo para mañana —comentó con tranquilidad.

Carolina se mordió el labio inferior y cerró los ojos con fuerza. Estaba muy enfadada, ¡mucho! Y, encima él tan tranquilo. Parecía darle igual todo, parecía no afectarle que su mujer hubiese perdido su tiempo preparando una comida especial para arreglar sus problemas.

—¡Las cosas no funcionan así, Diego! —gritó, sin poder contenerse más —. ¡Ya no te conozco, no eres el de siempre!

—¡Creo que eres tú la que estás más insoportable que nunca, así no hay persona que lo soporte! —chilló él a su vez.

—¿Qué nos está pasando? —preguntó Carolina, con las lágrimas a punto de salir—. ¿Dónde está mi marido?

Diego se sentó levantó de la cama y se puso a la altura de Carolina. La miró a los ojos y negó con la cabeza, como si lo que fuese a decir a continuación le doliese a él también:

—Carolina, lo nuestro ya no funciona.

Aquellas palabras abrieron un hueco en el corazón de ella. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y se mordió el labio inferior.

—¿Qué estás diciendo?

—Creo que ya no siento lo mismo por ti.

—Pe... pero... —No podía pronunciar palabras, se le habían congelado en los labios.

—Llevo una temporada que intento volver a ser el de antes, pero es imposible.

Ella rompió a llorar y se sentó en la cama, con la cara tapada con las manos. Su cuerpo se convulsionaba por el llanto. Diego tomó asiento a su lado y la abrazó, pues él también se sentía fatal.

Cuando consiguió calmarse, lo miró a los ojos.

—Tienes a otra, ¿verdad?

—¡No, no! No hay terceras personas —le aseguró—. Simplemente, el amor se ha ido.

—¿Cómo se puede ir el amor de la noche a la mañana? —lo interrogó sin comprender—. ¡Yo te quiero, te quiero más que a mi vida! No me imagino levantarme de buena mañana y decir: ¡Vaya, pues parece que ya no siento nada por mi marido!

—Eso no sucedió así.

—¡Pues, cómo sucedió! —gritó destrozada—. ¡Explícamelo, porque no lo entiendo! ¿Cómo se deja de querer a una persona con tanta rapidez?

—¡No lo sé, joder! —dijo él, perdiendo la paciencia, pues no sabía cómo explicarse—. Será la rutina, todos los años que llevamos juntos, la convivencia, ¡no lo sé! Lo único que sé, es que lo que siento por ti, no es lo mismo. No tengo ganas de llegar a casa, no me apetece que hagamos cosas juntos...

Ella rompió a llorar de nuevo. Aquello se había convertido en una pesadilla. Su amor de toda la vida, el hombre con el que juró envejecer... le estaba diciendo que no la quería.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó ella, desconsolada.

Diego negó con la cabeza y se encogió de hombros. Suspiró y se mesó el cabello, pensando en cómo proceder.

—No voy a pedirte que me des la mitad de esta casa —habló con convencimiento—, la culpa es mía y no es justo que sufras más cambios. Mañana recogeré mis cosas y me marcharé a la casa de mi madre, de momento. —Hizo una pausa para seguir pensando, y continuó—. Me pondré en contacto con un abogado de mi bufete y solicitaré los papeles del divorcio, para que tú no tengas que sufrir con ningún coste.

Carolina se sentía adormecida, como dentro de una burbuja, como si todo fuera un mal sueño y fuese a despertar de un momento a otro. No era capaz de pensar con claridad y no era capaz de reaccionar. Solo podía asentir y llorar.

—¿Y ya está? —consiguió decir ella—. ¿Todo se acaba aquí? ¿Todo lo que sentías por mí ha desaparecido?

—Te quiero —se apresuró a contestar Diego—, pero lo hago por todos los años compartidos juntos, porque, para mí, eres parte, y seguirás siéndolo, de mi familia, porque te considero mi amiga. Pero, amor... no.

Sara no podía dejar de reír. Desde el mismo instante en el que ella y Felipe se sentaron en aquella terraza para tomar un refresco, la sonrisa no había desaparecido de su boca. Le encantaba conversar con él. Era ocurrente, divertido y contaba unas anécdotas para partirte de risa.

—¿Entonces os pillaron? —preguntó Sara, agarrándose el estómago, pues ya le dolía de tanto reír.

Él asintió e hizo una mueca divertida con los ojos, mientras que resoplaba.

—Nos pillaron, y nos llevaron directos al cuartel de la guarida civil —siguió relatando—. Cuando avisaron a nuestros padres, para que fuesen a por nosotros, y vi la cara de mi padre, supe que esa noche dormiría con el culo caliente.

—Es que no es para menos —se carcajeó Sara—. No me quiero ni imaginar qué haría yo si mi hijo hace algo semejante.

—Éramos críos, tampoco fue para tanto.

Sara alzó las cejas y se llevó una mano a la frente.

—Mojar a la gente con cubos de agua y pintura, desde un tejado, no me parece poca cosa.

—Pues, si supieras que a uno de mis amigos le entraron ganas de orinar, y solo se le ocurrió hacerlo en el cubo, antes de arrojarlo...

—¡Dios santo! No será verdad —exclamó—. ¡Erais unos demonios!

Al acabar de decir aquello, los dos se echaron a reír durante unos segundos. Al acabar, se quedaron mirando a los ojos. Sara, nerviosa, se miró el reloj de muñeca y se levantó de su asiento.

—Yo, me tengo que ir. Pablo, esta noche duerme en casa de un amigo y tengo que prepararle las cosas.

Felipe asintió y se levantó a su vez. Pagó los refrescos y comenzaron a andar de camino a su casa. La noche era fresca, y era de agradecer. El mes de julio acababa de comenzar y los días eran insoportables.

Sara observó la ciudad mientras caminaba. Le encantaba Madrid. Era el lugar donde había nacido, donde había vivido miles de historias.

Felipe, mientras andaban, la observaba.

Casi sin pensarlo, la agarró de la mano. Ella lo miró, asombrada. Desde que lo conocía, aquel había sido el gesto más íntimo que habían compartido.

Le sonrió y continuaron caminando en silencio, disfrutando de la preciosa estampa de la Gran Vía y su bullicio interminable de gente.

—Algún día, me gustaría que conocieras a mi hija —dijo Felipe, con una sonrisa en los labios—, y que me presentases a Pablo.

Ella se quedó callada varios segundos.

—Más adelante, quizás —añadió Sara. No sabía por qué, pero todavía no quería compartir a su pequeño con él—. Apenas nos conocemos.

Felipe asintió.

—Tienes razón. A veces, soy muy impulsivo para estas cosas —se rio de sí mismo—. Lo que pasa, es que me siento tan a gusto contigo...

—A mí también me gusta salir contigo, Felipe —dijo Sara, de acuerdo con él—. Me divierto mucho y puedo hablarte de lo que sea.

—Me pareces una mujer preciosa, Sara. —Dejó de caminar y la hizo mirarlo a los ojos—. Me gustas, me gustas mucho y me encantaría que lo nuestro avanzase.

Alzó su barbilla y acercó sus labios. La besó con suavidad, casi con reverencia. Los labios de Felipe eran tiernos y delicados. Era agradable ser besada por él. Quizás, no era lo que hubiese imaginado en un principio, pues no sentía esa pasión arrolladora que la dejaba temblando, o ese calor que la recorría y la hacía querer más.

Felipe se retiró momentos después. En su cara, una sonrisa deslumbrante.

—Me encantas.

El resto del camino lo pasaron sin hablar. Felipe estaba feliz y Sara... pues ella estaba algo desilusionada. Si era sincera consigo misma, había imaginado otra cosa para la primera vez que lo besase. No esperaba quedarse quieta, casi como una estatua. El beso que ella esperaba era pasional, que la derritiera. Sin embargo, no sintió la necesidad de pegarse a él. Fue un beso agradable, pero nada más. De todas formas, se pidió mentalmente paciencia. No todas las relaciones comenzaban con un ardor y una fogosidad fulminante. Lo más probable era que la suya fuera de las que avanzase poco a poco.

Cuando llegaron al edificio donde vivía Sara, él le dio otro beso, aunque más breve y rápido. Quedaron en salir en unos días, pues ella estaba liada hasta entonces.

Subió por las escaleras con una sensación agrídulce, aunque se aseguró que la próxima vez sería mejor.

Al abrir la puerta de casa, lo primero que escuchó fueron las carcajadas de Pablo. Sonrió, dejó el bolso en el perchero del recibidor, y fue al salón para reunirse con su hijo y su madre. Aunque, nada más entrar, se quedó quieta, paralizada.

Allí, sentado junto a Pablo, y jugando con él a un juego de mesa, estaba Miguel.

No pudo evitar que el corazón casi se le saliese del pecho. Ver a Miguel allí, con el niño, ¡con su hijo! ¡La aterraba!

Realmente, no tenía cómo descubrir que era hijo suyo, pues de esa sala, solo lo sabía su madre.

Su hijo reía y disfrutaba a su lado, mientras que él se hacía el enfadado por haber perdido.

La primera en verla, fue su madre. Dejó el teléfono móvil en el sofá y le sonrió.

—Hola, hija, te estábamos esperando.

Miguel y Pablo clavaron los ojos en ella. El niño corrió para abrazarla.

—¡Lo estoy pasando genial, mamá! Miguel ha jugado conmigo tres partidas al parchís —se carcajeó Pablo—. ¡Y las ha perdido todas!

—Este niño tiene un don —bromeó él, siguiéndole el juego a su hijo.

Sara se puso un poco más seria. Miró a su madre con los ojos entornados y le hizo una señal con la cabeza:

—Mamá, ¿puedes venir un momento?

Sin esperar a que contestase, caminó hacia la cocina y la esperó allí. Su madre apareció pocos segundos después. La miraba con una débil sonrisa en el rostro.

—¿Qué pasa, hija?

Sara se acercó a ella, hasta quedar con las cabezas muy juntas.

—¿Cómo que qué pasa? —susurró con tono enfadado—. ¿Qué hace él aquí, jugando con Pablo?

—Vino a buscarte a ti, le dije que no estabas y me preguntó si podía esperarte en casa.

—¿Y no se te ocurrió decirle que no?

—No iba a dejar al pobre chico en la calle —argumentó ella señalando

hacia la puerta.

—¡Deberías haberlo hecho! ¿Y si se entera de lo de Pablo?

—¿Cómo se va a enterar si ni tú ni yo se lo decimos?

Sara calló, pues no podía quitarle la razón a su madre. Nadie sabía lo del niño aparte de ellas y sus amigas. Sin embargo, ver a Miguel en casa, la ponía nerviosa.

—¿No te paraste a pensar si yo quería que entrase? ¡Ya sabes lo que pasó hace diez años!

—Sé que lo pasaste mal, Sara, y que lloraste mucho tiempo por él. Pero es el padre de mi nieto, y aunque él no lo sepa, tiene derecho a disfrutar un poco de su hijo. —Su madre negó con la cabeza y la miró con ternura—. Ponte en su lugar.

No dijo ni una sola palabra más. Su madre, por mucho que le molestase, tenía razón. Además, le era imposible mirar a Miguel con los mismos ojos que al principio. Ahora sabía que regresó por ella, sabía que él también lo había pasado mal por su error. Pero, no podía evitar verlo en su casa y ponerse nerviosa.

Saber que él, ese hombre por el que había sentido tanto, el que le provocaba, incluso ahora, tantas sensaciones contradictorias, ese hombre tan irresistible y atrayente, se encontraba allí para verla... conseguía que su estómago temblase.

Su madre y ella regresaron al salón. Apenas miró a Miguel, no se atrevía. ¿Y si su cuerpo fallaba y se ponía en evidencia delante de todos? ¿Y si se quedaba mirándolo embobada?

De forma mecánica, cogió la mochila de Pablo y llamó al niño:

—Nos tenemos que ir —le dijo con una sonrisa—. Le prometiste a Juan que te quedarías con él en su casa a dormir.

—¡Sí! —exclamó el niño con alegría. Miró a Miguel y se explicó—. Juan es mi mejor amigo del cole.

—¿Vive muy lejos de aquí? —se interesó él.

—No, a dos calles.

Sara cortó la conversación y miró a Miguel con seriedad.

—Tengo que llevarlo.

—Os acompaño. —Se levantó del sofá y le sonrió.

—¡No te molestes!

—No es una molestia. Me apetece pasear un rato. —Le sonrió y le guiñó un ojo, logrando que a Sara se le secase la boca.

Se despidieron de su madre y salieron a la calle. El camino fue algo tenso para Sara, aunque, Miguel y Pablo lo pasaron hablando y riendo juntos.

Dejaron al niño con su amigo, y Sara le pidió a la madre del otro que la avisase si ocurría algo.

A quedarse a solas, continuó caminando dirección a su casa. Miguel se puso a su lado y sonrió. Ella no podía relajarse, ¡y lo odiaba! ¿Qué tenía Miguel para que provocase todas esas sensaciones en su cuerpo?

—¿Para qué has venido a casa? —preguntó ella al fin, rompiendo el silencio.

—Te dije que volvería.

—Y yo te dije que estaba saliendo con otro.

Miguel la freno y la miró a los ojos.

—Pero también recuerdo que comentaste que no era nada serio.

—¿Y qué más da? Estoy conociendo a otro hombre —dijo Sara, poniéndose a la defensiva. Suspiró y cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Para qué has venido?

—¡Porque quería verte, joder! —exclamó con sentimiento. Había pasado unos días horribles. El enterarse de quién era su verdadero padre lo había hecho polvo. Pasó tres días encerrado en su casa, pensando y maldiciendo, volviéndose loco. El solo hecho de recordar a Sara, conseguía que un rayo de luz entrase en su vida. Necesitaba verla, estar cerca de ella, aunque peleasen, aunque ella se pasase todo el tiempo intentando escabullirse—. No puedo dejar de pensar en ti.

Las piernas de ella temblaron ante esa declaración, pero se obligó a mantenerse firme.

—¿Qué se supone que tengo que contestar yo a eso? —preguntó frunciendo el ceño.

—No contestes nada, si no quieres.

—Miguel, te lo vuelvo a repetir, ¿qué quieres?

—Que me des esta noche.

Sara se quedó boquiabierta. No esperaba aquellas palabras. Habían sido directas, sin titubeos. En la cara de él se veía la decisión, aunque también algo de vulnerabilidad.

—¿Para qué?

—Quiero que salgamos, que hablemos... —La miró con fijeza y le sonrió—. Quiero estar contigo.

El estómago de Sara tembló y notó un pequeño terremoto recorrer la

totalidad de su cuerpo. No podía dejar de mirarlo, de apreciar lo guapo que era, lo irresistible de su sonrisa, lo bien que sonaban sus palabras.

Sin embargo, no dejó que todo eso pudiese con ella.

—Creo que lo mejor es que vuelva a casa.

—Sara. —Pronunció su nombre e inmediatamente ella lo miró a los ojos—. Solo esta noche.

—¿Y qué va a cambiar una sola noche?

—Quizás nada, pero deja que disfrute de tu compañía. Deja que pruebe, una sola vez más, aquello que perdí por tonto.

Sintió un pellizco en el corazón. ¡Dios! ¿Por qué era todo tan difícil? Ella, lo único que quería era seguir con su vida, rehacerla, ser feliz... Pero, había aparecido él y otra vez todo se desmoronaba.

No pudo evitar mirarlo a los ojos, esos ojos que la conseguían atrapar.

¿De verdad sería tan malo salir un rato con Miguel? ¿Sería un suicidio dar un paseo en su compañía? Su sentido común le gritaba que sí lo era, le decía que se fuese, que saliese huyendo y no volviese a verlo jamás, pero... luego estaba el otro lado. Estaba el lado que temblaba con cada una de sus respiraciones, el que tenía curiosidad de conocer al Miguel adulto, el que se moría de ganas de que la cogiese por la cintura y le diese otro de esos besos que la dejaban atontada.

¿Qué podría salir mal si lo salían un rato?

Sara asintió con la cabeza y se mesó el cabello.

—Está bien —asintió—, paseemos.

Caminaron por el centro de Madrid, al igual que con Felipe, sin embargo, Sara no pudo relajarse. Eran tan diferentes el uno del otro... Sentía cosas tan opuestas...

Apenas se atrevió a mirar a Miguel, pero las pocas veces que lo hizo, lo descubrió sonriendo. Aquella sonrisa le recordó al tiempo que estuvieron juntos. Siempre fue así, cuando estaba con ella, la sonrisa no desaparecía de sus labios.

Aquel recuerdo la hizo sentir nostalgia de aquellos tiempos y, al darse cuenta, lo expulsó de su cabeza.

—¿Esta es la clase de cita que has planeado? —dijo ella de repente, rompiendo el silencio—. Pues es la cita más muda a la que he ido nunca.

Él rio y negó con la cabeza. Observó a Sara, que caminaba a su lado y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Estoy disfrutando del momento —reconoció—. De tu compañía.

—Es raro para mí también. Nunca me imaginé volver a estar por Madrid a tu lado.

Miguel asintió, de acuerdo con sus palabras. Si cuatro años antes le llegan a decir que acabaría al lado de Sara, por su ciudad, no se lo hubiese creído. Por aquel entonces, era feliz en Miami, o al menos eso pensaba.

—¿Qué fue de tu vida cuando me fui? —la interrogó de repente.

—Pues... aparte de que tuve a Pablo y de que monté mi propia floristería... todo igual. Tú eres el que ha visto mundo, deberías ser el que relatases tus historias.

—No hay nada digno de mencionar —comentó sin entrar en detalles, pues a él le importaba otro tema—. ¿Cómo era el padre de Pablo?

Aquella pregunta puso en tensión a Sara. Intentó que no se le notase, aunque no estuvo segura de si lo logró.

—Él era... muy parecido a ti. Moreno, alto... —mintió.

—¿Por qué no funcionó?

—Pues... ya sabes. —Se encogió de hombros—. Son cosas que pasan.

Miguel sonrió con tristeza y la miró con ternura.

—Siento pena por él. Fue otro infeliz, como yo, que no supimos conservarte a nuestro lado. —Alzó la cabeza hacia el cielo y miró la oscuridad de este, pues con la contaminación lumínica, no se podían apreciar las estrellas—. Ojalá pudiese cambiar lo que hice.

—Miguel, no digas esas cosas, por favor —suplicó, pues removía cosas dentro de ella que no quería recordar.

—¡Pero es cierto! —La cogió de la muñeca y la hizo mirarlo directamente a los ojos. Hundió los dedos en el suave cabello castaño de Sara y lo acarició—. No sabes las veces que me culpé por ello. Eras lo mejor que tenía en la vida.

La boca de Sara se secó. No podía dejar de mirar a Miguel. Aquellas palabras llegaban hasta dentro y machacaban todas sus barreras.

Él la rodeó por la cintura y su vello se erizó por el contacto. Juntaron sus labios con delicadeza y se fundieron en un precioso beso que los catapultó al pasado.

Se separaron jadeantes, encendidos y con ganas de continuar.

Sara se mesó el cabello y bajó la mirada al suelo. Necesitaba unos segundos para recomponerse.

Cuando creyó estar lista, volvió a mirar a Miguel.

—¿Reconoces este edificio? —comentó rompiendo el silencio y

señalando hacia aquella construcción.

Sara asintió, sin dudar.

—Es tu antiguo piso, el que compraste antes de irte a Miami.

—Sigue siendo mío.

—¿No lo vendiste? —preguntó ella asombrada.

—No. —Sonrió—. Guardaba tantos buenos recuerdos en él, que lo conservé. —Sacó las llaves y le guiñó un ojo—. ¿Te gustaría volver a echar un vistazo? Sé que te gusta el tema ese de la decoración.

—¿Lo has vuelto a decorar? —dijo Sara, con curiosidad.

—Un poco.

Recordaba, con claridad, todos y cada uno de los rincones de ese piso, pues ella lo ayudó con los muebles y las demás cosas. Le encantaba el aspecto que tenía. Esa mezcla industrial con el rústico, era una pasada. Sin embargo, tenía curiosidad por ver los cambios que había sufrido esos años que llevaba sin entrar.

—Un vistazo rápido y vuelvo a casa.

—Pues, vamos.

La agarró de la mano y la hizo entrar en la portería.

Ese simple roce, el de sus palmas al tocarse, le erizaba el vello del brazo.

Entraron en el ascensor, Miguel pulsó el número de planta y esperaron. Al llegar, hizo pasar a Sara, que miró a su alrededor buscando cambios significativos. Al no encontrarlos, miró a Miguel con los ojos muy abiertos.

—No has cambiado nada. Está todo igual que hace diez años.

—Todo —dijo sin dejar de mirarla.

Sara caminó por el recibidor y, sobre el mueble, vio el retrato en el que salían los dos. ¿Seguía conservando una foto de ella? La cogió entre sus manos y se la mostró, con los ojos vidriosos por la emoción.

—Y... ¿por qué sigues teniendo esto aquí?

—No podía quitarlo.

Miguel se puso frente a ella y le alzó la barbilla. Las piernas de Sara temblaron y se humedeció los labios.

—¿Por qué no?

—Porque es lo único que me quedaba de ti.

Nada más acabar de decir aquellas palabras, la volvió a besar. Fue un beso cargado de deseo, de pasión y de ternura al mismo tiempo. Miguel abrazó a Sara y la apretó contra su torso, para poder disfrutar del roce de su cuerpo. Ese cuerpo que siempre lo volvió loco.

Al contrario de lo que creyó, ella respondía al beso con ganas, sin peros ni porqués. Lo rodeaba por el cuello lo acercaba para poder sentirlo.

Las manos de Miguel se pasearon por su trasero. Lo amasaron, lo acariciaron, lo aplastaron contra él, para que pudiese sentir su erección. Ella gimió al notarla y sintió que le flaqueaban las fuerzas. Entrecerró los ojos, pues no quería perderlo de vista. Miguel, cuando besaba, era la visión más sensual y morbosa del mundo.

Sin dejar de besarla, la empujó contra la pared y la cogió en peso.

—Sara —jadeo, casi sin aliento—. No sabes lo que te he echado de menos.

Ella no contestó, pues no podía hacerlo por el calentón del momento, sin embargo, asintió. También había anhelado esa intimidad, los momentos en los que solo eran los dos, y nadie más.

Casi fuera de control, por tener el precioso cuerpo de ella retorciéndose contra el suyo, le subió la camiseta y lamió sus pechos.

—¡Oh, sí! —gimoteó ella, pues estaba segura de que si continuaba prestándole atención a su busto, tendría un orgasmo en cuestión de segundos—. Ah, Miguel...

Notando su necesidad, la bajó al suelo y, con los labios pegados a los suyos, le levantó la falda e introdujo su mano dentro de sus braguitas.

Al notar la humedad en su sexo, no pudo evitar un gruñido. Estaba preparada para él, dispuesta y caliente.

Con dos dedos, acarició su clítoris, trazando círculos alrededor, alternándolos con suaves pellizquitos.

La boca de Sara se abrió al notar que todas aquellas sensaciones se magnificaban y el suelo desaparecía de su campo visual.

Al ver que estaba a punto de llegar al clímax, cambió sus dedos de lugar y la penetró con ellos.

—No puedo más, Miguel, voy a... —jadeó sin saber si quiera lo que decía.

—¡Sí, hazlo, cariño! ¡Termina para mí, córrete! —exclamó muerto por el deseo de que fuese si miembro el que la penetrase y no su mano.

Cuando le vino el orgasmo, Sara se desplomó sobre Miguel. Dejó todo el peso de su cuerpo sobre él, pues le era imposible sostenerse en pie.

Él agarró su cara y la besó de forma pasional. La cogió en brazos y la llevó hasta el sofá, pues no estaba seguro de que, en su estado, pudiese llegar a la habitación.

La tumbó sobre él, se soltó los pantalones y liberó su pene, henchido por deseo de hundirse dentro de ella. Arrasando su boca con un beso arrollador, le apartó las bragas hacia un lado y fundió sus cuerpos.

Sara soltó un gemido al notar aquel grosor dentro de su vagina. Se mordió los labios para no gritar y lo miró a los ojos. Lo que vio, consiguió encenderla todavía más. Miguel la miraba, la miraba con tanta hambre de ella, que lo único que pudo hacer fue agarrarlo del cuello de la camiseta y animarlo a que se moviese en su interior.

Comenzó a embestir poco a poco, con cuidado de no ser demasiado brusco. Sin embargo, el cuerpo de Sara se llevaba toda su cordura y acabó haciéndoselo fuerte y rápido, pues le era imposible contenerse.

La miró, para asegurarse de que no la lastimaba, pero lo que vio lo animó a seguir. Sara estaba disfrutando tanto o más que él. Su cara, desencajada por el placer, lo decía todo.

—¿Qué me haces? Sara, ¿qué haces conmigo para tenerme así? —gimió fuera de todo control.

Ella, en vez de contestar, alzó las caderas, como yendo a su encuentro, pidiendo más.

—¡Ah... no pares, Miguel! ¡Por favor, sigue!

Atrapó su boca y siguió besándola mientras la penetraba con energía. Las embestidas fueron transportándolos, llevándolos a un lugar donde solo primaba el placer. Cuando se hizo insoportable, un impresionante orgasmo los recorrió, logrando que gritasen y gimiesen como nunca.

Al acabar, y todavía estando unidos íntimamente, Miguel se dejó caer sobre ella, escondiendo la cara en el hueco entre su cuello y su hombro. Abrazados, sudorosos, jadeantes y a punto de caer rendidos al sueño.

Sara despertó apoyada en el hombro de Miguel. Desde siempre le encantó aquella parte de su cuerpo para apoyar su cabeza, ella lo llamaba “mi lugar cerca del cielo”. Recordaba que Miguel reía cada vez que escuchaba el nombre que le había puesto a su hombro.

Todavía adormilada, alzó la cabeza para observarlo. Estaba despierto, y en su semblante se dibujaba el dolor. Antes de que le fuese posible preguntarle por ello, él comenzó a hablar:

—Hace unos días, mi madre me confesó que no era hijo biológico de mi padre.

Sara, sorprendida, abrió la boca. Se incorporó un poco más para mirarlo a los ojos, pues los tenía vidriosos.

—Pero, ¿cómo? —lo interrogó ella. Recordaba a su padre de cuando fueron novios. Era un hombre serio, nada dado a las bromas, aunque a ella siempre la trató con cortesía. Cuando el hombre murió, unas semanas atrás, se enteró por su madre. Aunque no se atrevió a ir a casa de Miguel, a darle el pésame a su familia.

—Fuimos a ver a nuestro abogado, para hablar sobre el testamento. Mi padre ni me nombró. Pocos días después, mi madre se presentó aquí y me dio la noticia.

Sara apenas sabía qué decir. Miguel tenía que estar muy dolido. Le habían hecho creer toda su vida algo que no era cierto. Lo abrazó y besó en la mejilla.

—¿Te dijo quién era tu verdadero padre?

—El hermano de mi padre. Mi tío Carlos, el hombre con el que estuve viviendo en Miami.

Ella asintió al conocer la noticia.

—¿Has hablado con él?

—Murió hace tres años y nunca me dijo nada al respecto.

—¿Y tu madre? ¿No te ha dicho nada más?

Miguel se levantó un poco del sofá, quedando sentado, frente a Sara.

—No le di oportunidad de hacerlo. La eché de aquí.

—Tienes que hablar con ella. Te puede aclarar muchas cosas —lo animó, acariciando su brazo.

Él apartó el brazo y negó con la cabeza.

—¡No quiero saber nada de ella! ¡Por mí, como si quiere irse a la mierda!

—Miguel, es tu madre.

—¿Mi madre? —gritó muy enfadado—. ¡Una madre jamás haría algo así!

Sara sintió un nudo en la garganta, pues ella había hecho algo parecido con Pablo. Se humedeció los labios e intentó que recapacitase y para sentirse menos culpable por sus actos.

—Una madre haría lo que fuese por proteger a su hijo.

—¡Eso no es una excusa! ¡Ha tenido treinta y cuatro años para poder decírmelo!

Ella se levantó del sofá y se recolocó la ropa. Miguel, al verla, la cogió de la mano.

—No te vayas, lo siento —se disculpó—. Siento haberte gritado a ti. Está todo muy reciente y necesitaba desahogarme con alguien.

—No te preocupes, lo entiendo.

Él la miró con seriedad.

—Pero, te vas de igual forma.

—Sí. —Lo miró a los ojos y suspiró—. Lo que acaba de pasar entre nosotros, no debería de haber ocurrido.

Miguel se mesó el cabello y suspiró.

—¿Lo piensas en serio? Porque yo creo que es lo mejor que he hecho en diez años.

Sara cogió su bolso y lo miró por última vez, antes de caminar hacia la puerta. No quería pensar demasiado. No quería admitir que había sido el acto sexual más impresionante del mundo, no quería admitirse a sí misma que lo había sido porque lo hizo con él, y con ningún otro más. Prefería huir, seguir siendo cobarde y no dejar que volviese a hacerle daño.

—Se acabó nuestra cita.

—¿Cómo puede ser tan cabrón? —gritó Bea, cuando Carolina les contó lo que había pasado con Diego.

Ella se encogió de hombros y las miró con dolor en el rostro.

—Dice que ya no me quiere.

—Pero, el amor no se va de la noche a la mañana —replicó Sara, acariciando la espalda de su amiga y dándole ánimos.

Jamás habían visto a Carolina de ese modo. Ella siempre había sido la fuerte, la que a todo le veía solución. Era extraño verla hecha un mar de lágrimas, casi sin arreglar ni maquillar, pues normalmente jamás salía de casa sin su rímel y los labios pintados. En cambio, tenían delante a una mujer vestida con un chándal viejo, deportivas blancas y un moño mal hecho en el pelo. Las ojeras le ocupaban media cara y la nariz la tenía roja de tanto limpiársela.

—Diego me dijo que no quería hacerme daño, que me quedase la casa y todas las demás cosas.

—¡Ese malnacido tiene a otra! —exclamó Beatriz, frunciendo el ceño y negando con la cabeza—. Esto no me huele bien.

—Bea —la llamó Carolina con toda la tranquilidad que fue capaz de reunir—. Quizás es verdad, el amor, a veces se acaba. —Se limpió una lágrima y continuó—: En el tiempo que estuvimos juntos, jamás me dio un motivo para pensar que me era infiel.

—¡Es que... no sé!

Sara alzó las manos para que Beatriz se tranquilizase. Lo que menos le hacía falta a Carolina era verlas hechas unas locas. Necesitaba apoyo y serenidad. Comprendía por lo que estaba pasando.

La cogió de las manos y se las apretó.

—Lo que necesitas ahora, es olvidarte de él. No es bueno que sigas lamentándote por ello. Si se ha ido, ¡pues que le jodan! —comentó, guiñándole un ojo—. Tú eres una mujer preciosa, con un cuerpo divino y una personalidad arrolladora. Vas a tener a los hombres a pares.

Beatriz asintió a las palabras de Sara y juntó también las manos con las de ellas.

—¿Sabes lo que necesitas?

—¿Qué? —preguntó Carolina, todavía llorosa.

—¡Un chupito de tequila!

—Sí, apoyo la moción —la animó Sara—. Esta tarde, se acabaron los llantos.

Carolina se limpió con las manos y asintió convencida. Ya no quería seguir así. Esos últimos días habían sido un infierno. Se pasó todo el tiempo en la cama, sin parar de llorar y preguntándose en qué se había equivocado para que aquello sucediese. ¡Pero, ya no! Ella había sido una buena esposa.

—Mi chupito doble, por favor —indicó ella.

—¡Eso! —gritaron las otras dos.

Pasaron el resto de la tarde del domingo hablando de tonterías. Entre Beatriz y Sara, no permitieron que volviese a pensar en su ex marido. Poco a poco, los chupitos hicieron su efecto, e incluso llegó a soltar alguna que otra carcajada con ellas.

—Oye, Sara —dijo Beatriz llamando su atención—. ¿Y tú cómo vas con Felipe?

Ella se encogió de hombros y sonrió.

—Lo paso bien con él.

—¿Te lo has tirado ya? —insistió.

—No.

Carolina pidió otro tequila al camarero y centró la atención en Sara.

—¿Has vuelto a ver a Miguel?

Ella bajó la vista al suelo y asintió. Beatriz puso los brazos en jarra y negó con la cabeza.

—¡Tía, no me jodas!

—Pues sí, aunque no te guste, lo he vuelto a ver —admitió con algo de culpa. Sabía que sus amigas no lo aceptaban y no se cortaban en repetírselo—. Ayer... nos acostamos.

—¿Qué? —chillaron las otras dos a la vez.

—Estuvimos hablando, fuimos a pasear, llegamos a su piso... una cosa llevó a la otra y...

—Y te abrió de patas a lo Van Damme —terminó Beatriz la frase. Se llevó una mano a la cara y se tapó los ojos—. Ay, Sara, la historia se repite.

—¡No se va a repetir nada! Ya no tengo veinte años, ni soy una niña.

—Pero tú sigues colada por él, y se puede aprovechar de eso.

—Bea, créeme —comentó con decisión—. No va a pasar nada de eso.

Echamos un polvo, lo pasamos bien y cada uno tiró para un lado. No voy a sufrir por él jamás. Me pidió perdón, hizo las cosas mal y se arrepiente, pero no va a haber una nueva oportunidad.

Carolina las escuchaba sin decir ni una palabra. Miraba a Sara y a Beatriz y seguía pensando. Cuando las otras dos dejaron de hablar, llamó su atención.

—Pues yo pienso que si te lo quieres tirar de vez en cuando, tampoco pasa nada.

—¿Pero qué dices, descerebrada? ¡A ti se te ha subido el tequila al coco!
—exclamó Beatriz, escandalizada.

—No, no se me ha subido nada. —Se defendió poniendo los ojos en blanco. Miró a su otra amiga y le habló a ella—: Sara, eres una mujer moderna y muy inteligente. Si te apetece, tíratelo. Total, esta vida son dos días y, mírame a mí, las cosas se pueden torcer de la noche a la mañana. Así que, mientras solo sea sexo, ¿qué hay de malo en ello?

María y Antonio telefonearon a Miguel durante toda esa semana. Al igual que él, se sentían engañados, y no dudaron en darle su apoyo incondicional. Sin embargo, y a pesar de todo, insistían en que hablase con su madre.

Virtudes lo estaba pasando muy mal, se sentía culpable por haber provocado toda aquella situación y, el distanciamiento con su hijo pequeño, la estaba destrozando. Aun así, él se resistía a verla. Estaba tan dolido, que lo único que necesitaba era permanecer alejado de todo lo que le recordase a su padre y al engaño al que fue sometido.

Ese domingo por la tarde, a pesar de que en la calle hacían casi cuarenta grados, María se empeñó en verlo.

Quedó con él en el retiro, a la sombra de un árbol, junto a la Fuente de los Galápagos.

Cuando Miguel llegó, la encontró esperándolo. Le sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—¿Es que no había ninguna cafetería cerca, con aire acondicionado, para poder hablar? —dijo él, con las cejas enarcadas.

—Aquí estamos más tranquilos.

—Claro, con este calor, por aquí no se acercan ni los escorpiones —

bromeó.

María sonrió por la ocurrencia de su hermano y suspiró. Le cogió la mano y la apretó.

—¿Cómo estás?

—Pues bien —comentó él, encogiéndose de hombros.

—Miguel... no hace falta que disimules delante de mí.

—¿Cómo quieres que esté, María? ¡Estoy hecho mierda! —exclamó con hastío—. Pero mi vida sigue, ¿verdad? Así que, no vale la pena que esté lamentándome a cada minuto.

—Tienes razón, la vida sigue —asintió—, y hay que sobreponerse a esta clase de cosas.

Miguel resopló y se mesó el cabello, mirando hacia la fuente junto a la que estaban sentados.

—¿Para esto me has llamado, María? ¿Para preguntarme cómo estoy?

—No. Te he llamado para hacerte entrar en razón y hables con mamá.

Aquello lo hizo reaccionar. Fijó sus fríos ojos verdes en María y apretó los labios.

—Con esa señora, no tengo nada de lo que hablar.

—¡Sí, sí que tienes muchas cosas de las que hablar! —dijo alzando la voz—. Aunque Isidro no sea tu padre, Antonio y yo seguimos siendo tus hermanos, ¡y ella tu madre!

—¿Y no pudo pensar antes de tenerme engañado?

—¡No conoces sus motivos!

—Dime, María, ¿hay motivos que justifiquen un engaño semejante? —preguntó con enfado.

—¡No lo sé! ¡Pero, yo soy madre, y haría cualquier cosa por proteger a mis hijos! —argumentó con seguridad—. ¡Si no le permites explicarse, jamás lo sabrás!

—Es muy fácil hablar cuando no eres la perjudicada —resopló.

—¿Sabes qué? ¡Yo también estoy jodida, Miguel! ¡Mi familia se ha ido a la mierda, mi padre se ha muerto, mi madre está destrozada porque su hijo no quiere verla y mi hermano se ha olvidado de que existimos! —gritó sin poder contenerse ni un segundo más—. ¡No vuelvas a decir jamás que yo no soy una de las perjudicadas, porque no es verdad!

Él se quedó callado, mirándola a los ojos. María parecía estar a punto de llorar.

Maldijo en silencio y cerró los ojos con fuerza. Se resistía en hablar con su

madre, aquello había sido un golpe muy duro para él. No era justo que su hermana lo presionase de esa forma. Sin embargo, María tenía razón en algo. Si quería saber el porqué de todo no le quedaba más remedio que hablar con su madre. Se llevó una mano a los ojos y los frotó, pues la falta de sueño también hacía estragos en él. Volvió a observar a su hermana, que lo miraba con súplica, y no tuvo más remedio que asentir.

—Está bien, hablaré con ella.

Sara se despidió de sus amigas en la puerta de la cafetería y comenzó a caminar hacia casa. Eran casi las ocho de la tarde y todavía seguía haciendo un calor horrible. Se abanicó con la mano, mientras caminaba por la ciudad.

Le alegraba haber pasado la tarde con ellas, Carolina necesitaba un empujón, pues se la veía perdida y, entre ella y Bea, consiguieron que sonriese un poco. Sabía que tenía que estar pasándolo muy mal, Diego había sido el amor de su vida y, acabar con tantos años de relación de golpe, era duro.

Continuó paseando, pensando en todo lo que había ocurrido en su vida en esos últimos meses. Sin apenas pretenderlo, se acordó de Miguel. Su antiguo amor había vuelto a aparecer como un torbellino, metiéndose donde no debía y agrietando el muro que había construido con tanto ahínco durante todos esos años. Si bien, en un principio, no quiso saber de él, con el paso del tiempo y después de confesarle que, en el pasado, regresó a buscarla, la visión que tenía sobre él había cambiado. Todavía seguía intentando guardar las distancias, pero era por el hecho de que no quería volver a enamorarse como una adolescente de él. Siempre, incluso cuando todavía estaba en Miami, sintió un lazo invisible que la ataba. Aunque lo intentó por activa y pasiva, los sentimientos hacia Miguel, no la abandonaron. Todavía lo veía y su mundo se ponía del revés, la tocaba y le temblaba hasta el alma.

Dos noches atrás, cuando la llevó a su apartamento, sintió que el tiempo se detenía, que todavía tenían veinte años y que nada había cambiado. El sexo con él fue impresionante, tal y como recordaba. No podía describir con palabras las sensaciones que le producía cuando la besaba, cuando la acariciaba y la hacía escalar a las cimas del placer. Jamás, ningún hombre,

había conseguido hacerle sentir nada semejante. Aunque, tampoco le extrañaba, pues después de su ruptura, se cerró tanto al amor que no permitió que nadie volviese a entrar en su corazón.

Y, es que, no había nadie como él, estaba segura de ello.

Su cara, su pelo, sus manos, su cuerpo.

Ese hombre estaba hecho para dar placer.

Sara cerró los ojos cuando la imagen de ellos, haciendo el amor, se coló en su mente. Quizás fuese por culpa del tequila, o quizás culpa de la última noche que pasó con él, pero tenía unas ganas locas de volver a verlo.

Le apetecía tocarlo, besarlo hasta quedarse dormida, perderse en su cuerpo, sentir la fuerza de sus brazos sobre ella.

Un estremecimiento la recorrió.

De repente, recordó las palabras de Carolina. Dijo que disfrutase, que se acostase con Miguel si le apetecía, mientras no se enamorase. Que la vida era corta y que no había por qué quedarse con las ganas de hacer algo, si de verdad eso era lo que quería en ese momento.

Lo más probable fuese que, su amiga, estuviese hablando de esa forma por la culpa del alcohol, sin embargo, a Sara no le parecía algo tan horrible. Era una mujer hecha y derecha, sabía lo que le convenía y lo que no, hasta dónde podía soportar y lo que no quería en su vida. ¿Por qué no pasar un buen rato? No pretendía meterse en una relación con él, ya salió escaldada y embarazada en el pasado, pero, había aprendido de sus errores.

Tras un impulso loco, paró a un taxi y le pidió que la llevase al Paseo de la Castellana, lugar donde se encontraba el piso de Miguel.

Durante el trayecto, dudó. Jamás había hecho nada semejante guiada por el deseo. Sin embargo, no hizo que el conductor se detuviese. Las ganas de estar con él, derrumbaron todos sus miedos.

Miguel llegó a casa poco después de conversar con su hermana. A pesar de que le prometió hablar con su madre, todavía no estaba del todo convencido, pues se sentía muy dolido. Sin embargo, lo haría por María.

Preparó algo de cenar. No tenía mucha hambre, así que exprimió el zumo de dos naranjas, cortó un poco de pan y se preparó un bocadillo.

Se sentó en el salón para comer viendo la televisión, pero antes de poder darle el primer bocado al pan, sonó el timbre de casa.

Resopló, pues no le apetecían las visitas. Estuvo a punto de obviar a la persona que lo molestaba a esas horas, sin embargo, algo lo obligó a abrir la puerta.

Cuando lo hizo, y se encontró frente a Sara, no pudo evitar alzar las cejas por la sorpresa.

Estaba preciosa. Llevaba unos pantalones vaqueros cortos, una blusa azul turquesa y unas sandalias azules, trenzadas alrededor de sus pies. El cabello, lo llevaba recogido en una coleta alta y en los labios, carmín.

—Sara... —pronunció su nombre alucinado. Frunció el ceño, pues le resultaba muy extraño que ella hubiese ido a verlo—. ¿Ocurre algo malo?

Sin pronunciar palabra, ella se acercó a su cuerpo, sin dejar de mirarlo a los ojos, lo cogió por el cuello de la camiseta, logrando que bajase la cara hacia la suya, y lo besó en los labios.

Miguel, en cuanto pudo reaccionar, la agarró por la cintura y la apretó contra su torso. La empujó hacia adentro y cerró la puerta de una patada. Sin perder tiempo, y notando la excitación de ella, la llevó a su habitación.

La dejó sobre la cama y se tumbó encima. Ella rodeó su cintura con las piernas, atrayéndolo más, hasta conseguir que ni el aire pasase entre sus cuerpos. Se desnudaron en silencio, intentando no romper el embrujo del momento. Solo se escuchaban sus gemidos y jadeos, el crujir de la cama por las embestidas y los gritos de placer cuando llegaron al orgasmo.

Al acabar, se quedaron acostados, desnudos y con las respiraciones alteradas.

Sara cerró los ojos y se relajó en los brazos de Miguel.

Él, sin poder creerse todavía lo que acababa de ocurrir, giró su cuerpo y se colocó de costado para poder mirarla mejor. Todavía tenía los ojos cerrados, su pecho subía y bajaba con tranquilidad y, en sus dulces labios, una sonrisa serena.

Al abrir los ojos, se quedaron mirándose durante unos segundos. Ninguno de los dos quiso romper aquella magia. Pero, Miguel, no pudo aguantar más. Le acarició la mejilla y le sonrió mientras volvía a besarla con cariño.

—¿A qué ha venido esto?

—¿El qué? —preguntó ella, sabiendo a lo que se refería, pero poniéndose un poco más difícil.

—Hace dos días te fuiste diciendo que lo nuestro no podía ser, y hoy...

—Hoy tenía muchas ganas de verte —susurró.

Miguel sonrió sintiendo que su corazón se alzaba por las palabras de ella. No podía comprender por qué esa mujer lo hacía sentir de esa manera con solo una sonrisa, pero así era. Sara era tan especial...

—Yo siempre tengo ganas de verte —admitió. Enrolló un dedo en el cabello de ella y jugueteó con él—. No hay segundo del día en el que no piense en ti.

—¿De verdad? —lo interrogó ella, con algo de incredulidad en la voz.

—De verdad. —La besó en los labios e introdujo la lengua en la boca de ella para degustar la dulzura de sus besos—. Si por mí fuese, iría a verte todos los días. —Sonrió—. Pero me lo pones un poco difícil.

—Intento no cometer los mismos errores que hace diez años.

—¿Estar conmigo fue un error? —dijo, con algo de dolor reflejado en el rostro.

Sara se quedó pensando unos segundos. Con Miguel descubrió el significado del verdadero amor, fue la mujer más feliz del mundo el tiempo que duró su relación y, lo más importante de todo, le dio a Pablo.

Ella lo besó y negó con la cabeza.

—No fue un error. Aprendí mucho contigo. Pero, quizá, el error fue creer todo lo que prometías.

Miguel frunció el ceño al escuchar sus palabras. Agarró su barbilla e hizo que lo mirase a los ojos.

—Escúchame. Todo lo que te dije, era cierto.

—Pero te fuiste de igual forma —comentó con seriedad.

—Y llevo lamentándolo desde entonces. —La volvió a besar con pasión, intentando demostrarle mediante los besos que aquello era cierto—. Te quería con locura. Eras mi todo. Y, cada vez que te veo y pienso que te perdí por mi mala cabeza, me dan ganas de volver al pasado y darle una paliza a mi yo de entonces.

Sara rio y negó con la cabeza.

—Los errores son los que nos han hecho convertirnos en las personas que somos ahora.

—Pues yo estoy seguro de que hubiese sido mejor persona contigo a mi lado —dijo con vehemencia.

Ella se encogió de hombros, intentando que no se le notase todos los sentimientos que despertaban en ella esas palabras. Había ido a su casa para disfrutar del sexo y no se iba a permitir salir ilusionada de allí. Con fingida

indiferencia, se incorporó un poco de la cama y lo miró desde arriba.

—Ahora ya es tarde para lamentos. Cada uno ha seguido con su vida y nuestros caminos se bifurcaron.

—Nunca es tarde —añadió él con una sonrisa—. Y, que yo sepa, hemos vuelto a encontrarnos.

La agarró por la cintura y la colocó a horcajadas sobre él, logrando que Sara rompiera a reír. La cogió de las muñecas y la hizo acercar su cuerpo a él, quedando sus pechos a la altura de su boca. Sin poder evitarlo, atrapó uno de ellos y lo lamió y mordisqueó, consiguiendo que Sara jadease por el placer.

—Quiero que nos vayamos unos días por ahí —añadió él sin dejar de sonreír—. Que nos vayamos de vacaciones tú, el niño y yo.

—Tengo que trabajar —respondió negando con la cabeza.

—¿No te puedes permitir unos días de descanso?

Sara negó con la cabeza y apoyó los brazos sobre el pecho de él.

—No, no puedo. Además... —Acercó su boca al oído de Miguel y le susurró—: Lo nuestro no es una relación, solo es sexo.

—No, porque lograré convencerte y volverás a ser mi chica —indicó con convencimiento.

—Yo no quiero que me convenzas de nada —rio Sara ante sus palabras—. Y, que sepas, que eres un chulo y un creído por estar tan seguro de que caeré nuevamente a tus pies.

—Siempre fui un chulo y un creído, y tú me querías.

Sara se encogió de hombros y lo miró con fijeza.

—Te voy a decir un secreto —apuntó ella con una chispa de diversión en los ojos—. Te quería por tu cuerpo.

Aquello hizo estallar a Miguel en carcajadas. La cogió por la cintura y la hizo caer en la cama, para ponerse él encima. La aprisionó hasta que no pudo moverse, sin embargo, la risa de Sara retumbaba por toda la habitación.

—¿Así que la señora me quería por mi cuerpo? —preguntó con diversión.

—Sí, lo confieso, siempre estuviste muy bueno —se carcajeó ella sin poder evitarlo.

Miguel bajó la cabeza y la besó en el cuello, dejando una estela de fuego por donde su boca rozaba.

—Entonces, ¿te encantaba lo que te hacíamos mi cuerpo y yo?

Sara asintió, cerrando los ojos por el placer de su contacto. La boca de Miguel se iba aproximando a su pecho, lamiendo, mordiendo y besando cada rincón.

—Me encantaba —jadeó Sara, sin apenas fuerzas para contestar.

—¿Te gustaba que te besase aquí? —Capturó uno de sus pezones mientras que con la mano excitaba el otro. Sara asintió con ahínco y Miguel sonrió. Bajó con su boca hacia el estómago de ella, notando cómo su piel se erizaba a su paso—. ¿Y también te gustaba cuando te besaba aquí?

—¡Oh, sí! —gimió, agarrando el pelo de Miguel, con los ojos cerrados.

Al notar que Miguel seguía descendiendo por su bajo vientre, Sara no pudo evitar abrir la boca y gemir con fuerza. Aquello calentó todavía más a Miguel, que apenas podía contenerse al ver a Sara tan ardorosa. Alcanzó su pubis y, con la mano, abrió un poco los pliegues para poder llegar a la perfección al clítoris.

—Pues, entonces, cariño, esto te va a encantar —susurró contra su sexo.

Carolina caminó por su piso con una copa de vino en la mano. Desde que se marchó Diego solía hacerlo. Paseaba de una habitación a otra, recordaba las veces que habían reído en el salón, hecho el amor en cada rincón y disfrutado cocinando juntos. Se sentía muy sola.

Hablar con sus amigas la reconfortaba, sabía que estarían ahí cuando lo necesitase, sin embargo, en esos momentos, la soledad se convertía en su compañera y la agobiaba con su silencio.

Volvió al salón y encendió el tocadiscos. Puso un vinilo de Los Beatles y sonrió al escuchar aquellas canciones. Siempre fueron sus favoritos. Lo compró siendo prácticamente una adolescente y no había dejado de escuchar su música desde entonces. Quizás, las voces de ellos era lo que menos le recordaban a su ex marido, pues a él jamás le llegaron a gustar. Algún fallo tenía que tener el pobre.

Recorrió con la mirada la estancia en la que se encontraba. Era un salón comedor moderno, pintado en color blanco y gris, con muebles de diseño en color negro. Tuvo que sonreír al pensar que, hasta el salón, parecía estar de luto por la partida de Diego.

En aquella casa lo veía por todos lados. Sería un auténtico infierno acostumbrarse a su ausencia, cuando lo único que faltaba allí, era él. Todo se lo recordaba, ¡absolutamente todo!

Miró el teléfono móvil, pues ya ni recordaba en qué día estaba.

Era veinticinco de julio. Todavía le quedaban dos semanas para reincorporarse al trabajo, pero lo estaba deseando. Necesitaba ocupar su cabeza con algo más que con recuerdos. Hablar con sus compañeros, ir agobiada por el ajetreo de tener que llevar para adelante una jornada laboral de diez horas rodeada de niños y, después, acabar a las tantas de ordenar y limpiar su casa.

¿Qué iba a hacer hasta entonces? ¿Cómo podría sobrellevar el tener que vivir en aquella casa donde veía a Diego por todos lados?

Se acercó al ventanal y observó pasar los coches. Tantos diferentes, distinto tamaño, distinto color.

¡Color!

Una idea apareció por su cabeza. ¡Necesitaba color! ¡Color en su vida, color en su casa!

Con una sonrisa maravillada, dio la vuelta y se fijó en la cortina del salón. Era blanca y gris, a juego con el resto de cosas. Llevada por un impulso, del que esperaba no arrepentirse más tarde, tiró de ella y la rasgó. La dejó tirada en el suelo y se colocó en el centro de la estancia. Era aburrida, demasiado gris, demasiado triste. ¡Su casa necesitaba un cambio de aires!

—Carolina —se dijo a sí misma, intentando calmarse—. Te vas a meter tú solita en un berenjenal, porque te ha dado un parraque mental. Ahí, a lo loco, pensando en tirar la casa por la ventana, sin ni siquiera esperar una señal del cielo para saber que estás en el camino correcto. —Inmediatamente, su teléfono comenzó a sonar. Abrió la boca y alzó las manos—. ¡Pues, ya tengo la señal!

Caminó hacia el teléfono con una nueva sonrisa en el rostro. A partir de mañana, ocuparía su tiempo en mejorar y cambiar el aspecto de su casa.

Cogió el móvil y se lo colocó al oído.

—¿Diga?

—Hola, ¿Carolina?

—Sí, soy yo, ¿quién eres?

—Soy Felipe. —Ella abrió los ojos, asombrada por aquella inesperada llamada—. Espero no molestarte. Es que... me acabo de enterar de lo de Diego.

—No, no me molestas, eres muy amable preocupándote —lo tranquilizó.

—¿Y cómo estás? Aunque, supongo que es una pregunta muy tonta, ¿no? Carolina rio, la verdad, sí lo era.

—Pues, tirando, que no es poco. —Hizo una pausa y sonrió al volver a mirar su salón—. Pero, me recuperaré, seguro.

—Eso espero. —Felipe calló, pues apenas conocía a la ex mujer de su compañero de trabajo—. Em... pues, te dejo ya, pero... que si algún día me necesitas para hablar... o lo que sea, aquí me tienes.

Ella sonrió ante su amabilidad.

—¡Gracias! Quizás, algún día de estos te pegue un toque —rio—. Voy a desmantelar mi casa para darle un cambio radical, y puede ser que me vengan bien otro par de manos.

El estómago de Miguel rugió y Sara sonrió al escucharlo.

Habían pasado más de dos horas retozando en la cama, disfrutando de la intimidad de sus cuerpos y el placer que aquello les proporcionaba.

No podían dejar de sonreír, de bromear, de besarse...

—¿Todavía tienes más hambre? ¿Es que no te ha bastado conmigo? — dijo ella, con una mueca traviesa en los labios.

Miguel pasó un brazo alrededor de sus hombros y sonrió.

—Estaba a punto de cenar, cuando tocaste al timbre. —La besó en los labios y se los mordisqueó—. ¿Y tú tienes hambre?

—Un poco.

—Pues, vamos. —Se levantó de la cama y le tendió una mano a ella, para ayudarla a incorporarse—. Te prepararé algo.

Al poner los pies en el suelo, Sara notó que las piernas le temblaban. Había pasado mucho tiempo sin esas maratones sexuales y, su cuerpo, había perdido la costumbre.

Caminaron hacia el salón, desnudos, cogidos de la mano.

Al llegar junto al sofá, Sara vio el vaso de zumo y el bocata de Miguel. Lo observó en silencio y rio.

—¿Ibas a cenar eso?

—Sí, ¿por qué?

—No has cambiado nada —se burló—, siempre comiste como un pajarito.

Miguel alzó las cejas ante la burla y le dio una cachetada en el trasero. Se colocó detrás de ella y le dio un bocado en el cuello, haciéndola reír.

—Todo el mundo no es como tú, que eras capaz de comerte un oso, con piel y todo, sin engordar ni un gramo.

—¿Esa es tu mejor excusa?

Él la besó en los labios. Siempre le encantaron esos pequeños piques con Sara. Era una mujer abierta, divertida y muy cariñosa. Todavía no entendía cómo había podido pasar tanto tiempo sin ella.

Entre los dos, prepararon otro bocadillo para Sara y exprimieron más zumo. Se sentaron en el sofá, uno muy junto del otro, y comenzaron a comer.

Sara miró a su alrededor. Aquella casa. Se sentía a gusto en ella. Era como si el tiempo no hubiera pasado. Le encantó el detalle de Miguel al no cambiar nada de la decoración y, ver la foto de ellos juntos en la entrada, la emocionó. Miró a su compañero de cena, dar un gran bocado a su bocata y sonrió.

—¿Echaste de menos Madrid?

Miguel la miró y asintió.

—Eché de menos a mi novia, más que a Madrid —contestó, rodeándola por los hombros y la pegándola a él—. Te eché muchísimo de menos. —Le dio un suave beso en la frente y se quedó pensativo—. ¿Y tú, Sara? ¿Qué hiciste cuando nos separamos?

Ella hizo una mueca con los labios. Lo que más hizo en aquel entonces, fue llorar. Se pasó meses sin dejar de hacerlo, echándolo en falta y maldiciéndolo hasta que acababa dormida por el agotamiento.

—Pues, no me fue mal —mintió—. Me quedé embarazada de Pablo, dejé los estudios y comencé a trabajar en un vivero a las afueras.

—¿Dejaste los estudios?

—Claro. Tenía que mantener a una criatura —se excusó al ver que él la miraba con el ceño fruncido—. Me hubiese encantado acabar la carrera de Ciencias Biológicas, pero tenía algo más importante de lo que hacerme cargo.

—¿Y el padre de Pablo? ¿No te impidió que lo hicieras? —Miguel apretó los labios. Odiaba pensar en otro hombre tocando a Sara, pero lo que más le jodía era que no hubiese mirado por su futuro.

—El padre de mi hijo jamás estuvo presente. Soy madre soltera.

—¿Te abandonó, el muy hijo de puta, con una criatura? —la interrogó con rabia.

Sara no sabía qué contestar. No se sentía cómoda hablando de ese tema con él. Estaba segura de que si Miguel se hubiese enterado de la existencia del niño, hubiese vuelto y se hubiera hecho responsable del asunto, sin embargo, ella no quiso hablarle del tema, primero, porque no quería ser ella la culpable de que tuviese que regresar de Miami y, segundo, porque tenía el corazón lleno de rabia y no quería tener nada que ver con él.

Sabía que eso había estado mal, sí, muy mal. Pero, procedió de ese modo, y ahora tenía que acarrear con las consecuencias.

—Pero, me fue bien —dijo ella, intentando cambiar de tema—. Mi madre me ayudó en todo, nos quedamos en casa y al niño jamás le faltó de nada.

—Tu madre siempre fue una buena persona —la alabó Miguel, al que unió una estrecha relación con la señora.

—Sí —asintió muy de acuerdo—. Ahora me lleva loca, pero, es lo que toca.

Él la miró sin comprender ni una palabra.

—¿Por qué dices que te lleva loca?

—Se ha echado un cibernovio de Ecuador —comentó poniendo los ojos en blanco—. Se llama Dylan, es de su edad y, según él, está reuniendo dinero para venirse a vivir con ella.

—¿Y qué tiene de malo todo eso?

—¡Pues que no va a venir, Miguel! Llevo escuchando esa cantinela casi cinco meses, y nada. —Se humedeció los labios y lo miró con seriedad—. ¿Y sabes qué es lo peor? Que lo va a pasar mal. Es una persona mayor y está enamorada hasta las trancas.

—No te adelantes a los acontecimientos, nadie sabe lo que pasará mañana. Déjala que disfrute con su amor.

—Yo sí sé lo que va a pasar —explicó con tristeza—. Se va a dar cuenta de todo y me va a tocar consolarla, porque se va a quedar destrozada.

—Eres muy poco optimista en estos temas.

Ella lo miró con enfado y negó con la cabeza.

—Quizás, lo sea porque alguien me obligó a serlo.

Miguel, al darse por aludido, alzó los brazos e hizo una mueca los labios.

—¡Touché! —La agarró por la barbilla y acercó los labios a los de ella—. ¿Vas a estar recordándomelo siempre? Sabes que me equivoqué, Sara. Sabes que, si pudiese, volvería el tiempo atrás para arreglar mi error.

—Pero el daño ya está hecho.

Él la besó con ardor y la atrajo hacia sí, quedando Sara sentada sobre sus muslos. Le acarició la espalda, notando cómo a ella se le erizaba la piel.

—No te preocupes, voy a compensarte todo lo que hice. Voy a intentar que, cada vez que me veas, en lo único que pienses sea en mí, y no en lo que pasamos los años que estuvimos separados.

Sara rio y habló contra su boca.

—Te repito que esto solo es sexo.

Miguel la cogió en peso y la tumbó sobre el sofá. Abrió sus piernas, acariciando la delicada piel de sus muslos y se colocó en medio de ellos.

—Esto solo es sexo, de momento.

La dirección que le dio su hermana era esa. En la puerta de aquel restaurante, Miguel observaba el papel con las indicaciones.

Su madre lo esperaba dentro. Después de mucho insistir, consiguió que la cita se hiciese posible. Todavía era reacio a aquel encuentro, pero se lo prometió a María, y él siempre intentaba cumplir lo que prometía.

Abrió la puerta y se introdujo en el interior del local. Nada más hacerlo, el aire acondicionado lo reconfortó. Se dirigió a un pequeño mostrador a la derecha y le habló al maître, que lo observaba sonriente.

—Hola, buenos días —lo saludó Miguel—. ¿Me puede indicar cuál es la mesa de la señora Ruíz?

—Por supuesto, le acompaño a ella. Sígame, por favor, señor.

Caminaron por el restaurante, atravesando las mesas, donde los demás comensales disfrutaban y reían con sus acompañantes.

Cuando vio a su madre a lo lejos, su semblante se endureció.

Se encontraba sentada al lado de una ventana, mirando hacia la calle. Al sentir movimiento a su lado, Virtudes giró la cabeza para encontrarse con su hijo.

Miguel le dio las gracias al maître por haberlo acompañado y tomó asiento frente a su madre.

La miró con frialdad, sin ni siquiera dirigirle la palabra, cosa que angustió a la mujer. Se removió en su silla, intentando encontrar la mejor manera de llegar a su hijo. Se notaba que no quería saber nada de ella, de hecho, hasta María se lo advirtió cuando accedió a comer con ella. Sabía que Miguel tenía mucho orgullo, y, si a eso se le sumaba el sentirse traicionado por la misma persona que lo trajo al mundo...

—¿Vas a contarme ya eso de lo que tenías tantas ganas de hablar? —preguntó con la voz helada, sin ni siquiera mirarla a la cara.

Virtudes echó su cuerpo hacia adelante, para intentar que la distancia que los separaba no fuese tan grande. Apoyó las manos encima de la mesa y entrelazó los dedos a modo de oración.

—Hijo mío, necesito explicarte todo lo que pasó.

—¿Y por qué piensas que me interesa conocer ahora lo que tienes que decirme? —ladró, intentando no alzar mucho la voz, pues estaban rodeados de gente y no quería armar un espectáculo.

—Porque, lo que voy a contarte, es tu historia —le explicó con necesidad de que dejase de mirarla como si fuese una asesina.

Miguel no pudo evitar darse cuenta de que su madre tenía unas enormes ojeras oscureciendo sus ojos. Se la notaba más pálida y desmejorada, signo inequívoco de la preocupación por dicho tema. Sin embargo, el odio acumulado por dentro, no le permitía tener compasión.

—¡Si quieres decirme algo, empieza, antes de que me canse y decida largarme! —Cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó la espalda en la silla. Alzó la cara, con orgullo, y miró a su madre, que se retorció las manos, nerviosa.

—Hace treinta y seis años, Isidro y yo empezamos a tener problemas conyugales —relató con la voz temblorosa—. Tenía que trabajar en una fábrica, tener la casa limpia y ocuparme de dos niños pequeños que consumían todo mi tiempo restante. No recibía ayuda ninguna de mi marido, aunque, en esos tiempos, ninguna mujer la tenía. —Negó con la cabeza y prosiguió—. Ya conocías a Isidro. Tenía un carácter serio y osco, apenas hablaba con nadie y yo me sentía muy sola.

—¿Y qué tiene que ver tu vida conyugal conmigo? —la interrumpió, perdiendo la paciencia por segundos.

—Deja que me explique, Miguel, por favor —lo regañó. Al ver que él volvía a guardar silencio, siguió relatando—: Por aquel entonces, Isidro apenas pasaba tiempo en casa. Cuando terminaba con el trabajo en la finca, se iba con sus amigos al bar y no llegaba hasta altas horas de la noche. Uno de esos días, llegó a mis oídos el rumor de que se estaba viendo con una mujer casada, una señora de clase alta que vivía por Chamberí. Al principio no lo creí, pero el día que vi una foto de ellos juntos, mi mundo se desmoronó. No conseguía levantar cabeza, ni siquiera tus hermanos, con sus travesuras y sus ocurrencias, lograban sacarme de aquella depresión. —Frunció los labios al recordar aquella época de su vida—. Todo continuó igual un año, quizás más, hasta que tu tío Carlos, el hermano pequeño de tu padre, regresó de América para pasar una temporada con su familia. Siempre me llevé bien con él, era un hombre amable, cariñoso y hablador; todo lo contrario que mi esposo. —Miguel asintió, recordaba el carácter de Carlos. Cuando fue a Miami, le cogió mucho cariño, pues lo trataba como a un hijo. Y ahora sabía por qué—. Notó mi malestar, se dio cuenta de que, en casa, las cosas no andaban bien y me dio su apoyo. Venía cada día a verme, jugaba con tus hermanos, charlábamos durante horas. Poco a poco, y sin pretenderlo, me enamoré de él. Y a él le

ocurrió lo mismo conmigo. Sabíamos que aquello no estaba bien, pues estábamos engañando a su propio hermano, sin embargo, después de todo lo que llegué a aguantar por su parte, no me importó lo más mínimo traicionar a Isidro.

—Y de esa relación, llegué yo —concluyó Miguel, con seriedad.

Su madre asintió con la cabeza y continuó su relato.

—El día que me enteré de que estaba encinta, quise morir. No dejaba de pensar en que Isidro nos mataría a los dos, por haberle hecho eso. Carlos me propuso marcharme con él a Miami, comenzar una nueva vida juntos en Florida. Pero, con todo el dolor de mi corazón, lo rechacé. Yo estaba casada, había jurado ante Dios que permanecería con mi marido hasta la muerte, y así debía ser. Además, si intentaba salir del país con los niños y sin el permiso de mi marido, me podían haber arrestado.

—¿Entonces se lo contaste todo?

—Sí, se lo confesamos una noche, cuando llegó a casa de ver a su amante. —Virtudes frunció el ceño y negó con la cabeza, recordando aquel momento—. No te puedes ni imaginar cómo se puso al saber la noticia. Rompió muebles, tiró la vajilla, despertó a tus hermanos, que dormían en sus camitas. Golpeó a Carlos y lo echó de casa, le prohibió volver a pisar el mismo suelo que él. —Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas—. No volví a verlo nunca.

Miguel se hizo hacia adelante y apretó los labios.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Por qué jamás me contaste la verdad, mamá? —la interrogó con dolor en la voz.

—Esa fue la única condición que me puso mi esposo. Para él, el qué dirían de nosotros las demás personas, si se enteraban de lo ocurrido, era lo más importante. Me permitió quedarme con el bebé fruto de mi adulterio, pero nadie debía saber que no eras hijo suyo.

—Por eso jamás me quiso, ¿verdad? Por ese motivo me trataba con tanta exigencia, tan diferente de mis hermanos —comentó Miguel, llegando a la conclusión.

Su madre asintió, con la pena dibujada en el rostro. Cogió las manos de su hijo y las apretó, intentando que la comprendiese.

—Jamás fue mi intención engañarte, Miguel. ¡No tuve elección! Si me hubiese negado a sus exigencias, te habría separado de mí, ¡sé que lo hubiese hecho! Isidro no era un mal hombre, jamás me puso una mano encima, pero, odiaba que le llevase la contraria. Era mi marido, pasé mucho tiempo a su

lado y, después de todo, lo quería —Se frotó la frente, pues comenzaba a dolerle la cabeza por los nervios contenidos—. Yo, lo único que quiero es que me perdones. Quiero que vuelva mi hijo.

Miguel se quedó mirándola con fijeza. Aquella historia no se la hubiese esperado jamás. Creía a su madre, la conocía y sabía que quería lo mejor para sus hijos. Sin embargo, su orgullo y confianza estaban heridos.

—Si no te importa, necesito pensar sobre el tema.

Sara y Beatriz se encontraban trabajando en la floristería. Ese día, apenas había clientes pues, nadie quería salir de casa con semejante calor. Las dos amigas aprovechaban el tiempo limpiando y acabando el par de ramos que tenían encargados.

Últimamente, y por culpa del verano, los encargos flojeaban, así que Sara podía pasar más tiempo en casa, con Pablo.

Al terminar de cortar un trozo de tallo a una rosa, observó su creación y asintió.

—¿Qué te parece cómo ha quedado, Bea? —le pidió opinión.

Su amiga, dejó la escoba a un lado y le sonrió.

—Precioso, tienes un don para las flores. Ahora entiendo por qué tienes tantos encargos. —La alabó, guiñándole un ojo.

Sara metió a la cámara frigorífica el ramo y se quitó el delantal que usaba para manipular las flores. Cogió un trapo y ayudó a Beatriz a terminar de limpiar la tienda. Su amiga la miró de reojo y dejó de barrer.

—Oye, Sara, ¿sabes algo de Miguel?

Ella, al escuchar su nombre, no pudo evitar sonreír. Llevaba dos días sin verlo, pues acababa muy tarde en la tienda, pero cada noche, sin falta, recibía un mensaje suyo diciendo que la echaba de menos. Sabía que no debía emocionarse demasiado por ello, sin embargo, el saber que pensaba en ella, le encantaba.

—Lo vi el domingo, cuando terminamos de tomar café con Carolina.

—No piensas hacerme caso, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Nada, nada... —Suspiró sin ganas de repetirle lo mismo de siempre—. Solo te pido que lleves cuidado, no quiero que lo vuelvas a pasar mal.

—No lo voy a pasar mal. Lo que tengo con él es sexual, simplemente eso.

—Y él estará encantado, ¿no? —alzó las cejas, pensando en la reacción del ex novio de su amiga.

Sara se encogió de hombros y frunció el ceño.

—Pues, él... No deja de repetirme que quiere que volvamos a tener lo de antes. Aunque yo no le dejo de repetir que eso no va a pasar.

Beatriz abrió la boca, asombrada. Se acercó a Sara y le agarró el brazo.

—Espera, espera, espera... Te acuestas con él, le dices que quieres una relación basada en el sexo, sin compromisos, que es con lo que sueña cualquier tío... y, ¿él quiere que vayáis en serio?

Sara rio por la cara que puso Beatriz.

—Sí, es de locos, ¿verdad? —Sonrió sin quererlo, al pensar en él—. Dice que va a conseguir convencerme para que me comprometa con él, que va a arreglar el error que cometió hace diez años.

—¿Te ha dicho que te quiere? —la interrogó, muy interesada.

—¿Qué? ¡No! —se carcajeó Sara, como si su amiga se hubiese vuelto completamente loca—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Joder, Sara, pues, ¡porque parece que va en serio de verdad! Ya ha conseguido el sexo contigo, no hay razón que te diga eso del compromiso si de verdad no lo sintiese.

—¡No digas tonterías, Bea!

—No son tonterías —añadió, intentando que Sara le prestase atención—. ¿Y si dice la verdad? ¿Y si realmente se equivocó, y ahora se arrepiente?

—Vamos a ver, llevas diciéndome más de un mes que no me acerque a él, ¿a qué viene esto ahora?

—Pues, viene a que, quizás, lo he juzgado mal.

Sara resopló y dio media vuelta. Su amiga había perdido la cabeza.

—Mira, ¿sabes una cosa? —preguntó desde el otro extremo de la tienda—. No quiero pensar más en ello. Lo que tengo con Miguel es sexo, punto. En el pasado lo pasé fatal y ahora que lo he superado, no voy a volver a caer. —Acabó de hablar y asintió con la cabeza. ¡Era su decisión y no había más que decir! Lo suyo con Miguel no podía ser, aunque se derritiese cada vez que lo veía, aunque se pasase la mayor parte del día pensando en él y aunque supiese que era el hombre más perfecto del mundo y que no había ninguno que la hiciese sentir igual. Seguiría como hasta ahora. Follarían, lo pasarían

bien y san se acabó. ¡Su cabeza lo tenía muy claro! Sin embargo, esa parte de su corazón que se empeñaba en no escuchar, por cabezonería, le gritaba otra cosa. Decidida a no pensar, cambió de tema—. Y, Bea, a ver si terminamos pronto, porque esta noche he quedado con Felipe para cenar.

Beatriz abrió los ojos, alucinada. Se puso una mano en la frente, a lo militar y juntó las piernas.

—¡Sí, mi capitana! —rió por su ocurrencia y no pudo hacer otra cosa más que apreciar el cambio que se había producido en Sara esos últimos meses. De ser una persona casi ermitaña, a soltarse la melena de esa manera. Cruzó los brazos sobre el pecho y le sonrió, con cariño—. Ay, Sarita, quién te ha visto y quién te ve.

Ya en casa, estuvo jugando un rato con Pablo, ayudándole a que hiciese el cuadernillo de vacaciones y peleando para que se diese una ducha.

A las diez, ya se había quedado dormido en el sofá. Aprovechó para cambiarse, pues su cita con Felipe comenzaría en una media hora. Si tenía que ser sincera consigo misma, le apetecía más ver a cierto hombre que la volvía loca cada vez que le sonreía, pero se obligó a sacárselo de la cabeza y salir con el otro. ¡Iba a pasárselo bien! Felipe era un hombre fantástico y se divertía mucho en su compañía.

Cuando estaba terminando de atarse las sandalias, el timbre de casa sonó, fue a abrir y se encontró con su cita. Sara abrió los ojos, asombrada.

—¡Hola! ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó alucinada al velo en casa, pues habían quedado en un restaurante que había a varias manzanas.

Él sonrió y se acercó para darle un ligero beso en los labios.

—Es que acabé antes y decidí recogerte.

—Am... vale... —comentó asintiendo con la cabeza—. Pasa, puedes esperar dentro, tengo que acabar de arreglarme.

Condujo a Felipe hasta el salón, donde su madre ignoraba la televisión mientras escribía a su novio por el móvil. Al verlos entrar, dejó el aparato a un lado y les sonrió con extrañeza.

—Mamá, este es Felipe.

Él se adelantó y le dio un par de besos.

—Encantado.

Sara señaló hacia el sofá y lo animó a sentarse mientras ella terminaba.

Regresó a su habitación si tener claro si le había gustado, o no, que se tomase la libertad de ir por ella a su casa.

Sin pensar demasiado en ello, se peinó. Decidió hacerse un semi recogido, pues no le apetecía tener el pelo por la cara. Se puso un poco de rímel y destapó la barra de labios. Cuando fue a pintarse, la puerta de casa volvió a sonar.

Resoplando, fue a abrir. ¿Quién cojones sería ahora? ¿Es que la gente no tenía casa?

Al abrir la puerta y ver a la persona que esperaba apoyada en el marco, sus piernas temblaron. Frente a ella, estaba Miguel. Sara se quedó sin poder articular palabra. Estaba tan guapo... Llevaba unos pantalones vaqueros que se ajustaban a la perfección a sus fuertes piernas, una camisa negra y, en una mano, una rosa roja.

Él dio un paso en su dirección, la cogió por la cintura y la besó con ardor.

Sara tuvo que agarrarse a su camisa, pues sintió que todo comenzaba a darle vueltas. Se separaron con las respiraciones alteradas. Ella se recolocó la blusa y tomó aire.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí?

—Vengo para invitarte a cenar. —Alzó el brazo y le dio la rosa—. No te imaginas las ganas que tenía de verte, Sara.

La miró con intensidad y el corazón de ella golpeteó contra su caja torácica. Bajó la mirada al suelo, se humedeció los labios y fijó la vista en los ojos de él.

—Miguel... esta noche no podemos salir.

—¿Por? ¿Le pasa algo a Pablo? —preguntó frunciendo el ceño, preocupado por el niño.

—¡No, no! Mi hijo está bien, se quedó dormido hace un rato. Pero...

Apenas pudo acabar la frase, pues unas pisadas provenientes del salón los hizo mirar hacia allí. Felipe caminaba en su dirección.

—¿Estas lista para que nos vayamos?

Sara miró a Miguel, que no le quitaba los ojos de encima al otro hombre, lo hacía con seriedad y con cautela.

—Miguel, este es Felipe —le informó Sara, sintiéndose algo violenta—. Voy a salir con él esta noche.

—¿Vas a salir con él? —la interrogó, con el ceño fruncido y una mueca de hastío en el rostro.

Miguel volvió a mirar al otro hombre. Era alto, moreno, apuesto... y miraba a Sara del mismo modo que el lobo miraba a Caperucita. Sin perder ni un momento, la cogió de la mano y tiró de ella, hacia la cocina.

—Discúlpalos un momento, Felipe —se dirigió Miguel a él, con voz autoritaria—. Tengo que comentarle una cosa a Sara.

Al llegar a la cocina, Miguel cerró la puerta y la miró, con el ceño fruncido. Ella, soltó su mano de un estirón y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Se puede saber a qué viene todo esto?

—¡Eso mismo podría preguntarte yo! —Señaló hacia el pasillo, donde esperaba Felipe y entrecerró los ojos—. ¿Vas a salir con ese?

—Pues sí, voy a salir con ese. Y se llama Felipe, por si se te ha olvidado.

—¿Y por qué?

—Pues porque me invitó y acepté —contestó ella, con chulería—. Las citas funcionan así, ¿no?

—¿Él es el hombre con el que estabas empezando a salir?

—¡Sí, Miguel, es él! ¿Qué problema tienes?

Él dio media vuelta, se mesó el cabello, intentado tranquilizarse, y se giró de nuevo, para contestarle a Sara.

—¡El problema que tengo, es que mi chica se va a ir con un baboso a cenar!

Sara rio al escucharlo, negó con la cabeza y lo señaló con el dedo índice.

—¡Te estás olvidando de una cosa! ¡Yo no soy nada tuyo!

—¡Estamos arreglando nuestra relación!

—¡No estoy arreglando nada contigo! A ver si te queda claro de una puta vez, que lo nuestro solo es sexo, nada más —argumentó con enfado.

—¡No, no lo es! ¡Lo que sentimos es algo mucho más fuerte que todo eso! —gritó Miguel, que ya no aguantaba más—. ¿Por qué te empeñas en negarlo?

—¡Yo no me estoy empeñando en nada, eres tú, el que se ha montado un cuento con final feliz! ¡Y eso, no va a suceder!

Miguel se quedó en silencio, dolido por las palabras de ella. Apretó los puños y asintió con la cabeza.

—Pues, ya me doy por enterado, gracias por aclararme nuestra situación.

Sin decir ni una palabra más, abrió la puerta de la cocina y caminó por el pasillo, directo a la salida. El otro hombre esperaba donde lo habían dejado,

con cara de pocos amigos.

Miguel, al llegar a su lado, lo saludó con un movimiento de cabeza.

—Un placer conocerte, Felipe.

—Lo mismo digo —contestó el susodicho con seriedad.

Cerró la puerta sin titubeos y abandonó la vivienda.

Sara, se reunió con Felipe en el pasillo, intentó sonreírle, obviando el mar de nervios en el que se había convertido su estómago. Los ánimos de salir se habían esfumado por completo. La discusión con Miguel, la había dejado tocada. Sin embargo, ese hombre la estaba esperando para ir a cenar.

—Bueno, ¿nos vamos? —preguntó ella, forzando una sonrisa.

Felipe frunció el ceño y señaló hacia la puerta, por donde se acababa de marchar Miguel.

—¿A qué ha venido todo esto?

—Nada, no ha venido a nada... —disimuló intentando quitarle hierro al asunto—. No te preocupes. Vámonos.

Cenaron sintiendo la tensión en el ambiente. Los pocos temas de conversación que surgieron, fueron por Felipe. Intentó que la noche fluyese como en las otras ocasiones, sin embargo, Sara parecía encontrarse muy lejos de allí. Comía poco, se distraía con cualquier cosa y parecía que apenas seguía el hilo de sus palabras.

—Y, entonces, llamé a Carolina para preguntarle cómo se encontraba después de lo de Diego, y me dijo que iba a reformar su casa ella sola —dijo él, con una gran sonrisa en los labios—. ¿Qué te parece, Sara?

Ella no despegó la mirada de su plato. Removía el contenido que había en él, sin intención de llevárselo a la boca. No podía dejar de recordar las palabras de Miguel. ¡Había ido a su casa a por ella! ¡Le trajo una preciosa rosa y quería que fueran a cenar juntos!

—¡Sara!

Alzó la cabeza de golpe, volviendo a la realidad.

—Sí, sí... lo que tú digas —dijo, sin saber si quiera de lo iba la conversación.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—A mí, nada, qué tontería —rio, cogiendo su vaso de vino dando un gran trago, para disimular.

—No has prestado atención a nada de lo que he dicho hasta ahora, ¿verdad?

—Sí, sí que lo he hecho —mintió.

Felipe negó con la cabeza y suspiró.

—No, te conozco y estás así desde que ha llegado a tu casa ese hombre.

Ella se llevó las manos a la cara y se tapó los ojos, mientras se mordía el labio inferior.

—¡Ay, es que, el padre de mi hijo me confunde, y...

—¿El tal Miguel es el padre de Pablo? —la interrogó con la mandíbula desencajada.

Sara se dio cuenta de que había hablado más de lo que hubiese debido. ¡Le había confesado, sin querer, a Felipe la verdad!

—Sí, bueno, pero...

—¿Ese fue el hombre que te abandonó y te dejó embarazada, sola? —Sara se sorprendió al escuchar eso. Jamás le contó nada al respecto sobre su relación con Miguel. Felipe, al ver su reacción, se explicó—: Me lo comentaron tus amigas, antes de conocerte, me dijeron que lo habías pasado muy mal por culpa de él. —Apretó la mandíbula y cruzó los brazos sobre el pecho—. ¡Si llego a saber antes quién era, le hubiese dicho un par de cosas a ese desgraciado!

Sus amigas habían querido protegerla, sin embargo, no le dijeron a Felipe que la que había querido tener al niño, sin decirle nada a Miguel, había sido ella.

Cansada de hablar de ello, y sin ganas de aclarar aquel error, intentó quitarle hierro al asunto:

—Mira, vamos a cambiar de tema, por favor. Esta noche, no quiero pensar en nada que me altere.

Felipe aceptó a regañadientes.

Intentaron continuar la cena por donde la habían dejado. Sara se esforzó por centrar su atención en él. Habló, sonrió y cenó lo que su estómago le permitió. Sin embargo, Felipe seguía notando ese cambio en ella. Ya no coqueteaban, no reía como siempre, se la veía más distante, incluso, no le permitió darle un beso de buenas noches cuando la acompañó a casa.

Miguel dejó a su sobrina en el suelo y sonrió al verla correr hacia los juguetes, esparcidos por todo el salón de su hermana. La niña se sentó junto a su hermanito, que le pasaba apenas un año y medio, y comenzaron a jugar juntos.

Cogió entre las manos la taza de café que le preparó María y se la llevó a la boca, apurando el contenido. Al acabar miró a su hermana, que contemplaba a los niños, y sonrió.

—Sigue pareciéndome raro verte convertida en madre.

—Claro —se carcajeó ella—. Te fuiste a Miami cuando todavía no tenía ni pareja. Es normal que te cueste asimilar que nos hemos hecho adultos.

—Tú siempre fuiste una adulta metida en el cuerpo de una jovencita. Tan buena y responsable...

—Tenía que contrarrestar a los terremotos de mis hermanos —comentó con diversión—. Si hubiera sido por vosotros, a mamá le hubiese dado un ataque de nervios por todas las travesuras que hacíais.

—No éramos tan malos —dijo Miguel, negando con la cabeza, recordando aquella época de niñez.

María apoyó la cara sobre una mano, suspiró y se concentró en Miguel, que había vuelto a desviar la vista hacia los niños.

—¿Qué tal fue con mamá?

—¿No has hablado con ella todavía? —preguntó él, pues sabía la estrecha relación de ellas dos.

—Sí que hemos hablado, pero quiero que me respondas tú. Quiero saber, cómo te sientes.

Él se mordió el labio inferior y se encogió de hombros.

—Me va a llevar un tiempo digerir todo lo que ha pasado.

—Sabes que ella hizo lo que creyó mejor para ti —argumentó, para hacerle ver a su hermano que, en aquella historia eran dos víctimas.

—Lo sé, María. —La tranquilizó con una débil sonrisa—. Y, ya no estoy enfadado con ella.

—Entonces, ¿por qué no vas a verla?

—Porque necesito tiempo. Yo he tenido que comprender sus motivos para tenerme engañado todos estos años, así que ella también debe intentar comprender los míos.

María asintió, respetando la decisión de Miguel de mantenerse alejado durante un tiempo de ella. Fue un shock para todos, jamás se hubiese esperado una cosa semejante, así que entendía que el principal afectado todavía no se encontrase en condiciones para actuar como si nada.

Miguel tenía ojeras, se notaba en su aspecto que le faltaban horas de sueño.

—Y, si me acabas de decir que ya perdonaste a mamá, ¿por qué tienes pinta de no haber dormido en una semana?

Él apretó la mandíbula y frunció el ceño al recordar la discusión de la pasada noche.

—He peleado con Sara.

—¿Con Sara? —preguntó ella con una exaltación—. ¡Miguel, ya te dije que la dejases en paz! ¡Sara lo pasó muy mal!

—¿Y yo no, María? —alzó la voz—. Me di cuenta muy tarde de mi error y perdí a la mujer de mi vida.

—¿Qué has hecho para que Sara se enfade?

Miguel se echó hacia atrás en su silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—A lo largo de estos dos meses, hemos tenido un acercamiento.

—¿Cómo que un acercamiento? ¿Habéis vuelto? —dijo ella, muy asombrada.

—Hemos pasado varias noches juntos —le confesó, con la mirada fija en los motivos florales del mantel—. No he dejado de intentar que me perdone, de decirle que quiero que lo nuestro sea como lo era antes... pero ella se empeña de tachar nuestra historia como un simple rollo.

—Es normal que le dé miedo comprometerse contigo, después de todo, le fallaste.

—¡Ya no sé de qué forma disculparme! —exclamó frustrado—. Está conociendo a otro hombre, cuando los dos sabemos que sentimos algo muy fuerte el uno por el otro.

—Miguel, ella está en otro punto de su vida: tiene responsabilidades, tiene un niño al que cuidar.

—¡Lo sé, y no me importa! Es un niño fantástico, educado, inteligente...

María se quedó sin nada que decir. Su hermano parecía tenerlo todo muy claro, más de lo que lo tuvo jamás. Desde que conoció a Sara, catorce años

atrás, su corazón le había pertenecido.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?

—Nada —expresó sin más—. Ayer me dejó muy claro que lo significo para ella.

Su casa parecía una jungla. Los muebles amontonados en el pasillo, tapados con sábanas, las cortinas arrugadas, metidas en un bolsa que iría a parar a la basura, y el suelo empapelado.

Carolina miró los botes de pintura que había comprado esa misma mañana, junto con las brochas que necesitaba para poder comenzar a pintar.

Llevaba más de una hora mirando las paredes, sin atreverse a empezar. Cada vez que se decidía, la invadía la ansiedad y el desasosiego por miedo al cambio. Sin embargo, poco después se volvía a convencer de que era algo indispensable para poder seguir adelante. Quizás, para el resto del mundo, pudiese parecer que era una tontería lo que se proponía, pues el desamor no se curaba cambiando el color de las paredes de casa, pero, para ella, era un nuevo comienzo.

En la tienda de pintura, se decidió por un verde pistacho para el salón. El verde era el color de la esperanza y, eso es lo que necesitaba ahora mismo, esperanza e ilusión.

Sin querer pensarlo más, destapó el bote y hundió la brocha en él. Cerró los ojos, no queriendo ver lo que hacía y dio el primer brochazo a la pared.

Cuando los abrió y miró el manchurrón que había quedado en la pared, se llevó la mano a los labios. El verde pistacho, que en un principio le pareció precioso, era, en realidad, feísimo. Muy llamativo, chillón e incluso molestaba a la vista. Desencantada, sintió que volvía a derrumbarse. Con la brocha, aporreó la pared, dejando manchas verdes por toda ella.

Se dejó caer al suelo, de rodillas y alzó la mirada para ver una vez más el desastre que había armado.

Unas enormes ganas de llorar la poseyeron. Pensó en Diego. Él jamás le hubiese dejado hacer semejante desastre, él era más responsable, más práctico. Lo echaba mucho de menos.

—¿Por qué no me quieres? —susurró para sí misma.

Estaba dispuesta dejarlo todo y tirarse en la cama para compadecerse, pero el sonido del timbre de casa la hizo reaccionar. Se levantó a toda prisa y corrió hacia allá, con la esperanza de que fuese su ex marido que regresaba porque la echaba de menos, que viniese arrepentido y arrastrándose. Siempre se aferraba a esa esperanza. Diego regresaría con ella, volverían a ser felices y aquello quedaría en una simple anécdota.

Se peinó un poco con los dedos y se pellizó las mejillas.

Al abrir la puerta, la sonrisa desapareció de sus labios. Aquel no era Diego, sino Felipe.

El compañero de trabajo de su ex marido dio un paso hacia adelante.

—Hola, Carolina.

—Ah, hola, ¿cómo estás? —preguntó desencantada.

—Yo, muy bien. He decidido aceptar tu oferta. —Le sonrió.

Ella frunció el ceño. No recordaba haberle ofrecido nada.

—¿Qué oferta?

—Me dijiste, por teléfono, que necesitabas un par de manos más.

—¿Vienes a ayudar? —preguntó, enarcando las cejas. Miró sus pantalones chinos, de color claro, y su camisa blanca—. ¿Así vestido?

—No tengo otra cosa.

Carolina lo hizo pasar y cerró la puerta tras de sí.

—Pues, creo que llegas un poco tarde, lo iba a dejar.

—¿Por qué?

Ella señaló hacia el comedor y lo animó a pasar.

—Míralo por ti mismo.

Felipe esquivó los muebles del pasillo y se adentró en la estancia señalada. Al fijarse la pared, manchada por un color verde imposible de mirar más de dos segundos seguidos, sin que se le derritiesen los ojos, tuvo que reprimir una carcajada.

—Esto... es un color muy...

—Muy feo, dilo, no pasa nada —admitió Carolina, acabando la frase por él.

—Es único, no se lo había visto a nadie.

—¡Porque es horrible!

Felipe se quedó mudo, pues no había nada bueno que decir de él.

—Vale, es verdad, es más feo que el pelo de Trump.

Al escuchar aquello, Carolina tuvo que echarse a reír. Se quedó mirando la pared y suspiró.

—Pues, nada, muchas gracias por tu ayuda, pero no creo que siga.

—¿Y por qué no? Quizás, cuando terminemos y la pintura seque... se vea mejor.

—¿Tú crees?

—No lo sé —admitió—. Pero, podemos intentarlo.

Carolina lo miró, sopesando sus palabras, y asintió. Total, ¿qué podía perder?

Estuvieron pintando casi dos horas seguidas. Felipe amenizaba el trabajo con curiosidades y anécdotas sobre su vida, que la hacían reír y conseguían que se relajase.

Al terminar, tenían pintura hasta por dentro de la nariz.

Estudiaron su obra de arte y alzaron las cejas.

—¿Qué te parece? —preguntó Felipe, sin querer ser el primero en dar su opinión.

Carolina negó con la cabeza, dio una vuelta sobre sí misma y se humedeció los labios.

—¡Parece que estoy dentro de un kiwi, es horrible!

Al escuchar aquella contestación, Felipe rompió a reír, contagiándola. Acabaron sentados en el suelo, sin dejar de mirar aquel desastre verde que habían armado entre los dos. Estuvieron en silencio más de diez minutos. Carolina se levantó y caminó hasta la cocina para coger una botella de vino. Al verla llegar, Felipe se extrañó.

—¿Celebramos algo?

—Sí. —Le dio una copa y le sirvió un poco en ella—. Vamos a brindar por los nuevos comienzos.

—¿Aunque sean desastrosos? —preguntó señalando a su alrededor.

—Aunque sean una porquería. Porque, al fin y al cabo, se tiene que empezar por algo.

Chocaron sus copas y bebieron de ellas, todavía sentados sobre el papel del suelo.

—¿Tú cómo sigues? —se interesó él.

Carolina se encogió de hombros.

—Yo voy a ratos. A veces parece que lo voy superando y... otras me da la sensación de que todavía sigo como al principio.

—Tienes que salir —le aconsejó—. Apoyarte en tus amigos.

—Sí, lo sé. Beatriz y Sara no dejan de repetirme lo mismo. —Bebió otro trago de vino y se quedó pensando un momento—. ¿Y lo tuyo con Sara? ¿Va

hacia adelante?

Felipe se encogió de hombros.

—Al principio parecía ir todo bien, la situación fluía y era muy divertido. Pero... ayer me dio la sensación de que Sara no está preparada.

—Es muy indecisa, tendrás que tener paciencia.

—No sé yo si es paciencia lo que necesito —rio con melancolía—. Tu amiga me gusta mucho, sin embargo, me llega a confundir con sus acciones.

—Sara es así.

—Qué le voy a hacer... Vosotras, las chicas guapas, no estáis hechas para mí. Creo que acabaré con un cardo borriquero con bigote y el pelo frito.

Carolina estalló en carcajadas y dio un pequeño empujón a su acompañante.

—No todas las mujeres guapas son así.

—¿Son? ¿Tú no te incluyes dentro de las mujeres guapas?

—No, yo no lo soy —sonrió ella, convencida.

—Pues, a mí me lo pareces. Eres preciosa, Carolina —la alabó con sinceridad—. Lo único que te falta, es darte cuenta de lo que vales y dejar atrás la mala experiencia con ese hombre que no supo valorarte.

Sara se sentía mal.

Desde la discusión con Miguel en su casa, no había podido dejar de pensar en él durante los siguientes dos días. Se sentía frustrada, pues, por más que intentaba alejarlo de sus pensamientos, no lo conseguía. Recordaba sus palabras a la perfección, las tenía como marcadas a fuego en el cerebro. Ni siquiera en la cena con Felipe, después de asegurarle de que intentaría desconectar de lo que había pasado, logró hacerlo. Su pensamiento regresaba una y otra vez a él. ¡Miguel, Miguel, Miguel! Miguel cuando le sonreía, Miguel cuando la besaba, Miguel cuando le hacía el amor de esa forma que la volvía loca, Miguel cuando le aseguraba que la vida sin ella no era nada.

Dejó el ramo de flores, que tenía a medio decorar, y se sentó en la silla que había frente a la ventana trasera de su negocio.

¿Qué le estaba pasando? ¿Qué le estaba ocurriendo por dentro para sentirse de ese modo? ¡Se prometió no caer, no volver a repetir su error con él! Puso de su parte, intentó tomárselo como algo superfluo, como algo insignificante, cuando, en el fondo, sabía que jamás podría ser así. No debió de haberse acercado a él, ¡no debió hacerlo! Sin embargo, había vuelto a caer en los brazos de Miguel.

La noche que cenó con Felipe, se dio cuenta de que no le apetecía seguir en aquel lugar con él, sino en cualquier otro con el padre de su hijo.

Se había estado auto engañando durante todo ese tiempo. Sentía tantas cosas por él...

Recordó la pelea que tuvieron en su casa. Le dijo que solo lo veía como a un rollo de una noche, que lo suyo simplemente era sexo, que no había nada más. ¿Y por qué lo hizo? Pues porque se sentía frustrada. ¡Frustrada por sentir que se le salía el corazón cuando lo tenía delante, frustrada porque con cada beso, le demostraba lo equivocada que estaba, y frustrada por querer odiarle y no poder.

En el pasado, se enamoró con toda su alma de Miguel. Cuando la dejó para irse a Miami, se convenció de que lo podría olvidar, sin embargo, había descubierto que los sentimientos que tenía entonces eran muy parecidos a los de ahora.

No se atrevía a llamarlo amor, pues eso la aterraba, pero sabía que jamás habría en su vida nadie que la hiciese sentir como él.

Cerró los ojos con fuerza y apoyó su cabeza entre las manos.

Miguel se fue de casa muy enfadado y, seguramente, no quería saber más de ella. ¡Y no era para menos! Se había ido a cenar con otro hombre, delante de sus narices, después de decirle que no era nada en su vida más que sexo.

Miró su reloj de muñeca y comprobó que eran las cinco de la tarde. Todavía le quedaban unas cuantas horas para cerrar y poder salir de allí.

Necesitaba disculparse con él, que la perdonase.

Llevaba toda la mañana dándole vueltas al tema y cada vez estaba más decidida a ir a su casa para verlo.

Tenía razón, siempre tuvo razón. Las personas se equivocaban, cometían errores. Miguel lo cometió hace diez años, marcó sus vidas por una mala decisión, ¡pero se arrepentía! Regresó por ella y se volvió a marchar cuando pensó que el bebé que portaba en el vientre, era de otro. Ahora, había decidido enmendar su error y... ¡creía en él! ¡Claro que lo hacía! Lo conocía muy bien, se le notaba en la cara decía cuando algo con el corazón, y estaba

segura de que los sentimientos hacia ella eran reales. No había dejado de demostrárselo ni un solo día, desde que se volvieron a encontrar.

Cada vez más decidida, cogió su teléfono móvil. Se lo puso al oído y esperó a que la persona a quien telefoneaba decidiese contestar.

—¿Sara? ¿Ocurre algo? —contestó al fin.

—Bea, ¿estás ocupada?

—Ahora mismo no, ¿qué necesitas? —preguntó su amiga, de inmediato.

—Que vengas a la tienda en cuanto puedas y te quedes hasta la hora del cierre.

—Claro que voy, en diez minutos estoy allí —señaló con decisión—. Pero, ¿ha pasado algo?

—Ven rápido y te cuento.

El taxi la dejó justo en la puerta del edificio de Miguel.

Con el corazón en la mano y los nervios a flor de piel, pensó en lo que le diría cuando lo tuviese delante. No sabía si encontraría las palabras o si se quedaría en blanco nada más verle. Lo único que tenía claro, era que quería estar con él, y que estaba muerta de miedo.

Notando temblor en las piernas, subió por el ascensor hasta el piso de Miguel. En cualquier otra ocasión, hubiese salido corriendo. Sabía que discutirían y que él estaría enfadado con ella, sin embargo, su corazón no la dejaba dar media vuelta.

Estuvo plantada delante de su puerta casi cinco minutos, sin atreverse a pulsar el timbre. Por los ruidos del interior, sabía que se encontraba en casa.

Cerró los ojos con fuerza, suspiró, y timbró.

La puerta se abrió segundos después y, ante ella apareció Miguel, vestido únicamente con unos pantalones vaqueros, sin camiseta ni zapatos. Era una visión de lo más erótica el verlo así, y a Sara se le secó la boca. Era tan irresistible...

Entre los dos se hizo el silencio. Miguel la miraba de arriba abajo, con una expresión seria en el rostro. No la invitó a entrar, ni la saludó siquiera, simplemente se quedó allí, sin abrir la boca.

Sara se humedeció los labios. Había esperado rabia por parte de él, algún que otro comentario mordaz, pero lo que jamás esperó fue ese mutismo.

Decidida, se retorció las manos y tragó saliva.

—Hola, Miguel —lo saludó por fin. Esperó una respuesta por su parte, pero no la hubo. Eso la hizo dudar todavía más, sin embargo, continuó con lo que había ido a hacer—. Yo... he venido porque... lo siento. ¡Lo siento mucho, de verdad! La otra noche no pensaba lo que decía, porque...

Apenas la dejó acabar de hablar. Sin darle tiempo a reaccionar, la cogió por la cintura, la alzó contra su pecho y juntó sus labios en un beso furioso.

Sara sintió alivio.

Entrelazó los brazos a su cuello y respondió con ansias, estrechando sus labios contra los de él.

Él cerró la puerta, sin soltar a Sara, ni dejar de besarla, y la llevó directamente a su habitación. Cayeron en la cama entrelazados, sin poder dejar de tocarse, de acariciarse, como queriendo marcar a fuego sus cuerpos con el roce de sus manos.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Miguel, con ardor.

—A veces, soy muy cabezona.

—No me había dado cuenta —bromeó.

Él sonrió y le mordió el labio inferior, tirando de él de forma sensual. La abrazó con fuerza y juntó sus frentes.

—¿Se acabaron las dudas?

—Ya no hay dudas —respondió ella, besándolo con ternura, mientras sus manos bajaban por su torso y le soltaban los botones de los vaqueros—. Confío en ti.

—Jamás volvería a cometer la locura que hice hace años. Te perdí, pero no pienso pasar otra vez por lo mismo —le aseguró con vehemencia—. Te quiero, Sara.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas. Las palabras de Miguel la emocionaron tan intensamente...

Fundieron de nuevo sus labios en un pasional beso que los catapultó muy alto. Sus respiraciones se convirtieron en jadeos y sus palabras en susurros al oído. Miguel la desnudó con lentitud, disfrutando del cuerpo femenino como nunca lo había hecho. Sara era perfecta, y lo seguiría siendo para él. Ni las estrías por el embarazo, ni el haber perdido un poco de firmeza en el pecho, lo harían cambiar de opinión. Ella era la mujer más hermosa del mundo, y pobre del que dijese lo contrario en su presencia. Le había encantado que ella

misma fuese a su casa para arreglar sus diferencias. Tenía que admitir, que si hubiese tardado un día más, hubiera sido él quien se presentase en su casa, pues el deseo de verla estaba derribando las barreras que se había autoimpuesto.

Ya sin ropa, continuaron dándose placer. Cada jadeo, cada palabra dicha al oído, cada gemido... quedaría grabado en sus cabezas para siempre.

Fundieron sus cuerpos cuando la pasión no les permitió pasar más tiempo separados. Las embestidas de Miguel los hacían subir hacia el cielo. No había nada que pudiese comparársele a ese momento. Era pura magia.

Explotaron en un intenso orgasmo, que los dejó temblorosos y muy satisfechos. Después de casi tres noches sin dormir, Miguel cayó en el suave letargo del sueño, sin dejar de abrazar a Sara, que descansaba apoyada en su hombro.

Al notar que la respiración de Miguel se volvía más tranquila, ella se incorporó para mirarlo. Las facciones fuertes y elegantes de él eran irresistibles, incluso de aquella forma. Le acarició la mejilla, rasposa por la barba de un par de días sin rasurar, lo besó en los labios, con cuidado de no despertarlo, sintiéndose en su hogar. Los brazos de Miguel siempre se lo parecieron, cuando la abrazaba, todos los problemas desaparecían y encontraba la paz.

Feliz, mucho más feliz de lo que lo había sido durante todos estos años, pues se sentía completa, apoyó de nuevo la cabeza en su hombro y sonrió con los ojos cerrados.

Antes de caer también en los brazos del sueño, su boca susurró las palabras que tanto tiempo había evitado repetir.

—Te quiero, Miguel.

La despertó una boca jugueteando con su cuello. Con la sonrisa en los labios, Sara apretó al hombre con el que dormitaba, para poder tenerlo más cerca de su cuerpo. No dijo ni una palabra, sino que se quedó en silencio, disfrutando de las caricias que le prodigaba en su oreja. Su lengua subía y bajaba por el cartílago, alternando aquello con suaves besos y mordiscos. La atención de su amante, volvió a su cuello, logrando que la piel de su cuerpo

se erizase de golpe. Miguel rio al ver el resultado.

—¿Dónde hay que firmar para que me despierten siempre así? — preguntó Sara, todavía con los ojos cerrados.

Los abrió y vislumbró a Miguel a su lado. Le sonreía y jugueteaba con uno de sus pezones con parsimonia. Él acercó su cara y la besó en los labios.

—Prometo darte los despertares más dulces del mundo.

—Um... —Ella estiró los brazos para despejarse y, acto seguido, rodeó a Miguel por el cuello y lo besó con dulzura—. ¿Sabes lo que falta para que sea todo perfecto?

—¿Qué? —preguntó con diversión.

—Algo de comer. —Observó a Miguel con picardía y prosiguió—: Vosotros, los que coméis como damiselas con corsé, no tendréis hambre, pero para las personas normales, hacer el amor es agotador.

Miguel soltó una carcajada y le dio un bocado en el cuello, logrando que Sara gritase por las cosquillas. Se acercó a su oído y le susurró:

—Mira a tu derecha.

Al hacerlo, vio una bandeja con bollos, zumo y un par de piezas de fruta. No pudo menos que abrir la boca por la emoción. Agarró a su chico por el cuello y se fundió con él en un beso fuerte pero tierno.

—Ahora sí que es perfecto.

Tomaron asiento en la cama, uno junto al otro, y colocaron la bandeja sobre sus piernas. Desde donde estaban, podía verse que la tarde caía y dejaba paso a la noche. Sara suspiró, pues sabía que en un rato debería de marcharse a casa. Todavía tenía que mirar unos papeles que le trajo su asesor a la tienda, duchar a Pablo, hacerle la cena y acostarse pronto, para estar fresca al día siguiente.

Mientras bebía un poco de zumo, Sara pensó en todo lo que iba a cambiar su vida de entonces en adelante. La sobrecogía pensar en el cambio, ella no era valiente para esas cosas, lo reconocía. Observó a Miguel, comer en silencio, con la mirada puesta en la ventana, y una sonrisa serena en los labios. Él sí que era valiente. No le dio miedo dejar su país, su gente, ¡todo! Y marcharse, a la aventura, a un lugar que no conocía, para intentar lograr sus sueños.

—¿Qué vas a hacer con tu carrera como periodista ahora que has vuelto a España? —le preguntó, con curiosidad.

Miguel fijó sus ojos en los de Sara, y la besó en los labios, sin poder aguantar las ganas.

—Cuando pase el verano, iré a varias cadenas y dejaré mi currículum y hojas de recomendaciones. Con mi historial, no será difícil que alguna se fije en mí —comentó, con seguridad.

—Seguro que, después de estar trabajando en Miami, esto de aquí te parecerá bajar de nivel.

—No lo creo —sonrió, mientras negaba con la cabeza—, allí, muchas veces, me sentía encerrado. Yo era la cara que daba las noticias todos los días, en el informativo de la tarde. Mi vida eran los platós de televisión. Pero, lo que más me gusta, es la calle, buscar la noticia y correr tras ella. —Se humedeció los labios y continuó—: En Miami, tenía fama y el dinero no era un problema, sin embargo, profesionalmente, no me sentía realizado.

Sara pensó en su vida en Florida. Lo imaginaba vistiendo elegante, frente a las cámaras, rodeado de lujos y de chicas preciosas deseosas de acostarse con él.

—¿Cómo era tu mujer?

Él frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Belinda siempre ha sido una persona movida por el interés.

—¿Era guapa?

—Sí, era guapa —admitió—, pero, una vez que llegabas a conocerla bien, te dabas cuenta de que era solo cáscara, pues en el interior no había nada, solamente ansias de escalar y ser reconocida.

—Algo tuviste que ver en ella, ¿no? —preguntó Sara, celosa de la ex mujer de Miguel.

—Lo que vi fue compañía —admitió—. Aunque el mundo de la televisión pueda parecer, desde fuera, un lugar donde no acaba la diversión, la verdad es muy distinta —le explicó—. Cuando la conocí, me pareció que una chica tan bonita como Belinda, y tan interesada en mí, sería lo que necesitaba. Pero, fue un gran error. Yo no la quería y ella estuvo conmigo hasta que encontró a otro, con más dinero y más famoso, del que poder aprovecharse.

—¿Se fue con otro? —le preguntó sin poder creer lo que oía. A Sara, le parecía imposible que alguien quisiese cambiar a Miguel, pues, para ella, no había mejor hombre que él.

—Sí —se rio de la cara de ella—. Me llamó mi tío avisándome de la noticia. La pillaron en el coche de mi sustituto en el canal. Y no estaban escuchando música, precisamente.

—¿Tu tío? ¿El hombre que ha resultado ser tu padre?

—Sí, el mismo. No me acostumbro a llamarlo así, quizás con el tiempo...

—se explicó.

Sara asintió, comprendiéndolo a la perfección. Tenía que haber sido un palo para él enterarse de semejante cosa. Lo abrazó y besó en los labios, con ternura. Se quedó con la cabeza apoyada en su brazo y miró hacia la ventana.

—¿Al final hablaste con tu madre?

Miguel asintió en silencio, se quedó callado unos segundos y contestó:

—Hablé con ella hace casi una semana. Me explicó que se enamoraron, estuvieron juntos y, cuando se enteraron del embarazo, no tuvieron los cojones de luchar su relación, por miedo a represalias.

—Eran otros tiempos y otro pensamiento —le recordó.

—Fuesen los tiempos que fueran, el jodido sigo siendo yo. Es a mí a quien le ha cambiado la vida.

—¿Todavía no la has perdonado?

Miguel lo pensó, mientras recordaba toda su conversación en aquel restaurante, en todas las horas que había pasado sin poder dormir, en todos los días sin que su cabeza pudiese dejar de darle vueltas a aquello.

—Es mi madre, y está perdonada. Sin embargo, necesito tiempo para poder asimilar todo y conseguir ser el de siempre.

—Te comprendo, esas cosas necesitan tiempo —añadió, al mismo tiempo que lo besaba con cariño.

Miguel la abrazó y se recostaron en la cama. Abrazados, sin decir palabra y todavía desnudos, hicieron el amor por segunda vez. Esa, fue mejor que la anterior, aunque, si tenían que ser sinceros, el acto sexual jamás era igual. Siempre había algo que lo hacía más intenso que el anterior, algo que los hacía sentir un nuevo temblor en el corazón, que los enganchaba más el uno al otro.

Al terminar, Miguel apoyó su cabeza sobre el estómago de ella. Lo besó, con amor y sonrió.

—Menos mal que ahora te tengo a ti, Sara —susurró con serenidad—. Eres lo que le faltaba a mi vida. Te quiero, y sé que tú jamás me fallarás.

Al escuchar sus palabras, no pudo evitar recordar a su hijo. Si quería comenzar una relación sincera con él, tenía que contarle lo de Pablo, decirle quién era en realidad.

Conocía a Miguel, y sabía que se enfadaría, que no sería fácil, y lo comprendía. Quizás, diez años atrás, actuó de forma egoísta. No pudo verlo entonces, pues su corazón roto no le permitió hacerlo, sin embargo, en aquel momento, sabía que tenía que arreglar aquella situación.

Esperaría un poco más, pues Miguel todavía tenía muy reciente el tema de su verdadero padre, y sabía que le había dolido mucho.

Tenía que encontrar el momento adecuado para decirle lo del niño. Lo haría, pero necesitaba prepararse ella y hacer las cosas de forma que fuesen lo menos traumáticas posibles para todos.

Carolina sonreía cada vez que pasaba por el salón y veía aquel color tan escandaloso en su pared. Quizás no fuese el cambio que ella había estado buscando, pero estaba empezando a lograr lo que se había propuesto: no ver a su ex por todos lados. En su lugar, los recuerdos que le llegaban eran de risas, de manchas de pintura por la cara, de cenas improvisadas sobre el papel del suelo.

Siempre tendría que estarle agradecida a Felipe por haberla acompañado ese día. La había ayudado, la había animado y aguantado las casi dos horas que se tiró despotricando sobre Diego. Lo sentía por él, pues no había sido una buena compañía, sin embargo, a ella le había venido de perlas poder expulsar toda la rabia y el dolor que llevaba acumulando desde que se fue.

Continuó caminando hacia la cocina y se preparó un café. Sentada sobre una silla, fijó su mirada en los muebles que aun permanecían en el pasillo. Todavía no había tenido tiempo de volver a ponerlos en su sitio, aunque, si algo tenía muy claro, era que el color verde moco del que habían quedado pintadas las paredes, se quedaba.

El sonido del timbre, la hizo levantarse y dirigirse hacia la puerta. No pensó en quién podría ser, pues, esa semana había estado muy solicitada. Su madre se pasaba cada día a verla, sus amigas la visitaban juntas o por separado, cada dos días. Incluso Felipe se había pasado un par de veces para ver si el color del que pintaron el comedor se volvía más agradable cuando se secase. Podía ser cualquiera.

Al abrir, su corazón casi se le paró al ver frente a ella a Diego.

Estaba muy guapo, como siempre. Se había cortado un poco el pelo y estaba recién afeitado.

Carolina pensó en lo que habría ido a hacer por allí. Fantaseó en que hubiese vuelto porque la echaba de menos. Lo perdonaría, sin dudar. El amor que sentía por él, todavía vivía dentro de ella.

Se humedeció los labios, pues se le secaron por la impresión de verlo.

—Ho... hola, Diego —lo saludó, nerviosa—. ¿Qué... qué te trae por aquí?

—He venido a ver cómo estabas —contestó con una débil sonrisa.

El pecho de Carolina se hinchó al escuchar su respuesta.

—Y... ¿para qué? Nosotros... ya no...

—He pasado media vida contigo, Carolina, es normal que me preocupe por ti. Estabas hecha polvo hace un par de semanas

—Ya... bueno... pues ahora estoy bien, muy bien —mintió, intentando sonar creíble.

Diego la miró de arriba abajo y asintió.

—Ya lo veo, no te ha costado tanto olvidarte de mí.

Carolina quiso besarlo, decirle que sí que lo echaba de menos, que lo quería con locura, que le iba a costar horrores olvidarlo. Sin embargo, lo único que se permitió hacer fue asentir y sonreír con calma.

—La vida sigue —comentó ella, convencida de que Diego estaba allí porque se arrepentía de lo que había hecho.

Él bajó la vista al suelo y apretó los labios.

—Te voy a ser sincero —empezó a hablar como vomitando las palabras—. No he venido aquí para hablar sobre el tiempo.

—¿Ah, no? —preguntó muy emocionada, imaginando que se le declararía en cualquier momento, pero aguantando el tipo, siguió hablando—. ¿Y a qué has venido?

—Quiero volver a aquí, a vivir.

—¿Quieres que volvamos juntos? —lo interrogó ella, haciéndose la tontita, pero saltando de alegría por dentro.

—¿Juntos? ¡No! —Aquella contestación fue para ella como un jarro de agua—. ¡Tú sabes que no aguanto a mi madre más de dos horas seguidas! ¡Imagina el infierno que es vivir con ella!

—¿Solo quieres volver aquí porque no aguantas estar con tu madre?

—¡Exacto! —exclamó, intentando que lo comprendiese—. Esta casa es grande, podemos hacer vidas separadas aunque convivamos juntos.

—¿Aquí, en mi casa, tú y yo? —El desencanto volvió a aparecer en su cara. La desilusión dejó paso al enfado.

—Sí, sería un poco raro al principio, pero sé que... —Diego dejó de hablar al ver los muebles del salón en el pasillo. Miró a Carolina con extrañeza y, sin permiso, se adentró en el piso para ver los cambios producidos en él—. ¿Estás haciendo reforma? —Cuando llegó al salón, su cara lo dijo todo. Esa monstruosidad de color lo dejó sin palabras. Se llevó una mano a los labios y miró a su ex mujer sin poder creérselo—. ¿Qué cojones le has hecho al salón?

Carolina se dio cuenta de que Diego solo miraba por sí mismo. Siempre fue así, pero cuando una persona estaba enamorada, pasaba por alto detalles de la personalidad del otro y acababa idealizándolo. Aunque, en ese momento, ya no tenía la venda sobre los ojos. Acababa de hacerla ver la realidad. Su ex marido, era un hombre egoísta. Siempre quiso complacerlo, siempre dejando a un lado sus ilusiones y deseos, sin embargo, ya no iba consentir que la pisase jamás. Por mucho que le doliese, esto tenía que acabar.

Carolina sonrió con tensión y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Es verde pistacho, ¿te gusta?

—Es horrible, la cosa más fea que he visto nunca.

—Pues a mí me encanta —declaró, retándolo.

—Mira, si vuelvo a vivir aquí, te ayudo a dejarlo conforme estaba antes — la animó, sintiendo que estaba haciéndole un gran favor.

—No vas a vivir aquí, Diego —declaró con seriedad.

—Pero, Carol —replicó, usando su nombre de forma cariñosa, para convencerla—, sabes que no me llevo bien con mi madre, y, esta, siempre ha sido mi casa.

—Tú lo has dicho, ha sido. Ya no es nada tuya —le recordó sin piedad—. En los papeles del divorcio, pone claramente, que la nueva dueña de la casa soy yo, y nadie más. —Lo miró a los ojos y negó con la cabeza—. No te quiero aquí.

—¿Estás hablando en serio? ¿Vas a tener valor de dejarme en la casa de mi madre?

Carolina frunció el ceño. Le dolía todo aquello. Se estaba obligando a hablarle de aquella manera, por ella, porque no se merecía que la usase a su antojo. Suspiró, armándose de valor y alzó la cara, con orgullo.

—Vete de aquí, Diego. Esta es mi casa y ya no formas parte de ella.

Su ex marido salió de allí hecho una furia. Cerró dando un portazo y dejó a Carolina plantada frente al comedor.

Ella, cuando se supo sola, se apoyó en una pared del pasillo y se dejó caer al suelo, hasta quedar sentada en él.

Las lágrimas recorrieron sus mejillas y lloró. Sabía que había hecho lo correcto y, algún día, cuando estuviese bien del todo, y su corazón no fuese un amasijo de pedazos, se lo agradecería.

Sara y Miguel se comenzaron a ver a diario a partir de aquella tarde. Daba igual lo tarde que acabase ella en la tienda. Cuando llegaba a casa, siempre estaba él allí, esperándola en el salón, hablando con su madre y jugando con Pablo.

Su hijo adoraba a Miguel, decía que era su amigo, y no dejaba de preguntar por él.

Aquello a Sara le encantaba. A pesar de que todavía no sabían de su parentesco, se llevaban de lujo. Seguía buscando el momento ideal para hablar con ellos del tema. Tenía claro, que para Pablo no sería ningún problema y estaría encantado con saber la verdad, sin embargo, el que le preocupaba era Miguel. Todavía se notaba que no había llegado a superar del todo los problemas que tuvo con su madre. De hecho, desde que quedaron para hablar en aquel restaurante, no había ido a visitarla. Siempre le decía que no le guardaba rencor, que la había perdonado, pero todavía había algo que le impedía ir a su casa. A pesar de todo eso, su relación avanzaba a una velocidad vertiginosa, tanto, que a Sara, incluso le daba vértigo. Intentaba frenar las cosas, que todo fuese más pausado, pues tenía miedo de pegarse otro batacazo y acabar como en el pasado. Tenía miedo de que Miguel se volviese a cansar y se marchase.

Sin querer pensar en ello, se abrazó a él. Estaban en su casa, viendo una película y comiendo palomitas, como solían hacer desde que se conocieron. Él tenía un brazo sobre sus hombros y las piernas enredadas sobre el sofá.

Sara, le dio un par de besos en el cuello, pues con los pensamientos tan inquietantes que acababa de tener, había perdido el hilo de la película. Al sentir aquel roce, Miguel, la miró y sonrió con malicia.

—Como sigas haciendo eso, vas a conseguir que me olvide de la televisión.

—¿Ah, sí? —rio ella—. ¿Y qué harías?

—Darle unos azotes a la niña mala que me está distrayendo.

Sara se llevó una mano a los labios y fingió miedo, sin dejar de jugar con él.

—No serías capaz.

—Tú prueba y ya verás.

—¿Es un reto?

Miguel se echó a reír y Sara se quedó observándolo, embobada. A pesar de los años que lo conocía, todavía no podía creerlo guapo que era y lo mucho que seguía atrayéndola. Decían que la pasión se esfumaba con el tiempo, sin embargo, Sara la conservaba igual o de mayor intensidad que al principio.

Sin poder aguantar, lo besó en los labios. Miguel, reaccionó de inmediato, dejó el bol de palomitas en el suelo, y la agarró por la cintura para apretarla a su cuerpo.

Se besaron con intensidad, saboreando la boca del otro, hasta que acabaron ardiendo de pasión. Miguel apartó los labios de los de Sara y se la quedó mirando con ardor.

—Eres preciosa. —Le dio un rápido beso y sonrió—. Qué suerte tengo de tenerte.

—Y yo también, soy la mujer más afortunada del mundo.

—Te quiero, Sara.

Ella, en vez de contestar, lo abrazó con fuerza y junto sus labios por tercera vez. Cerró los ojos, sintiendo aquella intensidad que la hacía explotar de felicidad.

Miguel se apartó un poco y suspiró.

—¿No vas a decirme nunca que me quieres? Antes lo hacías.

—Ya —asintió recordando sus primeros años juntos—. Pero, necesito un poco de tiempo. Han pasado tantas cosas entre nosotros que... tengo que verme muy segura para volver a abrir mi corazón de esa forma.

—Voy a lograr que me lo digas, Sara —le dijo, con seguridad—. ¡Me lo gritarás, me lo repetirás miles de veces! Ya lo verás.

Ella se echó a reír y se encogió de hombros.

—Me encantaría verlo —continuó carcajeándose—. Solo te ha faltado decir que te regalaré un ramo de flores y que me arrodillaré frente a tí con un anillo de diamantes.

—¿Ya quieres pedirme la mano, jovencita? —bromeó, guiñándole el ojo.

Ella lo empujó un poco y rio al imaginar la escena.

—No creo que fuese buena declarándole mi amor a nadie.

—Tampoco lo necesito —la calmó, con una sonrisa serena—, aunque no me lo digas, yo sé que me quieres.

—Qué inteligente es mi chico —comentó con gracia en la voz.

Miguel la miró con fijeza y la besó en los labios.

—Sara, quiero que Pablo y tú os vengáis a vivir aquí, conmigo.

Aquella declaración la hizo dejar de sonreír, pues la pilló totalmente desprevenida.

—¿Qué has dicho? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Que te quiero, y quiero que tú y el niño estéis aquí.

—¿En serio?

—Sí, en serio —replicó con seguridad—. Y quiero que te cases conmigo.

Ella se llevó las manos a la boca y se quedó sin habla. Su corazón amenazaba con salir saltando de su pecho y su estómago le acababa de pegar un vuelco bestial. Con una enorme presión en la garganta, que no le dejaba tragar saliva, Sara intentó hablar.

—Dios santo, Miguel, esto es muy serio.

—Lo es.

—Yo... —comenzó a reír de forma nerviosa, pues su cuerpo estaba descontrolado después de escuchar su declaración. Se tapó los ojos, eufórica y negó con la cabeza—. ¡Dios! ¡Esto hay que pensarlo muy bien!

—No sabes todo lo que he pensado en esto, y cada segundo que paso contigo, me convengo más.

Sara, sin poder evitarlo, se lanzó a sus brazos y lo besó en los labios con tanta fuerza que Miguel no pudo evitar reír. Entrelazaron sus lenguas y exploraron la boca del otro con avidez, como si fuese el mejor manjar del mundo y este estuviese a punto de acabarse. Sus manos tocaban la piel del otro y se encendían por las reacciones que se provocaban.

Miguel dejó de besarla y cerró los ojos con fuerza.

—He reservado mesa en un restaurante del centro —le comunicó, con el poco autocontrol que le quedaba en la mente para no echarse sobre ella y poseerla hasta que no le quedasen fuerzas—. Quiero que pienses bien lo que te he dicho y me contestes después de la cena.

Sara asintió, notando que estaba flotando en una nube.

Su respuesta era sí, ¡por supuesto que lo era! Pero, si Miguel quería escucharla después, esperaría.

Se sonrieron al levantarse del sofá y salieron de su casa para ir al lugar que él había elegido. Ninguno de los dos dijo ni una palabra desde entonces. Se limitaron a pasear agarrados de la mano, a sonreírse y a comerse a besos en cada esquina.

No podían ser más felices. La presencia del otro, a su lado, era todo lo que necesitaban para sentirse bien. ¿Qué importaba el dinero, o cualquier otra cosa material, si tenían el amor, que los llenaba y completaba como nada en

el mundo?

Atravesaron un pequeño parque, en el que no pudieron evitar mojar sus manos en la fuente.

Dejaron de caminar y se abrazaron. Sus miradas no podían despegarse, no eran capaces de dejar de acariciarse, y, sus labios, apenas tenían fuerzas para separarse.

—¿Sara? ¿Eres tú?

Aquella voz los hizo reaccionar.

Al darse la vuelta, se encontraron cara a cara con Felipe, que los miraba con el ceño fruncido. Él miró a Miguel, con enfado y se dirigió a ella, ignorándolo.

—¿Qué haces con él? ¿Por qué no coges mis llamadas?

—Em... quería habértelo dicho, Felipe. Él y yo... —comenzó a decir señalando a Miguel.

Aun sin acabar, él comprendió el significado de sus palabras. Apretó los labios y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Lo prefieres a él en vez de a mí?

Miguel dio un paso hacia adelante y frunció el ceño.

—Sara está conmigo, así que déjala en paz.

—¿O qué, chulito? ¿Vas a pegarme por querer hablar con ella? —se encaró Felipe, sin poder creer lo que estaba ocurriendo.

—¡Ya está bien! —se metió ella de por medio.

—¿En serio, Sara? ¿De verdad te vas a quedar con él? —la interrogó con enfado.

—¡Ya te ha dicho que sí! —saltó Miguel, dando otro paso hacia él.

—¿Te vas a quedar con este malnacido que te dejó embarazada y se largó? —gritó Felipe, destapando todo sin ni siquiera saberlo.

—¿Que yo qué? —chilló Miguel.

—¡Felipe, este no es el momento para hablar sobre el tema! —lo interrumpió Sara, con el corazón encogido.

—¿No es el momento? ¿Entonces cuándo? ¿Cuándo pensabas decirme que te ibas a quedar con el padre de Pablo? ¿Cuándo me ibas a contar que prefieres al hombre que te dejó tirada con un bebé en el vientre?

Miguel frunció el ceño y la miró.

—¿De qué coño está hablando, Sara?

—De nada.

—¿De nada? —repitió Felipe su respuesta. Se dirigió a Miguel y lo señaló

con el dedo índice—. Y, tú, ¿ahora te vas a hacer la víctima, cuando tuviste la poca vergüenza de dejar a tu novia con un niño, y largarte?

—¡Yo no dejé a nadie con nada! —le replicó, fuera de sus casillas. La miró a ella—. ¿De qué está hablando este payaso?

—¡Eso, Sara! Dile de qué hablo —la animó con una enorme rabia que lo hacía apretar la mandíbula.

Ella, notando el peso de las miradas de los dos hombres, y sintiendo que todo se desmoronaba, tragó saliva. Miró a Felipe y le habló con serenidad, aunque por dentro su cuerpo temblaba y se convulsionaba por los nervios.

—Miguel no sabía nada al respecto. Acabas de informarlo tú de que tiene un hijo de nueve años.

Miguel, al escuchar aquello de la boca de Sara, notó cómo le temblaban las piernas. Se obligó a permanecer en pie hasta que todo acabase.

—¿De qué estás hablando? —susurró, pues la voz había abandonado su cuerpo—. ¿De qué cojones estás hablando, Sara?

—Pablo es tu hijo —le reveló, sin tener ya más remedio—. Cuando te fuiste, me di cuenta de que estaba embarazada.

Felipe, anonadado por todo aquello, se llevó una mano a la cabeza.

—¿Él no lo sabía? —preguntó, entendiendo su metedura de pata.

—Vete de aquí, por favor —le pidió Sara, pues sabía que aquello no iba a acabar bien—. Ya has hecho bastante por hoy.

—Pero, yo no...

—¡Fuera de aquí, Felipe! —le gritó, con unas enormes ganas de quedarse a solas con Miguel para poder arreglar las cosas.

El susodicho, al ver el lío que había montado, decidió irse, pero no sin antes pedir disculpas.

Al quedarse a solas, Sara se acercó a Miguel, que se encontraba en silencio, con los puños apretados y la mirada fija en el suelo. Se colocó tras él y alzó una mano para acariciarle el brazo.

—Miguel, no sabía cómo...

—¡No me toques! —exclamó él, con un nudo de rabia instalado en el pecho.

—Sé que estarás enfadado, pero déjame que te explique...

—¿Qué me expliques? —chilló sin poder aguantar más—. ¿Me vas a explicar el por qué me he pasado todos estos años sin saber que tenía un hijo? ¿Me vas a explicar el por qué no me has permitido ejercer como padre, aun teniendo todo el derecho de hacerlo?

—¡Es complicado! Tú te fuiste y yo... —comenzó a explicarse.

—¡Y tú decidiste no informarme del niño, por venganza!

—No, es que... —No sabía qué decirle. Tenía razón. Al principio, actuó con mucha rabia y ganas de hacerle el mismo daño que él le hizo a ella con su marcha—. ¡Me equivoqué, lo sé! ¡Iba a decírtelo, te lo juro!

—¿Cuándo? ¿Ahora? ¿Ahora que mi hijo ya no necesita un padre?

—¡Sí, lo necesita! Siempre lo hará.

Sara alargó la mano para intentar rozarlo por segunda vez, pero él tampoco se lo permitió. En su lugar, la miró con asco, como si su sola presencia le molestase. Se apartó y dio un paso hacia atrás.

—¡Ya te he dicho que no me toques!

—Necesito que me escuches y me comprendas, Miguel —le suplicó, notando las lágrimas agolparse en sus ojos.

—Pues yo necesito que desaparezcas de mi vista —respondió con la voz helada.

—¡No, no! No voy a hacer eso, ¡nos íbamos a casar, íbamos a ser una familia!

—Ahora, lo único que busco de ti, es distancia. Desaparece de mi vida.

—¡Miguel, no, por favor! —le suplicó, juntando las manos en modo de oración—. Podemos arreglarlo, podemos conseguirlo.

—¿Estás sorda o qué, joder? —gritó para que lo escuchase de una vez—. ¡Tú y yo ya no tenemos nada! Me has tenido engañado diez años, me has hecho perderme toda la niñez de mi propio hijo, has tenido la desfachatez de estar en mi casa, acostarte conmigo y hablarme como si nada!

—¡Te repito que iba a decírtelo, quería que fuese lo menos traumático posible!

Miguel la miró con altivez, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho. En sus labios, una mueca de asco.

Lo había engañado, había jugado con él. Aquello era algo que jamás se hubiese esperado ni de su peor enemigo, y se lo había hecho la mujer que quería.

Sara lo miraba suplicante, con los ojos llenos de lágrimas. Sin embargo, Miguel ya no sentía nada. Le daban igual sus lágrimas, sus palabras y sus promesas. Le había demostrado que no valía nada, que su confianza en ella fue gratuita y que no se merecía ni su enfado.

—Olvídate de que existo. Lo único querré de ti, será tu firma para acordar los términos de la custodia del niño, cuando mi abogado se ponga en contacto

contigo.

Miguel comenzó a andar, dejándola en el parque, a pesar de su llanto y de sus súplicas para que la escuchase.

Él ya no quería nada. En esos momentos, era incapaz de pensar, de sentir nada que no fuese rabia, y de estar a punto de gritar por aquel dolor tan intenso que sentía en el pecho, al saber que la mujer por la que hubiese dado su vida, había jugado con él de esa forma.

Su madre no sabía de qué forma consolarla, mientras que Pablo no dejaba de abrazarla, sin saber qué era lo que le pasaba para que hubiese faltado tres días al trabajo, y no dejase de llorar.

Desde que Miguel se fue del parque, dejándola a solas, Sara no había salido de la cama. Apenas comía, bebía, ni contestaba a las preguntas de su familia.

No tenía fuerzas para nada que no fuese llorar. El mundo parecía haberse desmoronado a su alrededor y, ni siquiera, los besos del niño, ni sus abrazos, lograban reconfortarla.

Había perdido a Miguel, al hombre que quería, y lo había hecho por no haber sido sincera desde el principio. Le había ocultado la existencia de su hijo, le hizo creer que el padre de Pablo era otro hombre.

A pesar del rechazo de Miguel, Sara no dejó de llamarlo todos los días siguientes a su pelea. Estaba dispuesta a que la escuchase, a arreglar las cosas con él, e intentar volver a ser felices. Sin embargo, él no se dignó a contestar a sus llamadas. Había desaparecido de su vida igual que lo hizo la primera vez, aunque, con la diferencia de que en esta ocasión, la culpa la había tenido toda ella.

Cada vez que pensaba en él, se mortificaba todavía más. Lo quería. ¡Claro que lo quería! Lo había querido siempre, a pesar de los años, a pesar del dolor de su marcha, a pesar de haberse convencido a sí misma que lo había olvidado. Nunca pudo sacarlo de su cabeza, incluso cuando intentó salir con algún otro hombre. Tenía claro que, aunque intentase comenzar una nueva relación, la sombra de su amor siempre estaría presente. Era el hombre de su

vida, ahora lo veía claro. Jamás podría sentir lo mismo por nadie más, por mucho que se empeñase, y lo había perdido para siempre.

Sara y su madre se quedaron a solas, pues la anciana le dijo al niño que fuese a jugar a casa de una vecina.

La mujer miraba a su hija, tan pálida, tan triste...

Suspiró y no pudo evitar negar con la cabeza.

—Cariño, ¿quieres que te prepare algo para cenar?

Sara la miró, como si viese una sombra, sin prestar demasiada atención.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer algo, hija. No puedes dejar que Pablo te vea de esta forma.

—Lo sé —asintió ella, sin embargo, no pudo evitar que su cuerpo se convulsionase por el llanto—, pero, es que no puedo evitarlo, mamá. Veo a Miguel hasta con los ojos cerrados.

—Tienes que ser fuerte y hablar con él, si de verdad lo quieres.

—¿Y crees que no lo he intentado? —dijo alzando un poco la voz, sintiendo una gran desesperación quemándole el pecho—. No se digna ni a contestar.

—Pues insiste, Sara.

—Ya no va a servir para nada, conozco a Miguel y sé que su orgullo no va a dejarlo escuchar.

Su madre se sentó a su lado y la abrazó.

—Nadie dijo que el amor fuese fácil, y todavía menos cuando entre los dos ha existido un secreto tan grande como este.

—Nuestro amor estaba predestinado al fracaso —comentó con una tristeza enorme. Las lágrimas volvieron a mojar sus mejillas.

—No hay nada perdido, a no ser que se deje de luchar por ello. —Alzó su teléfono móvil y sonrió.

—¿Lo dices por tu romance con Dylan? —Sara rio con amargura y cruzó los brazos sobre el pecho—. ¡No va a venir, mamá! ¡Deja de hacerte ilusiones! El amor es una mierda, ¡ya va siendo hora de que te des cuenta, antes de que te pase lo mismo que a mí!

—Vendrá, me lo dice mi corazón —asintió con seguridad.

—Pues, dile a tu corazón que es un puñetero iluso, y que pronto lo veré roto, como el mío.

El timbre de casa sonó. Su madre fue a abrir y, por la puerta de su habitación, entraron Beatriz y Carolina.

Sus amigas corrieron a abrazarla. Aquello la reconfortó un poco, aunque esa sensación duró menos de lo deseado.

Ellas, se sentaron a su lado y se quedaron observando su mal aspecto.

—Acabó de sufrir un flash-back —comentó Bea frunciendo el ceño—. La misma habitación, las mismas personas y tú, Sara, llorando sin parar por el mismo hombre.

—Esta vez la culpa ha sido mía.

—No te martirices demasiado —la animó Carolina—. Al final, una se da cuenta de que es mejor comprarse un gato.

—¿No hay ninguna oportunidad para arreglar esto? ¿No has vuelto a hablar con él? —insistió Beatriz.

Sara se llevó las manos a la cara y lloró, al volver a pensar en Miguel. Negó con la cabeza y las miró entre lágrimas.

—Nada. No puedo hacer nada. Conozco a Miguel y sé que yo he pasado a ser historia.

—Eso mismo dijiste hace diez años, y os volvisteis a liar.

—Ahora es diferente.

—La verdad es que tiene que ser muy heavy enterarse de que tienes un hijo de casi diez años —comentó Carolina, pensativa—. Yo creo que mataría al padre, si me hiciese eso después de tanto tiempo.

—¡Cállate, Carol, no la desanimas más! —resopló Bea, dando un pequeño empujón a su amiga.

—No, no... pero si tiene razón —dijo Sara, con la voz muy triste—. Me he cargado nuestra relación. Me he cargado nuestro futuro juntos. —Se echó a llorar de nuevo y sus amigas la abrazaron, para darle ánimos—. Y lo quiero. ¡Lo quiero mucho! Sé que no voy a poder rehacer mi vida después de esto, ya no.

—Lo que yo te diga, Sara. ¡Gatos!

Beatriz fulminó a su amiga con la mirada y apretó los labios.

—¡Carolina Romero Soler! ¿Te quieres callar de una puñetera vez?

—Es que no quiero que Sara sufra por un hombre. Ninguno vale la pena —expresó con decisión. Ella había pasado un infierno por Diego y no pensaba dejar que Sara pasase por lo mismo.

—¡Así no la ayudas! —Se volvió hacia Sara y le sonrió con amor—. Tú ni caso. Acaba de entrar en la fase “paso de tíos” después de su divorcio. —Agarró su mano y la apretó para darle ánimos—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Nada, Beatriz, ya no voy a hacer nada. Lo único que me queda es

hacerme a la idea de que nuestra historia se acabó, y... empezar a hablarle a Pablo sobre su padre.

—¿Te ves con fuerzas para hacerlo?

—No, pero sé que es lo que debo. Mi hijo tampoco se merece seguir engañado.

Carolina le acarició un brazo y le sonrió.

—Sabes que vamos a estar ahí para lo que necesites, ¿verdad?

Sara asintió y fijó la vista en sus amigas. Dio gracias al cielo por poder tenerlas a ellas en su vida, pues sabía que si algo le iba a sobrar, sería su cariño y apoyo.

—Lo sé, y no puedo estar más contenta de teneros conmigo. —Estalló en llanto al acordarse de Miguel. Le ocurría a menudo y no podía evitarlo, aunque se lo propusiese. A él ya no lo tendría más. No volvería a despertar a su lado, ni reiría de sus tonterías, ni tampoco escucharía sus te quiero. Sintió que se ahogaba por el dolor y tuvo que apretar los dientes para no soltar un gemido lastimero—. Gracias por no dejarme vosotras también, chicas.

Miguel se levantó de la cama, después de casi tres días en ella.

El dolor que sentía en el pecho, se mezclaba con la extrañeza que lo recorría cuando recordaba que tenía un hijo. El hijo de Sara era también suyo. Aquel niño inteligente, amable, guapo y simpático era parte de él.

Sintió pena y rabia por haberse perdido su infancia. ¡Debió de estar allí, con Pablo, disfrutando de él! En cambio, se pasó todos esos años en Miami, como un auténtico tonto, sin saber de esa personita que lo esperaba en España.

Cada vez que pensaba en ello, se enfadaba todavía más. No iba a perder ni un minuto más de su vida sin su hijo. El pasado día, se puso en contacto con su abogado para que comenzase con el papeleo para solicitar la custodia compartida. Tenía tanto derecho como Sara a ver al niño.

Caminó por su casa, pues los nervios y el dolor sordo que tenía en la boca del estómago, no le permitían estar sentado. Llegó hasta el recibidor, donde estaba el cuadro en el que posaba junto a Sara.

Apretó la mandíbula, por la rabia, y de un manotazo lo tiró al suelo,

consiguiendo que el cristal se hiciese añicos.

Se apoyó en el mueble y bajó la cabeza al suelo. Sentía que se ahogaba sin ella. A pesar de todo lo que le había hecho, su corazón no dejaba de latir cada vez que su recuerdo pasaba por su mente. No quería que eso sucediese, porque no se lo merecía.

Tenía claro que la olvidaría. ¡Por supuesto que sí! Buscaría a una mujer buena, que lo quisiese de verdad y que no fuese una puñetera embustera. Sería opuesta a Sara. Sin esos ojos que lo volvían loco, sin esa boca que pedía ser besada a cada momento, sin ese cuerpo, hecho para el amor y que se amoldaba perfectamente al suyo, como si estuviese hecho para él.

—¡Joder!

El recuerdo de ella no dejaba de atormentarlo. Por mucho que quisiese, no podía sacársela de la cabeza. ¡Maldita Sara! ¿Por qué tenía que ser tan especial? ¿Por qué tenía que quererla de ese modo?

Agobiado, y con unas ganas de llorar que apenas podía aguantar, salió de casa. Caminó por Madrid sin rumbo, ni dirección. Quería perderse, olvidarse de todo, intentar pensar con claridad, ¡borrar a esa mujer de su mente!

Después de casi dos horas deambulando por ahí, y más desesperado que cuando salió, llegó a un barrio que le resultaba conocido.

Caminó, sin apenas darse cuenta, hasta la portería de un edificio de viviendas antiguo. Tocó al timbre y, enseguida le abrieron la puerta. Al subir hasta la segunda planta, una persona lo esperaba en el quicio.

Sin poder aguantarse más, se abalanzó sobre ella, abrazándola con cariño.

—¡Miguel, hijo mío! —exclamó su madre, contenta de tenerlo con ella. Llevaba sin verlo desde que se citaron en el restaurante, y llegó a pensar que no volvería saber de él. Lo besó en la frente y sintió que él no la soltaba—. No sabes las ganas que tenía de verte por casa.

—Mamá, no puedo más —jadeó contra su cuello.

Virtudes se apartó un poco y lo miró con atención. Su hijo estaba muy desmejorado. El cabello despeinado, la ropa arrugada y la cara cansada, como si hubiese estado varios días sin dormir.

—¿Qué ha pasado?

—Es una historia bastante larga.

—Pues, pasa. —Le hizo una señal para entrase en la vivienda—. Tengo todo el tiempo del mundo.

A final de semana, la madre de Sara la obligó a ir a trabajar. Se negaba que su hija estuviese otro día más encerrada en su habitación, sin comer y compadeciéndose de ella misma. Así que, sin más remedio que hacer lo que se le exigía, sacó fuerzas desde donde no sabía que tenía y fue a la tienda.

Allí, apenas se concentró en los arreglos florales que tenía pendientes. Después de toda la semana metida en casa, el trabajo estaba acumulado y, ni siquiera, Beatriz, que había ido casi todos los días para echarle una mano, había podido hacer mucho por adelantar, pues no tenía la destreza que se necesitaba para hacer los ramos con rapidez.

Las dos amigas trabajaban en silencio, una junto a la otra. Bea había intentado comenzar una conversación, para animar un poco el ambiente, pero Sara parecía no escuchar nada de lo que decía, y acabó por cansarse de parecer una monologuista.

No dejaba de mirar por la ventana cada dos por tres, de limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano, y ver a su amiga de ese modo, la entristecía mucho.

—Sara, cariño, no puedes seguir así, al final vas a enfermar.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. He hecho daño al hombre que quiero —jadeó y se volvió para mirar a Beatriz. Tenía la nariz roja de tanto limpiarla con los pañuelos y sorber por ella, y los ojos hinchados—. He perdido a la persona más especial que existe.

Beatriz dejó el ramo que tenía entre manos y se acercó a ella. La abrazó y besó en la mejilla.

—¿Y Pablo? ¿Él sabe ya algo?

Sara asintió.

—Hablé con mi hijo ayer por la tarde. Le conté quién era Miguel.

—¿Cómo reaccionó?

—Es un niño todavía, Bea, y Miguel siempre le gustó. Para él, fue una noticia “súper guay” —le dijo, repitiendo las palabras de su hijo—. Apenas me hizo preguntas, estaba tan ilusionado que no le importó lo demás.

—Dos reacciones totalmente opuestas. —Beatriz sonrió y se encogió de

hombros—. Pues, entonces, no todo es tan malo, Sara. Tu hijo está bien, no ha sufrido con esto.

—Sí, en eso tienes razón, al menos Pablo está feliz.

El sonido de la puerta las hizo dejar de hablar.

Sara se limpió de nuevo las lágrimas y suspiró, para tranquilizarse. El cliente que esperaba fuera, no debía de verla hecha una porquería. Debía de sacar su mejor cara, aunque por dentro estuviese rota del todo.

Salió de la trastienda y sonrió, sin haber visto todavía la cara de quien se encontraba allí. Cuando la reconoció, su corazón saltó.

Una mujer mayor, con porte de señora, bien vestida y unos ojos verdes iguales que los de Miguel.

—Doña Virtudes —dijo Sara, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. ¿Qué... qué la trae por aquí?

Conocía a la madre de Miguel desde hacía mucho tiempo. Siempre le pareció una señora muy correcta y amable, sin embargo, cuando él se fue a Miami, su relación se enfrió, pues Sara no quería tener nada que ver con nadie que se lo recordase.

—Hola, Sara. —Miró a su alrededor y asintió—. Tienes una tienda muy bonita.

—Gra... gracias.

La mujer caminó hacia un lado y olió la rosa que había sobre el mostrador. Sara siempre dejaba una flor fresca sobre él cada día.

—Ayer hablé con mi hijo. Me contó lo del niño.

Sara bajó la cabeza, sintiéndose la peor persona del mundo, y aguantó las ganas de llorar.

—Lo siento. No tengo excusa, actué mal y ahora se me ha vuelto todo contra mí. —Se secó una lágrima y tragó saliva—. Pero, es que... estaba tan dolida con él...que...

Virtudes alzó una mano para que dejase de hablar.

—Yo no soy nadie para juzgarte, Sara, no necesitas excusarte, ni pedir perdón hasta la saciedad. Como sabrás, tampoco hice las cosas bien con mi hijo. Así que, no soy la persona adecuada para ir por la vida dando lecciones.

—Si no ha venido para insultarme y decirme lo mala que soy, ¿qué hace aquí? —la interrogó Sara, sin comprender.

—He venido porque quiero conocer a mi nieto.

—Por... por supuesto, Virtudes. —Le escribió en un papel algo y se lo tendió—. Esta es la dirección de casa. Mi madre está con él.

La anciana asintió, con una débil sonrisa en el rostro.

—Gracias.

Ella le sonrió a su vez, y notando que no podía aguantar más, comenzó a hablarle de nuevo:

—Virtudes, ahora soy yo la que quiero pedirle un favor. —La madre de Miguel asintió, quedándose callada—. Necesito que hable con él, que le diga que conteste a mis llamadas. Solo quiero explícame, que me escuche. Necesito pedirle perdón. —Tras decir aquellas palabras, se echó a llorar. Se llevó las mano a la cara y negó con la cabeza—. Lo quiero, Virtudes, quiero a su hijo, y necesito hablar con él.

—Yo no puedo hacer nada —comenzó a decir ella—. Mi hijo es un hombre muy orgulloso. Si me meto de por medio, lo más probable es que acabe peleándome de nuevo con él, pues lo conozco y sé que ocurriría. Miguel está muy dolido con lo que hiciste, necesita tiempo para digerir todo esto. Lo único que puedo hacer es aconsejarte que lo dejes, deja de llamarlo, deja de insistir... Acaba de enterarse de que, la mujer a la que quería con toda su alma, le ha ocultado la existencia de su propio hijo. Necesita espacio para que su alma cure.

Pasaron dos semanas y el ánimo de Sara seguía prácticamente igual. Apenas salía de casa, y cuando lo hacía era para ir a trabajar o para llevar a Pablo a jugar con sus amigos.

Los días pasaban sin que apenas se diese cuenta, pues se encontraba en constante estado de letargo. No escuchaba los consejos de su madre, para que saliese con las chicas. Si querían verla, Beatriz y Carolina tenían que ir a casa. Sin embargo, las visitas no eran tan divertidas como antes. Cada vez que se juntaban, se dejaban la piel en que Sara hablase con ellas unas pocas palabras.

Virtudes, venía a casa día sí, día no. Se llevaba a Pablo un rato y lo devolvía por la noche, para poder ducharlo y acostarlo. Su hijo estaba encantado. Había conocido a sus primos y le encantaba saber que tenía una

familia tan grande. No dejaba de hablar de su padre, de lo guay que era y la casa tan chula que tenía.

Sara se alegraba de que Pablo estuviese tan feliz. Al menos, su hijo había salido ganando con todo esto.

Esa misma tarde, cuando Pablo se fue con Virtudes, y su madre salió a hacer algo que no le especificó con claridad, Sara descubrió una carta a su nombre. Al abrirla, vio que era del abogado de Miguel. En ella, se le pedía que aceptase el convenio regulador para la convivencia con el niño. Según aquello, Pablo pasaría dos semanas en casa de cada progenitor.

Tiró la carta al suelo y corrió hasta su habitación de nuevo. Se sentó en la cama y miró hacia la ventana.

Iba a ser otro gran cambio estar sin el niño tanto tiempo. Sin embargo, firmaría la carta. Miguel también tenía derecho a disfrutar de su hijo.

Sentía que las lágrimas ya no salían de sus ojos, a pesar de tener unas ganas enormes de echarse a llorar, pues apenas le quedaban después de tanto tiempo sin dejar de hacerlo.

Abrió el balcón de su habitación y salió afuera. Se apoyó en la baranda y cerró los ojos. Sabía que su vida tenía que cambiar. Todavía no se sentía con fuerzas, pero debía hacerlo por su familia y sus amigas. Había echado a perder su amor con Miguel, lo aceptaba, sin embargo, su hijo todavía la necesitaba y tenía que seguir hacia adelante por él.

Rota, pero decidida a ponerse mejor, se calzó las sandalias. Bajaría a dar una vuelta, necesitaba aire, ruido, mezclarse entre el gentío de Madrid.

Al abrir la puerta de casa, para irse, se encontró con Felipe.

Su cara de asombro lo dijo todo. Felipe sonrió al verla y suspiró.

—Sara, te debo una disculpa. —Señaló hacia el interior de la vivienda—. ¿Me permites pasar?

Ella recordó el día que se encontraron con él en el parque. Ese fue el principio del fin. Aunque, si tenía que ser sincera consigo misma, la culpa no había sido de Felipe, sino suya, por no haberle hablado del tema con claridad y por no haberle dicho antes que lo suyo con Miguel iba en serio.

—Pasa, por favor —asintió, dejándole hueco para que se adentrara en la vivienda. Se sentaron en el sofá y ella le ofreció algo de beber, pero Felipe lo rechazó. Parecía nervioso, arrepentido—. Tú dirás.

—Hace unos días hablé con Carolina —empezó a relatar—. Me comentó que, por mi culpa, la historia que tenías con Miguel, se había terminado.

—No fue tu culpa —lo tranquilizó.

—Pero, si yo no me hubiese puesto de ese modo...

—Estabas enfadado, es normal.

—Es que... Sara, tú me gustas mucho, pensaba que podríamos empezar una relación y, cuando te vi con él, la rabia me hizo actuar de esa manera.

—No, Felipe, de hecho, la que tiene que disculparse soy yo. Creo que, desde el principio, te vi como a un amigo. Me lo pasaba bien contigo y fui una egoísta, porque tenía miedo de que si te lo decía, ya no querías volver a quedar para salir. Tú eres genial, un hombre de campeonato, y no quería perder tu amistad. —respondió con calma—. No te hablé claro. No te dije la verdad sobre Miguel, te dejé creer que estabas en lo cierto cuando dijiste que me abandonó con el bebé.

—Me lo comentó Carolina al principio, cuando apenas nos conocíamos, y yo...

—Carolina es mi amiga, y ella vio lo mal que lo pasé cuando Miguel se fue la primera vez. Intentaba protegerme, no quería que tú me hicieses lo mismo, así que exageró la historia para que pensases bien las cosas antes de intentar nada conmigo. —Hizo una pausa y suspiró, intentando no ponerse a llorar frente a él—. Pero, la realidad es otra. Le oculté la verdad al padre de mi hijo, porque estaba muy dolida con él. No pensé en las consecuencias.

Felipe la cogió de la mano y la apretó, para darle fuerzas.

—¿No hay posibilidades de arreglar lo vuestro?

—Ninguna. —Le tembló la voz al decirlo, pero se contuvo.

—¿Tan mal se lo tomó?

—No te puedes hacer una idea. —Bajó la cabeza hacia abajo y no logró contener más el llanto. Felipe la abrazó y la intentó calmar, sin embargo, Sara no pudo tranquilizarse—. Y, tiene todo el derecho del mundo de estar así. Lo que hice fue horrible y me merezco todo por lo que estoy pasando.

—Eres una persona, y las personas nos equivocamos, Sara.

—Pero, hay un límite, y yo lo he sobrepasado con creces.

Estuvieron un buen rato abrazados. Sara lo necesitaba. Se sentía tan mal, tan egoísta, tan deshonesta...

—Sabes que me tienes para lo que necesites, ¿verdad?

—Gracias, Felipe, eres un sol, el mejor amigo que pudiese pedir.

Él la zarandeó un poco, logrando que riese al fin, y la miró a los ojos.

—Como nuevo amigo tuyo que soy, no voy a dejar que te quedes aquí metida toda la tarde. Así que, péinate que nos vamos.

—Otro día, ¿vale? Hoy no me encuentro bien. —Se limpió las lágrimas y

se encogió de hombros.

—No, Sara, hoy es el día perfecto. No voy a aceptar un no. Coge el bolso que nos vamos a comernos un helado por ahí. Necesitas salir de casa.

Miguel miraba a su hijo jugar con su hermana y sus sobrinos. Cada vez que el niño gritaba y reía, no podía evitar mirarlo con amor. Esa criatura, que casi ya no lo era tanto, era parte de él. Le encantaba su forma de ser, tan divertido, amigable, simpático, pero, sobre todo, muy educado.

Odiaba reconocerlo, pero Sara había hecho un buen trabajo con la educación de Pablo.

Apretó los labios al volver a pensar en ella. Era imposible no hacerlo. Si su cabeza no era bastante, ahora tenía al niño, tan parecido a ella que la veía a cada instante, y el cual la nombraba cada poco tiempo.

El tiempo que había pasado sin verla, se había convertido en una auténtica tortura, pues, aunque se lo hubiese propuesto miles de veces, su corazón no podía pasar página.

Sin embargo, estaba tan enfadado y dolido con ella, que se había propuesto lograrlo, aunque fuese lo último que hiciese en la vida. Sara tenía que irse para siempre.

Tan enfrascado estaba en sus pensamientos, que no vio a María acercarse a él. Su hermana le sonrió y apoyó una mano en su pierna.

—Hoy estás menos hablador de lo habitual.

Miguel chasqueó la lengua y se concentró en Pablo, que jugaba con un coche teledirigido.

—Mi cabeza no deja de dar vueltas.

—¿Es por Sara?

—¡No la nombres! Ya te he dicho que no quiero volver a oír ese maldito nombre —estalló sin poder aguantar más.

—Vas a tener que escucharlo, quieras o no, es la madre de tu hijo.

—Lo sé, pero no necesito que tú me lo recuerdes cada dos por tres también.

María cruzó los brazos sobre el pecho y miró a su hermano con fijeza. A

pesar de que habían pasado varias semanas desde que ocurrió todo aquello, Miguel seguía sin levantar cabeza. Y verlo así, le dolía.

—¿Por qué no hablas con ella?

—¡No digas tonterías! No tengo nada de lo que hablar con esa mujer.

—Ella te quiere.

Miguel la fulminó con la mirada.

—Esa no quiere a nadie.

—Lo hace, me lo dijo mamá. Sara se lo confesó en su floristería.

Él se levantó de su asiento, hecho una furia y entrecerró los ojos, pues la rabia no le permitía relajarse, cada vez que hablaban de ella.

—¡Se acabó! ¡Que sea la última vez que te metes donde no te llaman!

—Eres mi hermano y estás pasándolo mal. Miguel, ¿crees que me gusta verte tan triste?

—¡Ya se me pasará, joder! —gritó, consiguiendo que Pablo alzase la cabeza y lo mirase con curiosidad. Se calmó un poco, pues no quería que el niño viese aquello y se concentró nuevamente en María—. Esa mujer no vale nada. No sé qué vi en ella, pero me he dado cuenta de que todo lo que tiene es fachada, porque su interior es una basura. ¡Así que, no me digas que hable con ella! ¡Que te quede caro que, Sara, para mí, está muerta y enterrada! La persona que creí querer, jamás ha existido.

Los días pasaban y con ellos las semanas. Sara intentó seguir con su vida, como si Miguel no hubiese vuelto nunca, aunque, eso era casi imposible, pues ahora tenía que compartir a su hijo con él.

Su ánimo estaba por los suelos, aunque se esforzaba para que su vida no fuese un completo infierno, poco podía hacer al respecto. Lo echaba de menos. No podía evitar recordar todo lo vivido a su lado. Las risas, las conversaciones, la complicidad que los unía después de todos esos años en los que se conocían. A veces, no aguantaba más y se quedaba en la cama, sin importarle los intentos de su madre para que la acompañase a cualquier lado, o le repitiese que aquello se le estaba yendo de las manos. En el trabajo, apenas hablaba con Beatriz, no se divertía decorando los ramos, cosa que antes disfrutaba con pasión. Era como un ser sin alma. Vagaba por todos lados, triste, sin poder evitar que las lágrimas regresasen a sus ojos cada vez que se acordaba de él. Sabía que había cometido un error garrafal, comprendía que Miguel no quisiese saber nada más de ella, y había llegado a aceptarlo. Sin embargo, su corazón, seguía roto.

Esa tarde, salió de la tienda a las nueve en punto, pues, entre ella y Bea, dejaron todos los encargos listos antes de tiempo. Llegó a casa, dio de cenar a Pablo, que esa semana estaba con ellas, y lo acostó a dormir.

Al acabar, se sentó en el sofá y comenzó a ver una película, aunque, apenas prestaba atención a lo que ocurría. Hecha un ovillo y con la mirada fija en la pared, se sintió miserable.

Escuchó el sonido de la puerta de casa, sin embargo, no se movió de allí. Su madre debía de haber llegado. Según le dijo antes de que Pablo se fuese a dormir, tenía que ir a no sé dónde. Sara apenas le prestó atención, pues estaba tan enfrascada en sus pensamientos que asintió sin darle importancia.

La anciana, llegó al salón y caminó hasta donde se encontraba su hija.

—Sara, ¿has cenado?

—No, no tengo hambre —susurró.

—Ven a la cocina, te prepararé algo.

—Que no tengo hambre, mamá.

—Hija, ya sé que te lo he dicho muchas veces, pero, ¡no puedes seguir así!
Vas a enfermar.

—¿Y qué más da? —resopló, sintiendo que volvían las lágrimas a sus ojos.

—¡No se te ocurra volver a decir eso! —la regañó—. Tienes una familia que te quiere y se preocupa por ti, ya va siendo hora de que levantes la cabeza y sigas con tu vida.

Sara se incorporó del sofá miró a su madre, con una expresión de desdicha en el rostro.

—Es que no puedo —añadió echándose a llorar, con las manos tapándose los ojos—. De verdad, lo he intentado, pero no puedo.

Su madre la abrazó y dio varios golpecitos en su espalda, para que se calmase. Suspiró, pues ya no sabía qué decirle para que volviese a ser la de antes. Ver a Sara así, la destrozaba.

—Si tanto lo echas de menos, habla con él.

—Ya lo he intentado. Lo he llamado miles de veces y no quiere ni coger el teléfono.

—Pues plántate en la puerta de su casa y haz que te escuche.

—¿Para qué? Conozco a Miguel a la perfección. No me va a perdonar nunca. —Negó con la cabeza y un temblor recorrió su cuerpo—. ¡El amor es una pérdida de tiempo, mamá! No sé por qué me metí en esto otra vez, cuando la primera vez lo pasé tan mal. ¡No vale la pena querer a nadie! ¡No vale la pena enamorarse como una adolescente, porque luego, siempre saldrá mal.

—Eso no es verdad, hija.

—¡Sí que lo es! —exclamó, con desesperación.

Su madre, la cogió de la mano y la condujo hacia la cocina.

—Ven conmigo.

—Ya te he dicho que no tengo hambre.

—No comas, si no quieres. —Caminaron por el pasillo hasta que llegaron a la estancia y traspasaron la puerta—. Pero, quiero que conozcas a alguien.

Al alzar la vista, encontró a un hombre de tez morena frente a ella. Era bastante mayor, según sus cálculos, tendría la edad de su madre. Metro setenta, fuertes rasgos indígenas y muy bien vestido, con un traje chaqueta en color gris y un sombrero del mismo color en la cabeza.

Su madre le sonrió, al ver su cara de asombro, se colocó al lado del hombre y lo agarró de la mano.

—Sara, quiero presentarte a Dylan.

Ella, con la boca abierta todavía por la sorpresa, asintió con la cabeza.

Estaba tan asombrada que casi se le olvidó caminar. Sin embargo, el hombre se le adelantó. Levantó una mano y estrechó la suya.

—Tanto gusto, señorita. Su madre me habló mucho de usted —la saludó Dylan, con una voz agradable y un acento muy marcado de su tierra.

Sara no pudo evitar sonreírle a él a y su madre, la que lo miraba con los ojos llenos de amor.

—Bienvenido, Dylan. —Las lágrimas volvieron a sus ojos, pero esta vez por la emoción, pues se había equivocado con él. Siempre estuvo segura de que no vendría y de que su madre lo pasaría mal—. Espero que la haga muy feliz.

—Es el amor de mi vida, señorita Sara, y la voy a hacer la mujer más feliz del mundo, porque ella me lo hace a mí —añadió él, pasando un brazo por los hombros de su madre—. Me haría muy afortunado si nos diera su bendición, para pedirle su mano y hacerla mi esposa.

Sara se llevó las manos a la boca y sonrió.

—¡Oh, Dios mío, mamá!

La anciana caminó hasta su hija y la abrazó. Le dio un beso en la mejilla y la acarició poco después.

—Sara, cariño, ya sé que estás destrozada y que todo te parece de color negro. ¡Pero, hay que creer en el amor y luchar por él si de verdad crees que merece la pena! ¡Míranos a nosotros!

—Es que...

—¿Quieres a Miguel?

—Más a que a mi vida —susurró sin dejar de asentir.

—¡Pues ve a por él! ¡Háblale, haz que te escuche, dile todo lo que tengas en el corazón y no permitas un no por respuesta! Tu felicidad y la de tu hijo están en juego. No dejes que el miedo domine tu vida. El amor es maravilloso si te atreves a vivirlo con plenitud.

La determinación estaba dibujada en su cara y no habría nada ni nadie que la hiciese cambiar de parecer. Caminaba hacia la casa de Miguel con paso

firme.

Era una locura presentarse a esas horas para hablar sobre el tema, pues eran casi las once de la noche, sin embargo, había tenido que pasar por un par de sitios antes de acudir a su domicilio.

Iba a escucharla, lo tenía decidido.

Su madre tenía razón, el que no se arriesgaba no podría ganar jamás. Había cometido un gran error con él, pues ocultarle que había sido padre era imperdonable, sin embargo, no se iba a dar por vencida. Quería a ese hombre, lo quería con todas sus fuerzas y conseguiría, al menos, explicarle todos sus motivos.

No quería pensar en que aquello podía salir mal, se negaba. Aunque, si Miguel, después de darle su versión, decidía no perdonarla, intentaría aceptarlo y seguir con su vida, pero lo haría sabiendo que había hecho todo lo que estaba en su mano para intentarlo.

Desde que se separaron la primera vez, había tenido miedo al amor, miedo a que la dañasen otra vez y acabase hecha un mar de lágrimas. Pero, se había dado cuenta de que se debía aquella oportunidad. El amor le debía la felicidad que le había negado todos esos años sin Miguel, e iba a cobrársela de una vez por todas.

Sara expulsó el aire que llevaba reteniendo en los pulmones. Estaba tan nerviosa que se le olvidaba incluso respirar. ¡Iba a verlo, después de casi dos meses, iba a volverá ver al hombre que quería!

Estaba segura de que se lo pondría muy difícil, de que tendría que insistir mucho para que escuchase lo que tenía que decirle, sin embargo, su empeño no disminuyó. La Sara miedosa y triste se había esfumado. Lo único que tenía en la cabeza era la imagen de él, de su sonrisa, de sus caricias, de lo feliz que era a su lado, de lo completa que se sentía cuando la besaba...

Llegó a su portería y subió por las escaleras. Evitó el ascensor, pues necesitaba más tiempo para pensar en todo lo que tenía que decirle.

Alcanzó su puerta unos cuantos minutos después y esperó a que su corazón se normalizase, aunque, eso fue imposible de conseguir. Cerró los ojos con fuerza e intentó tranquilizarse lo máximo que pudo. No podía dejar que Miguel la dejase sin argumentos, tenía que ser rápida, clara y concisa.

Dejó la bolsa que llevaba en la mano, con lo que compró de camino, en el suelo, y llamó al timbre.

Las piernas le temblaban, las manos le sudaban y el corazón iba a salir volando de lo rápido que latía. Tenía miedo, una vez más, pero, en vez de

salir corriendo, se quedó para enfrentarse con su futuro de una vez por todas.

Unos pasos se aproximaron hacia la puerta. Esta se abrió, sin ni siquiera preguntar por la identidad de la persona que se encontraba al otro lado. Miguel apareció frente a ella vestido con una camiseta azul y unos vaqueros, rotos por la rodilla. No pudo evitar mirarlo a los ojos, pues se notaba que la falta de sueño también había hecho mella en él. Se lo veía desmejorado, algo más delgado y con el semblante blanquecino. Sintió dolor al verlo frente a ella y notar cómo cambiaba su expresión al reconocerla.

Miguel apretó los labios cuando vio a la mujer que estaba frente a él.

¿Cómo se atrevía a presentarse en la puerta de su casa, después de todo lo que había hecho?

—Miguel... —comenzó a decir Sara.

Sin querer evitar que se notase su enfado, y sin apenas dejarla hablar, le cerró la puerta en sus narices.

Al hacerlo, se quedó apoyado en la pared que estaba junto a ella, con una mueca de dolor en el rostro. Sara estaba allí. Estaba preciosa, como siempre, y eso lo enfadaba todavía más. No podía evitar sentir que su pecho se alzaba al verla, ni el revoloteo de su estómago al tenerla tan cerca. ¿Por qué tenía que seguir sintiendo todas esas cosas por ella? ¡Después de ocultarle semejante noticia, su cuerpo seguía traicionándolo!

—Miguel, por favor, abre la puerta —dijo Sara desde el exterior.

—¡Lárgate! —ladró, sin poder aguantar la rabia.

—Solo quiero que me escuches.

—¡Que te vayas de mi casa, mujer! ¿Es que estás sorda?

Se hizo un silencio al otro lado, pero la voz de Sara volvió a sonar, con tranquilidad.

—No me voy a ir hasta que no me dejes hablar contigo.

—¡Pues, entonces, quédate ahí fuera! ¡Púdrete en mi puerta, porque no me interesa lo que tengas que decirme! —gritó, sin importarle la hora en la que se encontraba, ni que los vecinos lo escuchasen.

Comenzó a caminar hasta su salón y encendió la tele. Se quedó allí, mirando al aparato, pero sin prestarle atención, pensando en la mujer que estaba en su puerta.

Sara esperó unos minutos para ver si volvía a abrir. Se sentó en el suelo y cruzó las piernas. Suspiró, pues ya sabía que aquello iba a pasar. Varios minutos después, se armó de valor y sacó de la bolsa un aparato. Lo prendió y de él comenzó a sonar la canción Si tú no estás, de Rosana. Siempre les

gustó, era su canción y la escucharon muchas veces mientras hacían el amor, antes de que Miguel se fuese a Miami.

Dio más volumen al reproductor y esperó.

Miró hacia los lados. Lo sentía mucho por los vecinos, pero esto era más importante que todos ellos.

Miguel seguía sin aparecer, la puerta continuaba cerrada y Sara sintió desesperación. Aunque, esta duró poco. ¡Tenía que conseguirlo!

Acercó de nuevo la bolsa de cosas que había comprado antes de llegar, y sacó un nuevo objeto. Era un megáfono. Tragó saliva, lo encendió y se lo llevó a los labios:

—Miguel, ¿me abres la puerta, por favor? —El sonido de su voz hizo eco por toda la escalera. Estaba segura de que no habría ningún vecino que no estuviese escuchándola. Sin embargo, no dejó de hablar mientras la música seguía sonando—. No pienso irme hasta que me dejes explicarme.

Dentro de casa, Miguel se llevó las manos a la cabeza. ¡Joder, esa música! Era su canción, la de ambos. Con ella no dejaba de recordar escenas pasadas con Sara.

Sara en la cama besándolo con ardor, Sara riendo mientras paseaban por Madrid, Sara diciéndole cosas al oído, Sara y él prometiéndose un futuro juntos...

Le dio más volumen al televisor para no escucharla, pues todo aquello le dolía, pero poco después la voz de ella penetró por sus oídos aumentada de forma inexplicable.

—¿Pero qué coño...? —exclamó Miguel al escucharla con toda claridad.

¿Estaba hablando por un micrófono? ¡Iba a despertar a todo el barrio esa mujer! ¡Acabarían por llamar a la policía!

—¡Maldita loca!

Se levantó como un rayo del sofá y caminó hasta la puerta. La abrió de un empujón y la encontró sentada en el suelo, con una radio junto a ella y un megáfono en los labios. Con rabia, se lo quitó de las manos y lo apagó, le dio una patada a la radio y le sacó las pilas.

Se hizo el silencio de nuevo en la escalera.

Miguel, sin esperar ni un segundo, la cogió por la muñeca, la alzó y la arrastró dentro de su casa. La condujo, a empujones, hacia el salón, donde la tele seguía encendida. La apagó, tiró el mando al sofá y soltó a Sara, que se frotó la muñeca, pues le había hecho daño.

Él, se cruzó los brazos sobre el pecho y apretó los labios, rojo de ira.

—Te doy dos minutos para que sueltes lo que quieras decir —la avisó con voz helada—. Cuando acabe ese tiempo, te vas a largar de aquí y no vas a volver en tu vida. ¿Me oyes?

Ella asintió, sin decir ni una palabra. Aunque hubiese querido, no habría podido, pues notaba que el corazón se le iba a salir por la boca. Los nervios habían aparecido de golpe, junto con el miedo.

—¡Vamos, a qué esperas! ¡El tiempo corre! —la apremió, sin suavizar ni un momento su expresión.

Sara suspiró y se humedeció los labios. Se retorció las manos, pues no sabía por dónde empezar. Toda la determinación y la valentía se esfumaron al tenerlo delante. Aun así, intentó explicarle.

—He venido a pedirte perdón.

—Pues no te perdono, fuera de aquí si has terminado —la cortó sin piedad.

—¡Deja que me explique!

—Te queda un minuto —comentó, mirándose el reloj.

Sara resopló y cerró los ojos con fuerza. Se notaba que Miguel había cerrado el corazón y que, todo lo que le dijese, no iba a servir para nada. Lo conocía, lo conocía demasiado bien. Aun así, tenía que aclarar las cosas. Necesitaba hacerlo por su salud mental, necesitaba tener su perdón.

—Yo te quiero —le dijo con voz temblorosa. Apenas era capaz de hablar sin que sus cuerdas vocales la traicionasen.

—¿Que me quieres? —rió con desprecio—. Tú no sabes lo que significa eso.

—Sí que lo sé. ¡Te quiero como no he querido nunca a nadie, Miguel!

—¡Pues tu forma de querer, es una mierda! —chilló perdiendo los papeles—. ¿Qué clase de amor es ese en el que mientes con un tema tan grave?

—¡Tenía miedo!

—¿Miedo de qué? —Alzó las manos y se las llevó a la cabeza—. ¡Por muchas vueltas que le dé al tema, no puedo comprender los motivos que pudiste tener para ocultarme que tenía un hijo!

—Tú te fuiste y yo...

—¿Me fui? ¿Esa es la excusa? —escupió con sequedad.

—¡No! ¿Vas a dejar que me explique? —gritó ella a su vez.

—Te quedan treinta segundos —le recordó sin apenas inmutarse.

Ella negó con la cabeza. Apretó los puños y dio un paso hacia él.

—¡Deja de recordarme el tiempo que me queda!

—¡Pues habla de una puñetera vez!

—¡Me dejaste, joder! —exclamó muy enfadada—. ¡Me abandonaste después de prometerme una vida juntos! ¡Te fuiste a ver mundo y me dejaste aquí sola! ¿Sabes lo que sentí cuando me enteré del embarazo? ¿Sabes por la angustia que pasé?

—¡Si me hubieses avisado, yo habría vuelto!

Sara comenzó a reír y enarcó las cejas, con hastío.

—¡Claro! Habrías vuelto conmigo por el niño, no porque en realidad tu deseo hubiese sido ese. ¿Sabes cómo me hubiese sentido yo al saber que estabas aquí por eso, y no por mí? —bramó con mucho dolor en sus palabras—. ¡Me hubiera sentido miserable, hubieses estado conmigo por obligación!

—¿De verdad crees eso? —gritó perdiendo la paciencia del todo—. ¿Eso es lo que piensas de mí, después de haberte repetido miles de veces que te quería y que fue un error?

—¡Yo solo sé que tenía veintidós años, estaba embarazada y me había quedado sola! ¡Solo sé que tenía el corazón roto, tanto que no era capaz ni de levantarme de la cama, estaba estudiando, no tenía cómo mantener al niño y lo último que quería era llamarte a ti, porque estaba dolida!

—¿Entonces lo hiciste por orgullo? —vociferó muy enfadado.

—¡Sí, Miguel, lo hice por orgullo! ¡Por el poco orgullo y con la poca entereza que me quedaban! —Lo miró a los ojos y se humedeció los labios—. Estaba destrozada y mi corazón no me dejó hacer otra cosa. ¡Soy humana, joder! ¡No soy perfecta, ni sé qué es lo correcto en cada momento!

—Me he perdido la vida de mi hijo, y esos años no voy a poder recuperarlos jamás —susurró, con mucho dolor implícito en sus palabras.

—Lo sé. —Una lágrima cayó por su mejilla—. Y lo siento, no sabes cuánto. —No pudo evitar echarse a llorar, pues toda aquella situación pudo con ella. Miró a Miguel, sin apenas poder verlo por aquel mar en sus ojos—. No te estoy pidiendo que entiendas lo que hice, porque sé que no estuvo bien. Solo estoy pidiendo tu perdón.

—¿Cómo voy a poder perdonar eso, Sara? —preguntó, sintiendo que a él también le costaba hablar por el nudo que se le estaba formando en la garganta.

—No lo sé. —Negó con la cabeza y se enjugó las lágrimas—. Te quiero, Miguel, te quiero muchísimo. Necesito que me perdones porque yo sin ti solo soy una sombra.

Él jadeó y desvió la cabeza hacia otro lado. No podía verla llorar más. Si

lo hacía, no podría aguantar las ganas de acercarse y besarla. Tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Estás perdonada —susurró casi sin voz—. Como tú has dicho, somos personas y erramos. —Fijó sus ojos en ella y suspiró—. Pero, tú y yo ya no podemos estar juntos.

—¡Tú me quieres también! —exclamó ella sin poder ocultar el dolor que le producían sus palabras.

—¿Que te quiero? ¡Pues claro que te quiero! ¡Eras la mujer de mi vida! Y no sé cuándo vas a entenderlo de una puta vez, ¡siempre te he querido! —chilló con enfado, aguantando esa lágrima que estuvo a punto de asomar por su ojo—. Sin embargo, lo nuestro ya no puede ser. Hay demasiados obstáculos que nos van a impedir ser felices.

—No digas eso, por favor —le rogó juntando las manos en forma de oración—. Podemos superar esto, ser una familia junto a Pablo.

—Vete de aquí, Sara —le pidió, notando que se venía abajo.

—No, no me voy —replicó, aunque más bien fue una súplica.

Miguel apretó los dientes y alzó la mano, señalando hacia la puerta.

—¡Que te vayas! ¿Estás sorda? ¡Esto se acabó!

Sara se quedó en silencio, sin dejar de mirarlo. Se echó a llorar y dio media vuelta, caminando hacia la puerta.

Al verla marcharse, Miguel se llevó una mano al corazón, pues notaba que se le había hecho pedazos. Acababa de echar de su vida a la única mujer con la que podría ser feliz.

Apoyó la cadera en el respaldo del sofá y una lágrima resbaló por su mejilla.

Sara se iba.

Sin embargo, vio por el rabillo del ojo un movimiento extraño.

En vez de salir y cerrar, se agachaba en el suelo y sacaba algo de esa extraña bolsa que había traído.

Al tener en su mano aquel objeto, regresó sobre sus pasos y se volvió a plantar delante de Miguel, el cual ya no escondía las lágrimas. La miraba roto de dolor, con las mejillas mojadas y la respiración jadeante.

Vio como ella caía al suelo de rodillas, mientras no dejaba de mirarlo a los ojos.

—Miguel, yo...

—¿Qué haces en el suelo? Levanta.

—¡No! —exclamó ella con decisión. Se limpió las lágrimas y alzó aquello

que tenía en la mano. Era una rosa roja—. Hace unas semanas, me dijiste que no hubiese estado mal que fuese yo la que te pidiese matrimonio.

—Estaba de broma —le aclaró, sin poder ocultar que su pecho se henchía por la emoción, recordando aquella maravillosa tarde que pasaron juntos.

—Me da igual —dijo con decisión—. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que vuelvas conmigo.

—¡Oh, Dios, Sara! —Él se dejó caer de rodillas junto a ella. Le acarició la mejilla, húmeda por el llanto—. ¿Por qué me haces esto?

—Porque nos queremos, mi amor, y porque nos merecemos esta oportunidad.

Miguel sintió que su pecho explotaba de felicidad. Por mucho que quisiese odiarla, por mucho tiempo que quisiese mantenerse lejos de ella, el amor que sentía por esa mujer se lo hacía imposible. Ella era su todo, junto con Pablo. Lo supo el primer día que la vio, la primera vez que intercambiaron una palabra. Sara estaba hecha para él.

Sin poder aguantar las ganas, la besó. No fue un beso tierno, ni bonito, sino uno fiero, con ganas, como si los labios de Sara llevasen el oxígeno que necesitaba para seguir viviendo.

—Te quiero —dijo él al fin, susurrándoselo muy cerca de los labios—. Aunque quisiese, no sería capaz de vivir sin ti. Estas semanas separados, han sido las peores de mi vida desde que volví a verte.

Sara le tapó la boca y negó con la cabeza.

—Cállate, Miguel.

—¿Que... que me calle? —preguntó confundido.

—Sí, ¡cállate y déjame pedirte matrimonio, joder! Tenía preparado un discurso precioso —comentó con fingido enfado.

Él se la quedó mirando en silencio, sin embargo, no pudo aguantar y soltó una carcajada. La besó de nuevo y la abrazó.

—No hace falta, mi vida, me casaré contigo mañana, si es necesario.

—Es que... —Sonrió y se metió la mano al bolsillo del pantalón y sacó una cajita—. Te he comprado un anillo.

Abrió la pequeña caja y Miguel vio la alianza que portaba.

Era mucho más pequeña que cualquiera de sus dedos, se notaba que de oro no tenía nada y, para colmo, estaba deformada.

Se miraron sin decir ni una palabra, hasta que no pudieron aguantar más y estallaron en carcajadas.

—¿De dónde has sacado esto?

—De una tienda veinticuatro horas —le confesó con algo de vergüenza—. No había gran variedad para elegir.

—¿Y el megáfono y la radio también? —No podía dejar de reír.

—Hasta la rosa, ¡todo!

Él la abrazó de nuevo y la hizo levantarse del suelo. Cuando estuvieron de pie, la besó con lentitud, degustando la suavidad de los labios de Sara, sintiéndose en casa abrazando a aquella preciosa mujer.

Al acabar, acercó la boca a su oído y, desde ahí la susurró:

—Todavía estoy esperando ese discurso que ibas a decirme.

Sara se carcajeó y negó con la cabeza.

—A la mierda el discurso. —Alzó los brazos y se los colocó alrededor del cuello. Acercó la boca a sus labios y juntó sus caras—. Lo único que tienes que saber es que te quiero, mi amor, te he querido siempre y te querré hasta el día en que me muera. Se acabaron los secretos, el miedo al amor y el estar separados. Ahora, nos toca a nosotros ser felices y, nunca más, voy a permitir que esto cambie.

Miguel asintió, notando una gran alegría recorrer su cuerpo. La cogió en brazos, dio un par de vueltas en torno así, logrando que ella gritase y riese, y juntó sus labios, para no volver a separarlos en toda la noche.

—Te amo, Sara.

EPÍLOGO

El champagne volaba y las risas se escuchaban por toda la tienda.

Sentadas en un cómodo sofá, Beatriz, Carolina y Sara, brindaban sin parar, mientras hablaban muy emocionadas y canturreaban al son de la música que había de fondo.

Desde la noche en la que ella y Miguel arreglaron sus diferencias, el cambio experimentado en su persona había sido brutal. Nada quedaba de esa chica triste, llorosa y ojerosa. En su lugar, había renacido la mujer que siempre fue. Su alegría, sentido del humor y felicidad rebosaba por todos lados y eso, a sus amigas, les encantaba.

A pesar de que estaban en una tienda muy refinada y glamurosa, las dependientas apenas podían evitar la diversión al verlas pasárselo en grande mientras esperaban. Desprendían felicidad, y eso era contagioso.

—A ver, a ver... —pidió calma Beatriz, con una mano en el pecho después de conocer la noticia—. Carolina, ¡haz el favor de repetir lo que acabas de decir, por el amor de Dios!

La susodicha no pudo evitar soltar otra carcajada, ante las miradas atónitas de sus amigas.

—Pues eso, que Felipe y yo estamos saliendo —comentó como si nada, aunque sin poder evitar que el brillo de sus ojos delatasen la felicidad que sentía.

—¡Y lo dices así, tan tranquila! —exclamó Sara, sin poder cerrar la boca—. ¡No teníamos ni idea de esto!

—La mala pécora se lo tenía todo muy callado —comentó Beatriz, dándole un codazo.

—Es que, después de lo de Diego, quiero ir despacio.

—¡Ya, ya! Si eso lo entendemos —asintió Sara—. ¡Pero, cuéntenos más!

Carolina rio y se encogió de hombros. Cada vez que pensaba en Felipe la sonrisa regresaba a su rostro.

—Es que, ha pasado casi sin que ni yo misma me diese cuenta, chicas. Quedábamos de vez en cuando, me ayudaba con la casa y...

—...y un día te metió la lengua hasta el gaznate —acabó Beatriz de sopetón.

—¡Qué bruta eres, reina! —se quejó Carol.

—¿Fue así o no? —preguntó esta.

—¡No fue así! Felipe es muy tierno.

Sara se acercó a Beatriz y le dijo sin poder parar de reír.

—Mírala, Bea, pero si le salen corazoncitos por los ojos cada vez que lo nombra.

—Y nosotras sin enterarnos.

Carolina miró a Sara y suspiró.

—Es que, no sabía cómo te lo ibas a tomar... Como él y tú comenzasteis a salir...

—Felipe es un amigo —la tranquilizó—. Jamás sentí nada más por él que una simple amistad.

—Entonces, ¿no te importa que estemos juntos?

—¡No, claro que no! —exclamó, pues se alegraba mucho por su amiga. Se merecía un hombre bueno.

Beatriz resopló y señaló a Sara con el dedo índice.

—¿Cómo se va a enfadar? Si está loca por Miguel y no hace nada más que hablar cosas pastosas sobre él. —Puso los ojos en blanco y prosiguió—. ¡En la tienda, me lleva frita! Que si Miguel por aquí, Miguel por allá...

—¡Qué exagerada eres!

—¡No, reina, me quedo corta!

El sonido de unos tacones las hizo olvidar su conversación. Al levantar la vista, la dependienta que las estaba atendiendo apareció a su lado.

—Bueno, pues ya está, ¿queréis verla?

—¡Claro! —gritaron las tres al mismo tiempo.

Ella asintió y miró hacia el pasillo donde se encontraban los probadores.

—Ya puedes salir.

Segundos después, la madre de Sara apareció frente a ellas enfundada en un precioso vestido en color hueso, largo hasta por debajo de las rodillas y una bonita chaquetilla del mismo color, con un broche de pedrería en la solapa derecha.

Sara, al verla, se llevó las manos a la boca. Se levantó de su asiento y corrió hacia ella.

—¡Oh, mamá, estás preciosa! —la alabó, a punto de echarse a llorar por la emoción.

Su madre se miró en el espejo y sonrió.

—¿De verdad te gusta?

—Me encanta.

—Paquita, estás guapísima —dijo Carolina asintiendo sin parar.

—¿Creéis que le gustará a Dylan? —preguntó la mujer, con ilusión.

—Le vas a encantar —asintió su hija—. Vas a ser la novia más guapa de la historia.

—La más guapa no sé, pero sí la más feliz.

Sara la abrazó y la besó con amor.

Le encantaba ver a su madre tan ilusionada. Era feliz con Dylan y ella les deseaba lo mejor, de corazón.

Tenía que agradecerle tanto... que jamás sabría cómo hacerlo. Su madre siempre fue su mayor apoyo en los momentos difíciles, su compañera de fatiga, la abuela ideal para Pablo y, la que no dejó de convencerla de que el amor, era el sentimiento más hermoso del mundo. A ella le debía todo en esta vida. Sin embargo, sobre todo, le agradecía que la convenciese para hablar con Miguel de nuevo.

Salieron de la tienda poco después, con el traje de su madre en la mano. Se despidieron de las chicas y acercó a su progenitora a casa.

Tras dejarla, tomó camino hacia la casa de Miguel.

La misma noche en que arreglaron sus diferencias, Sara y Pablo se fueron a vivir con él.

A partir de entonces, todo fue perfecto. Pablo estaba encantado de que sus padres estuviesen juntos, y ellos lo estaban más, pues habían logrado lo que siempre quisieron, la compañía del otro y su amor incondicional.

Al llegar al edificio, abrió la puerta y lo encontró todo en penumbra. Entrecerró los ojos, pues a esa hora Miguel debía de estar en casa, con Pablo.

Cuando llegó al salón, encontró la mesa puesta, decoraba con velas, pétalos de rosas y un par de platos sobre ella, junto a una botella de vino.

Sonrió al notar unos brazos agarrándola por detrás y aplastándola contra un pecho fuerte y ancho. Cerró los ojos y disfrutó de aquella sensación de hogar que le daban esos brazos.

Se giró y besó en los labios a Miguel, que todavía llevaba puesto el delantal de cocina.

—¿Y todo esto?

—Pues, que me apetecía pasar una noche romántica con mi mujer —le susurró contra sus labios.

Sara se abrazó a él y sonrió, feliz.

—¿Dónde está Pablo?

—Con mi madre. Esta noche también se quedan mis sobrinos a dormir en

su casa.

—Conociendo a tu hijo, estará encantado de estar con sus primos — comentó Sara sin dejar de reír.

Miguel sonrió y le dio un beso en la frente.

—Mi hijo. Todavía me suena raro.

—Cuesta un tiempo acostumbrarse —rió ella. Se acordó de algo y le dio un pequeño empujón—. ¡Oye, no me has dicho qué tal en la entrevista!

Miguel la cogió por la cintura y comenzó a dar vueltas a su alrededor con Sara en brazos.

—¡Tengo trabajo!

—¿En serio? —gritó ella, algo mareada por las vueltas, pero sin dejar de reír.

—Sí —La dejó en el suelo y continuó hablando—. Es una televisión comarcal, nada parecida a donde trabajaba en Miami, pero por algo se empieza.

—¿No echarás de menos ser la estrella en pantalla? —lo interrogó, con algo de preocupación.

—No, yo quiero estar a pie de calle, tras la noticia. —Al ver su preocupación, la abrazó con fuerza y la besó con ardor, dejando a Sara jadeante—. Además, en Miami no tenía lo que me hace más feliz en el mundo. A ti.

Sara sonrió con amor y le acarició la cara. Se quedó mirándolo, en silencio, disfrutando de aquella intimidad junto a él.

—Si te quisieses ir otra vez a Miami, no tendría otra opción más que atarte a la cama y no dejarte marchar.

Miguel soltó una carcajada por sus palabras y la agarró de las muñecas, tirando de ella hacia el dormitorio. Sara no dejaba de reír, encantada de su locura. Se dejó hacer y, cuando llegaron, Miguel la tiró en la cama, con delicadeza, pero sin dejar de jugar.

Comenzaron a quitarse la ropa, sin prisa pero sin pausa, disfrutando de sus cuerpos desnudos, acariciando cada rincón de ellos y besando cada centímetro. Hicieron el amor con frenesí, pues la pasión era tal que les era imposible hacerlo de otra forma. Los susurros, los jadeos y las palabras de amor se escuchaban por toda la habitación, y no cesaron hasta que no alcanzaron el clímax.

Al acabar, se quedaron abrazados y desnudos, recreándose en ese momento, gozando con la presencia del otro y besándose cada pocos

segundos. Siempre era así y siempre lo sería. El amor que se profesaban era tan grande e intenso que no tenían dudas de que su vida estaría llena de alegrías y buenos instantes.

—Hemos dejado enfriar la cena —comentó Sara, al acordarse la comida.

—Tenía más hambre de ti. —Ella lo besó, le sonrió y Miguel suspiró satisfecho. Al recordar algo, miró a Sara, que permanecía abrazada a él con los ojos cerrados, y le preguntó—: ¿Qué tal ha ido la prueba del vestido de tu madre?

—¡Estaba guapísima, Miguel! Tenías que haberla visto —dijo con emoción.

—Es una gran alegría ver a tu madre feliz después de tantos años de soledad, ¿verdad?

Sara asintió y lo miró a los ojos.

—Sí, desde que murió mi padre, jamás tuvo ojos para nadie más.

Él la rodeó por la cintura y le besó el cuello, logrando que se le pusiese el vello de punta.

—Y, hablando de alegrías... ¿les has dado ya la noticia?

Sara sonrió, miró a su marido y negó con la cabeza. Cogió la mano de Miguel, la besó y se la llevó al vientre, donde empezaba a formarse una nueva vida.

—Todavía no quiero compartir esto con nadie —expresó, sin apartar los ojos de él—. Quiero que, de momento, seamos nosotros solos, que disfrutes este embarazo cada segundo y que lo ames como yo amé a Pablo cuando lo tuve en el vientre.

—Ya lo quiero, aunque todavía sea del tamaño de una lenteja —rio Miguel—. Lo quiero del mismo modo que quiero a Pablo y con la misma intensidad con la que te amo a ti.

—Hemos cometido muchos errores, mi amor, pero supimos superarlos y aprender con ellos. —Lo besó en los labios, con cariño, y le acarició—. Ahora, la vida nos ha dado una nueva oportunidad para ser felices, y la voy a aprovechar, porque, para mí, no hay vida si no estás conmigo.

Miguel resopló por la intensidad de los sentimientos que notaba en el pecho. Era capaz de hacerlo tocar el cielo con tan solo un par de palabras. Era su debilidad, su compañera y su amiga, la mujer con la que quería pasar lo que le quedaba en el mundo, y su único y verdadero amor.

—Jamás podré decirte con palabras lo mucho que te amo, y la suerte que tengo de que estés a mi lado.

Ella se abrazó con fuerza a Miguel, apoyó la cabeza en su hombro, o, como ella prefería llamarlo, su lugar cerca del cielo, y lo besó con todo el ardor que su cuerpo le permitió. Era él, siempre fue él y siempre sería él. En su corazón no cogía nadie más.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Seguro que no solo me pasa a mí. Pero, al terminar de escribir un libro, me siento tan afortunada de poder hacer aquello que me gusta, que siento unas ganas enormes de dar las gracias.

Desde mi familia a mis amigos, desde mis lectores habituales hasta aquellos que llegan a mis libros de casualidad. Porque sois vosotros los que hacéis posible que siga adelante, porque me siento arropada y querida, porque con vuestros comentarios y tirones de oreja crezco cada día un poco más. Porque apoyáis la romántica, la mimáis y os sentís orgullosos de estar en este mundo tan bonito, con el que soñar y desconectar del día a día, mientras os perdéis en sus páginas.

Gracias por estar ahí, porque con vosotros el miedo es mucho menor, por los buenos momentos en las redes, por confiar otra vez en mí y querer conocer esta nueva historia.

Porque Mita Marco existe gracias a vosotros.

Otros títulos de la autora disponibles en Amazon:

- Suite veintiuno
- Reina de corazones
- Las noches contigo
- Salvajes
- Los besos que nos quedan
- El nombre de Edrielle
- Wing ¿juego limpio?

